

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

MARZO-ABRIL DE 1920.—NÚMERO 62.

LAS CIENCIAS AUXILIARES DE LA PSICOLOGIA

"Ad philosophum naturalem pertinet considerare corpus vivum et ejus principia." (D. Thomas.)

PARA QUIÉNES SE ESCRIBE ESTE ARTÍCULO

Puesto que de hechos y observaciones se va a tratar, no será fuera de propósito comenzar con algunos que, no por ser de psicología vulgar, dejan de ser significativos y tener su migaja de filosofía.

La primera observación fué hecha en uno de nuestros Institutos provinciales adonde me llevó la curiosidad y donde tuve la buena suerte de tropezar con el catedrático de Psicología, ejemplar curioso y pintoresco y merecedor de una monografía psicológica de las que ahora se estilan. La conversación recayó, como era natural, sobre los temas de su enseñanza; y me ponderó con épico entusiasmo la importancia y la trascendencia de la Psicología Experimental; y como me viera con aire de pardillo y curioso de sus ponderaciones, arreció en la apología y quiso mostrarme lo que él pomposamente llamaba *Laboratorio de Psicología*. Me condujo, pues, a una de las aulas, se acercó a la mesa, tiró del cajón y aparecieron un compás estesiométrico y un pito de Galton, muy nuevos y relucientes. El buen catedrático miró como para descubrir en mi cara un gesto de asombro; hice como que me maravillaba, y entonces él abrió y cerró el compás, silbó con el pito, enarcó las cejas y sin más explicaciones volvió a guardar con gran solemnidad los immaculados instrumentillos; dejándome con la convicción de que me había tomado por el pito de un sereno y que tanto entendía él de Psicología experimental como yo de Tauromaquia.

La segunda observación la hice en la clase de Psicología experimental de la Universidad de Roma, donde explica el conocido profesor De Sanctis. Entre los oyentes estaba un profesor de Filosofía de cierta Orden religiosa, sobre el cual paré la atención al verle tomar notas afanosamente, con el deseo de conocer su mentalidad y su cultura, pues la experiencia me ha demostrado que el modo de tomar notas los alumnos es un índice bastante seguro de su nivel intelectual y de sus conocimientos de la materia. Pronto me convencí de que tomaba el rábano por las hojas y que anotaba las observaciones baladíes y dejaba lo más interesante y substancioso. Después de clase trabé conversación con él para ver si se confirmaban mis sospechas; y, en efecto, me confesó ingenuamente que no podía seguir las explicaciones, lo que achacaba a falta de condiciones pedagógicas del profesor; y no era así, sino que obedecía a falta de preparación del oyente, para quien resultaban en griego las constantes alusiones a la Fisiología y ciencias afines.

Estos dos casos, tomados precisamente de la gente profesional de la Filosofía, se traen aquí por dos razones: 1.^a, para demostrar que no basta la cultura científica que de ordinario se adquiere para afrontar los problemas de la Psicología contemporánea, la cual consiste en algo más que en saber tocar un pito; y 2.^a, porque la cultura de los profesores citados es el nivel máximo que suponemos en los lectores a quienes nos dirigimos en este y en otros articulejos, que, con la ayuda de Dios, irán apareciendo. Los que sepan más, no deben seguir leyendo, si no quieren perder el tiempo.

Dicho se está con esto que no intentamos descubrir nuevas Indias y que, en cuanto sea posible, hemos de prescindir de todo tecnicismo y de todo alarde científico. Tampoco habrá gran aparato de erudición, cita de autores y acotación de textos; empresa tan fácil como ridícula en una materia que con tantos estudios se relaciona y sobre la que se escriben todos los años centenares de libros y millares de artículos. Preferimos seguir los prudentes consejos de Maese Pedro: *"Muchacho, no te metas en dibujos, sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.—Llana-za, muchacho; no te encumbres; que toda afectación es mala."*

LA DESMEMBRACIÓN DE LA PSICOLOGÍA Y SUS CONSECUENCIAS

En la historia de la Psicología escolástica pueden distinguirse cuatro períodos muy bien marcados.

El período de fundación, que comienza en Aristóteles y acaba en los grandes filósofos del siglo XIII, que la cristianizan, la completan y determinan con todo rigor el tecnicismo y el alcance de los principios y de las fórmulas. Todos estos grandes filósofos son al mismo tiempo grandes naturalistas, sabios completos en las ciencias de su época, que con la misma competencia escriben o comentan un tratado de Metafísica pura que un libro de Astronomía, de Física o de Historia Natural; y así se observa que al tratar los problemas psicológicos hacen constantes alusiones y referencias a la Anatomía y demás ciencias afines; fundando de este modo la Psicología sobre ancha base experimental y objetiva. Vino después

El período tradicional en que si la Psicología no recibió grandes impulsos, tampoco se apartó de sus cauces tradicionales. Las ciencias formaban todavía parte integrante de la Filosofía; el estudio de la naturaleza era completo y armónico; para ser buen filósofo no bastaba conocer cuatro principios abstractos, sino que era preciso conocer la naturaleza y sus leyes, los cuerpos inorgánicos y orgánicos con sus propiedades; se establecía, por consiguiente, verdadero enlace y penetración entre todos los conocimientos; se unificaban todas las leyes bajo la forma substancial de los principios ontológicos y se contrastaban estos principios trascendentales en la piedra de toque de la observación y de la experiencia.

Período de los manuales.—Más tarde el desarrollo estupendo de las ciencias particulares produjo en sus comienzos cierto aturdimiento en los filósofos. Parte por no darse cuenta del alcance de las nuevas leyes que se iban formulando; parte porque los innovadores mezclaban graves errores y exageraciones con sus descubrimientos, el hecho es que algunos escolásticos negaban en redondo y a carga cerrada toda ley nueva, y otros buscaban explicaciones fantásticas y caprichosas. Pero la corriente principal derivó hacia un divorcio sistemático y completo, si bien con fórmulas vagas se afirmaba que no podía haber oposición entre unas verdades y otras. Lo cierto es que las ciencias siguieron su camino triunfal de conquistas y la Filosofía se parapetó en el castillo roquero de la Metafísica, donde era fácil la

victoria, pero perdiendo el íntimo contacto que hasta entonces había tenido con las ciencias.

Siguió a esto una invasión de manuales filosóficos, que inundaron las escuelas. Muy esquemáticos, muy atildados, muy formulistas; pero fríos y superficiales, y en los que, por lo común, se da la Filosofía en dosis homeopáticas; se araña un poco la corteza de las cuestiones, pero sin penetrar en el corazón de los problemas, sin entrar hasta las entrañas de la doctrina. Todo el que haya estudiado detenidamente alguna cuestión en los filósofos antiguos y en los manualistas del siglo pasado habrá notado esa diferencia: en aquéllos todo es nervio, vigor dialéctico, conocimiento macizo; en éstos no hay más que escarceos, exterioridad, raquitismo doctrinal. Esta es la verdad, aunque sea un poco dura y aunque esté dicha con alguna aspereza.

Período de reacción.—Llega, por último, la época del arrepentimiento y del deseo de la enmienda. Viendo que el divorcio era cada día mayor y sus consecuencias más funestas, se despertó en muchos el deseo de la reconciliación, y algunos se decidieron a acometer la empresa; pero el fruto no fué proporcionado a los buenos deseos, y no porque el intento sea irrealizable, no puede serlo; sino porque se emplearon métodos inadecuados. Se siguieron y se siguen en esto dos tendencias igualmente defectuosas: unos, como Farges (1) y Mercier (2), por no citar sino los más popularizados —conocedores de la Metafísica— se lanzaron a la reconquista de las ciencias sin preparación técnica suficiente, con solas algunas nociones generales bebidas en cualquier libro de vulgarización; otros, por ejemplo Grasset (3) y Gemelli (4) —iniciados en el espíritu y en los métodos de alguna ciencia— quieren subir a las cumbres de la Metafísica, pero sin conocer los caminos. De ahí resulta que en esos tratados que quieren ser conciliatorios, no hay tal conciliación; no hay compenetración de las verdades, unificación de la ciencia; cuando más hay yuxtaposición; y no pocas veces, errores, inexactitudes y titubeos.

(1) A. FARGES: *Le cerveau, l'âme et les facultés. — L'objectivité de la perception des sens externes et les théories modernes.*

(2) MERCIER: *Psychologie*, 9.ª ed., 1912.

(3) GRASSET: *Psychisme inférieur*, 1906. — *Introduction physiologique à l'étude de la Philosophie*, 1908.

(4) A. GEMELLI, O. F. M.: Multitud de artículos en la *Rivista di Filosofia Neo-Scolastica*.

CÓMO SE DEBEN ESTUDIAR LAS CIENCIAS AUXILIARES DE LA PSICOLOGÍA

Aquel antiguo principio de la Alquimia: *corpora non agunt nisi soluta* tiene aplicación, por analogía, a nuestro caso. Para que dos ciencias se combinen, para que formen un todo homogéneo y substancial, es preciso desmenuzarlas, disolverlas, llegar hasta sus últimos elementos; lo cual no se consigue sino dominándolas y conociendo todos sus secretos.

Así, por ejemplo, y viniendo ya al caso concreto de la Psicología, para armonizar la Psicología tradicional con las ciencias afines; para hacer un cuerpo orgánico de doctrina con los principios escolásticos y con los descubrimientos de las ciencias vecinas, y para lograr que en el cuadro general de las verdades psicológicas tengan un puesto adecuado y lógico las deducciones legítimas de las múltiples psicologías que hoy se cultivan bajo el nombre genérico de *Psicología Experimental*; *Psicofisiología*, *Psicología patológica*, *Psicología comparada*, *Psicología genética*, *Psicología religiosa*, *Psicología de las muchedumbres*, etc., etc., se necesita un saber casi enciclopédico, además de una sólida preparación de Filosofía escolástica. Porque en lo que a las ciencias auxiliares se refiere, no basta una idea general y esquemática de los principios y el acopio de unos cuantos hechos experimentales o de observación; es preciso estar al día en los descubrimientos y conocer a fondo los métodos y modo de ser de cada una, y haber palpado lo que en ellos hay de lógico y fundamental y lo que es artificioso y deleznable.

Las ciencias experimentales y de observación no se aprenden en los libros; es necesario asimilárselas con la práctica, vivirlas, como ahora se dice. Sólo así se puede apreciar el valor de las leyes formuladas y el vigor lógico de los argumentos que se emplean. El que no tenga práctica de Neurología, dará por buenas y corrientes todas las estructuras celulares que en los libros vea descritas; pero el que haya hecho y estudiado preparaciones según los diversos métodos técnicos, sabrá ponerse en guardia y desconfiar y no osará atribuir a las células vivas las formaciones que muy bien pudieran ser originadas por las múltiples reacciones químicas a que se someten los tejidos muertos.

Este modo práctico de estudiar las ciencias, además de poner en íntimo contacto con la realidad, ofrece otra ventaja no pequeña, y es que teniendo que recorrer los mismos caminos seguidos por los descubridores en sus investigaciones y viendo las dificultades que han vencido y los recursos de que se han servido para arrancar a la naturaleza sus secretos, se sabe justipreciar su mérito y muchas veces se desvanece cierto fetichismo muy frecuente, y se pierde el miedo para contender con algunos figurones de la ciencia, con algunos sabios popularizados a quienes se suele nombrar anteponiendo media docena de adjetivos sonoros.

Dicho ya en general y de prisa cómo se han de estudiar las ciencias auxiliares, digamos ahora cuáles sean ellas y cómo pueden ayudar al estudio de la Psicología.

NECESIDAD DE LA METAFÍSICA

Claro es que hablando con propiedad no se puede decir que la Metafísica sea ciencia auxiliar de la Psicología, so pena de llamar sierva a la que es reina y señora. Si la mencionamos aquí es sólo para encarecer la necesidad de su estudio en el cultivo de las ciencias particulares; y no es inútil el hacer esta recomendación, porque hay muchos que creen que se puede edificar la Psicología sin poner como cimiento la doctrina metafísica; y no faltan tampoco, por desgracia, los que piensan que para caminar libremente por los campos de las ciencias experimentales es preciso desembarazarse de la Metafísica como de un peso molesto; imitando en esto el ejemplo de fray Gerundio, que *dejó los libros para meterse a predicador*.

La Metafísica es tan indispensable para filosofar a derechas como la Lógica para discurrir con arte. Ella es la guía y el alma de todo conocimiento ordenado y completo; es a las demás ciencias lo que el dibujo a la pintura; pues, así como un cuadro falto de dibujo nunca pasará de ser una colección de manchas, quizás con colores muy armónicos, pero inexpresivo y sin vida, de la misma manera, todo intento de síntesis científica sin Metafísica será siempre un cuadro desdibujado, una brillante colección de hechos, pero sin trabazón y sin unidad.

Hay entre la Metafísica y las demás ciencias la misma relación que entre el sistema nervioso y los demás tejidos del organismo; pues, así como aquél coordina y dirige y unifica y preside todas las funciones particulares, de tal manera que los animales que carecen

de él viven vida elementalísima y aislada y si alguna vez se agrupan no hay verdadera unidad orgánica, sino simple yuxtaposición, del mismo modo la Metafísica concentra y coordina y unifica las verdades dispersas, de tal manera, que cuando las ciencias quieren prescindir de sus altos principios reguladores, se convierten en unos a modo de políperos de fenómenos agregados o amontonados, pero sin enlace ni dependencia vital.

Es imposible edificar una Psicología científica, si antes no se asientan, a modo de cimientos, las nociones de ser y sus propiedades trascendentales, la causalidad, substancia, individuo, persona, facultades, actividad, etc., etc.; como no se puede establecer ningún linaje de argumentos, si antes no se han purificado en el filtro de la Metafísica las fuentes del conocimiento; si no se sabe a ciencia cierta el valor de los principios y la firmeza de los criterios.

Tiene la Metafísica la virtualidad de que al negarla se afirma, y los que de ella reniegan lo hacen en nombre de otra Metafísica velada e inconsciente. Por eso los psicólogos fenomenistas y objetivistas al estilo de Bechterew y Pavlow —por no citar sino los más modernos— aunque a cada momento hacen protestas de su independencia de todo sistema filosófico, la protesta está sólo en las palabras, pues en la realidad filosofan a su manera y bien infantilmente, por cierto.

Es también muy de notar que psicólogos eminentes, como Münsterberg (1) y Binet (2), que comenzaron por practicar exclusivamente la Psicología Experimental, más tarde, llevados por la fuerza lógica de los hechos, se vieron obligados a volver los ojos hacia la Metafísica.

LA NEUROLOGÍA

Entre las ciencias propiamente auxiliares de la Psicología debe citarse, en primer término, a la *Neurología*, o sea aquella parte de los estudios anatomo-fisiológicos que se ocupa de la morfología, estructura, origen, composición y funcionamiento del sistema nervioso.

Para comprender la importancia que para el psicólogo tienen los conocimientos neurológicos, basta considerar que, según la doctrina

(1) MÜNSTERBERG: *Grundzüge der Psychologie*, 1900.

(2) BINET: *Ame et corps*, 1905.

de Santo Tomás (1), todas las operaciones del alma, a excepción de las puramente espirituales, se realizan mediante la cooperación de un órgano material, y que el órgano de todas las funciones sensitivas es el sistema nervioso; y, por consiguiente, todo lo que con este sistema se relaciona tiene para el psicólogo trascendental importancia; pues, así como no se puede conocer el funcionamiento de una máquina si no se conoce la estructura y disposición de sus órganos y engranajes, del mismo modo es imposible conocer las operaciones sensitivas si no se conocen los órganos que las producen, si no se estudia su composición, sus relaciones y el mecanismo íntimo de sus operaciones.

Ya Santo Tomás veía clara la necesidad de este estudio cuando, comentando el libro de Aristóteles *De Sensu et Sensato*, justifica el método que el Filósofo siguió en sus estudios psicológicos, el cual, después de haber tratado en el libro *De Anima* de todo lo que a la naturaleza y propiedades generales del espíritu se refiere, se ocupa después muy lógicamente de *los sentidos y de sus órganos*. Y para probar la necesidad del estudio anatómico y fisiológico de los órganos de la sensibilidad, da la siguiente razón: "*Si enim operationes tam propriae quam communes animalium et plantarum, essent propriae ipsius animae, sufficeret ad hoc consideratio de anima. Sed quia sunt communes animae et corpori, ideo oportet, post considerationem de anima, de huiusmodi considerare* UT SCIATUR QUALIS DISPOSITIO CORPORUM AD HUIUSMODI OPERATIONES VEL PASSIONES REQUIRITUR" (Lect. I).

Esta razón, que es muy clara y concluyente, vale contra aquellos psicólogos escolásticos que se creen dispensados de todo estudio de la fisiología de los sentidos o que se contentan con un par de observaciones vulgares y manidas; y vale también contra cierta tendencia, que hoy se nota en la misma Psicología Experimental, a buscar en la introspección la única fuente de los conocimientos psicológicos; tendencia que en parte se explica como reacción contra el fenómeno externo y el objetivismo exagerado de otras escuelas, pero que no puede justificarse en sus exageraciones de despreciar todos los demás métodos de investigación. Todo el que no sea subjetivista

(1) "Potentiae animae, praeter intellectum, sunt actus quarundam partium corporis." *De Sensu et Sensato*, lect. I

no tiene más remedio que estudiar *la disposición de los órganos* si quiere conocer sus operaciones.

Los grandes escolásticos del siglo XIII, fieles a este criterio, daban al estudio de los sentidos la importancia que realmente tiene y así vemos que Alberto Magno y Santo Tomás al ocuparse del conocimiento sensitivo tanto externo como interno, tratan de averiguar las funciones de los órganos nerviosos, dando en ello una prueba notable de clarividencia y de independencia, pues se separaron de Aristóteles que, por inexplicable alucinación, negaba toda intervención del cerebro y de la médula en las operaciones sensitivas y motoras (1).

La ciencia neurológica, que es de ayer, pues apenas tiene medio siglo de existencia, se ha desarrollado maravillosamente, hasta el punto de que es imposible cultivarla en todas sus ramas y los que quieren ahondar en el estudio de sus múltiples e interesantes problemas se ven precisados a una mayor especialización. Aparte de la *Neurología morfológica*, o descripción de la conformación externa del sistema nervioso, que es relativamente fácil y en su parte puramente descriptiva ha llegado a toda su perfección; están la *Neurología citológica*, que estudia los caracteres de las células que integran la sustancia nerviosa, su estructura íntima y las leyes de su funcionamiento y de su formación; la *Neurología histológica*, que se ocupa de los importantísimos y difíciles problemas de la textura de los centros y de sus mutuas relaciones; la *Neurología química*, que estudia no sólo la composición química de la sustancia nerviosa, sino también los cambios íntimos moleculares que se producen en las operaciones normales y en las alteraciones patológicas; la *Neurología embriológica*, que investiga las fases del crecimiento del sistema nervioso y sus causas; la *Neurología patológica*, cuyo objeto es determinar las modificaciones que experimentan las células y los tejidos nerviosos por la acción de los diversos agentes patógenos, y la *Neurología comparada*, cuyo difícil cometido es el estudio de las variaciones que se observan en el sistema nervioso de los diversos tipos de la escala zoológica, buscando sus causas y la influencia que estas variantes de forma, de estructura o de composición puedan ejercer en la diversidad de funciones. Júntese a todo esto la *Técnica neuromicrográfica*, conjunto de reglas y de métodos para el estudio microscópico del sistema nervio-

(1) Dejamos para otra ocasión el alegar las pruebas convincentes de este hecho, que es interesante y merecedor de más extenso comentario.

so, y se tendrá un campo dilatadísimo, erizado de escabrosos problemas, pero que promete notabilísimos resultados para la Psicología.

Enumerar los múltiples puntos de contacto que la Neurología tiene con la Psicología y la luz que sus descubrimientos dan para resolver numerosos problemas, tanto en lo que se refiere al conocimiento sensitivo como al movimiento y las pasiones, es tarea muy larga que nos llevaría lejos de nuestro propósito y que es propia de un tratado de Psicofisiología. Baste apuntar muy por encima que dos son los problemas generales que el psicólogo debe resolver ayudado por la nueva ciencia.

El primero es el llamado *genético*, o sea el determinar qué relación hay entre el desarrollo del sistema nervioso y la aparición o desarrollo de las diversas facultades. Este a su vez abarca dos grandes cuestiones: el señalar la relación de dependencia que existe entre la evolución de las facultades del niño y el gradual desenvolvimiento de sus órganos nerviosos; y el averiguar la correlación que hay entre la evolución del sistema nervioso en la serie animal y el sucesivo perfeccionamiento de los actos psíquicos, tanto cognoscitivos como apetitivos. Este último problema se complica con otro no menos arduo, o sea el determinar qué valor tiene el criterio de *analogía* de que ordinariamente nos servimos para atribuir a los animales funciones psíquicas semejantes a las nuestras. En este terreno está hoy empeñada una tremenda batalla en la que el norteamericano Loeb y una numerosa escuela alemana sostienen la negativa, afirmando e intentando probar por mil medios ingeniosos y sutiles que no tenemos razón ninguna para atribuir a los animales fenómenos internos parecidos a los nuestros.

El segundo problema es el que pudiéramos llamar de *la cooperación funcional*, es decir, el determinar de qué manera interviene el sistema nervioso en los actos psíquicos; en una sensación, por ejemplo, o en un recuerdo o en una emoción, saber qué parte toman los órganos nerviosos y cómo se desenvuelve su actividad y cómo se desarrollan sus operaciones y cuáles son los centros que en cada acto intervienen; y en cada acto, qué es lo que se debe atribuir a la energía fisiológica, y qué es lo que por medio de ella no se puede explicar y que, por consiguiente, hay que poner en el haber de una energía superior. En este campo de investigaciones se han hecho no pocos ni pequeños progresos, y hoy conocemos bastante bien la estructura de todos los sentidos y las vías nerviosas por donde caminan las

impresiones sensoriales hasta llegar al cerebro y por dónde bajan los impulsos motores desde la corteza cerebral hasta los músculos. También se han hecho notables adelantos en el conocimiento de la estructura de todos los centros nerviosos y de sus relaciones, en la localización de las facultades sensoriales y en la determinación de las funciones propias de cada centro. Hoy se trabaja con ahinco en este terreno, porque la guerra ha suministrado abundante material clínico; y hasta parece que se comienza a entrever el importante papel que en las emociones desempeña el sistema nervioso visceral, que hasta el presente era un enigma para los fisiólogos.

Ni que decir tiene que todavía quedan muchísimos puntos oscuros o dudosos; que hay mucho que descubrir, y en lo descubierto, mucho que analizar; pero ello no ha de ser motivo para menospreciar lo hecho y para no tener en gran estima las conquistas con tanto trabajo logradas; antes por el contrario, debe servir de estímulo para estudiar con detenimiento estos asuntos a fin de no dejarse engañar y exponerse a tomar como verdades demostradas lo que muchas veces no pasa de teorías o explicaciones aventuradas. Todo el que haya leído algo en esta materia sabe las exageradísimas consecuencias que cada día se sacan de cualquier descubrimiento nuevo con que se enriquece la ciencia. Descubriéronse las neuronas y en seguida los psicólogos materialistas nos vinieron hablando de *neuronas psíquicas*; hallóse que en las células nerviosas había neurofibrillas, granulaciones cromáticas y espinas, y al momento surgió una enorme cantidad de teorías explicativas de los fenómenos mentales; y así por el estilo en todos los demás descubrimientos. ¿Quién no ve que el psicólogo, si tiene conciencia de su misión y quiere estar a la altura de la ciencia contemporánea, debe poseer los conocimientos neurológicos necesarios para apreciar el valor de tales teorías, descubrir sus flacos, refutarlas cumplidamente en el mismo terreno y con los mismos hechos en que se basan y no conformarse con impugnaciones apriorísticas, que algunas veces serán demostrativas, pero que por su mismo carácter infunden sospechas o causan aversión a los que cultivan la ciencia experimental y en hechos y en experiencias fundan sus argumentos?

Se comprende que los idealistas de todos los matices prescindan en absoluto del estudio del sistema nervioso, aunque hay algunos, como Royce, que con notable inconsecuencia le dedican especial interés; se puede tolerar que otros tratadistas sin escuela filosófica de-

finida, v. gr.: S. Baglioni, se atreven a decir que entre la Fisiología y la Psicología no hay ningún punto de contacto que autorice a juntarlas en la monstruosa unión que se pretende (1); pero lo que de ninguna manera se explica ni se puede tolerar es que los psicólogos escolásticos, para quienes es tesis fundamental la intervención del sistema nervioso en los actos del conocimiento sensitivo y sus derivados, desatiendan su estudio y no traten de incorporar a su Psicología todo lo que en esta rama de las ciencias se conquista cada día, todas las leyes demostradas, todos los nuevos fenómenos definitivamente conquistados.

LA PSIQUIATRÍA

Bajo este epígrafe queremos comprender no sólo la Psiquiatría propiamente dicha, sino también todas las otras ciencias, Anatomía patológica, Histopatología, etc., que con ella están íntimamente relacionadas y que le ayudan en el estudio de las llamadas *enfermedades mentales*.

La necesidad de estos estudios para la Psicología nace primeramente de la misma naturaleza de esta ciencia, la cual, si ha de ser completa, debe estudiar el alma en sí misma y en todas sus manifestaciones, y éstas no sólo cuando los órganos de que se sirve son normales y funcionan regularmente, sino también cuando por efecto de cualquier trastorno se hallan alterados y no pueden prestarle aquella colaboración ordenada y regular de que ha menester.

La segunda razón de esta necesidad procede de la inmensa dificultad de la Psicología, que ya Aristóteles confesaba en las primeras líneas de su tratado *De Anima*; pues teniendo que deducir la naturaleza del alma y de sus facultades del estudio indirecto y lejano de sus operaciones, es preciso recoger y analizar cuidadosamente todas sus manifestaciones, todos los modos diversos de exteriorizarse su actividad, para por ellos rastrear las causas y el complicado dinamismo de donde proceden.

Otra razón no menos poderosa la encontramos en el hecho de que la Psicología es ciencia esencialmente experimental y de observación (*ciencia física o natural* la llama el Filósofo); y para que la experien-

(1) BAGLIONI: "La psique e le funzioni del sistema nervoso centrale", *Rivista di Fil., Pedag. e scienze affini*, 1901.—"Il problema funzionale del sistema nervoso", *Atti della Società Ital. per il progr. delle scienze*, 1910.

cia sea completa y luminosa, es preciso que el experimentador pueda variar las condiciones del experimento, suprimiendo o cambiando los factores que en el fenómeno estudiado parecen intervenir, a fin de poder determinar la importancia de cada uno y su intervención más o menos eficaz en el efecto. Ahora bien, cuando se trata de investigar la intervención de los órganos nerviosos en las operaciones del alma, al psicólogo no le es dado experimentar sobre estos órganos en el hombre, suprimiéndolos o modificándolos, y tiene que esperar a que la naturaleza de vez en cuando realice el experimento y observar entonces las consecuencias; por eso con razón dice De Sanctis que los hechos patológicos son experiencias preciosas y dolorosas que en nosotros hace la naturaleza (1). El loco es una caricatura del hombre normal, y así como en la caricatura se hacen resaltar los rasgos característicos del personaje, aunque sea exagerándolos; así en los dementes se revelan con más vigor algunas leyes de la actividad psíquica, que en estado normal aparecían veladas.

Para comprender todo el partido que la Psicología puede sacar del estudio de las enfermedades nerviosas y mentales, basta pasar los ojos por cualquier tratado serio de Psicología Patológica y en seguida se apodera del ánimo el convencimiento de que el mecanismo de las operaciones psíquicas es infinitamente más complicado de lo que nos habíamos imaginado, y que multitud de fenómenos no caben en los cuadros esquemáticos y simplicistas que en los libros de Psicología ordinariamente se trazan, y que los resortes que el ánimo mueve son numerosísimos y muy variados, y que el influjo directo o indirecto del organismo sobre todas las operaciones del espíritu es más importante y decisivo de lo que a primera vista los fenómenos normales nos hacían sospechar.

Además, en las numerosísimas variedades de locuras se nos presentan disociadas las facultades o sus operaciones, lo cual ayuda sobremanera a esclarecer su estudio; y así vemos que unas veces se anulan por completo las operaciones intelectuales y otras desaparece el poder crítico, el sentido de la realidad, permaneciendo la facultad discursiva; ora se desvanecen totalmente o se exageran los afectos, quedando íntegras la memoria y las asociaciones; ora, permaneciendo clara la inteligencia, la voluntad se ve impotente para refrenar o para

(1) S. DE SANCTIS: *Fenomeni psichici e sistema nervoso*. Undécimo Congreso de la Società Italiana di Psicologia, 1913.

dar impulso a los movimientos. Conocidos son también y muy fecundos en consecuencias los casos de fragmentación o alteración de la memoria y los no menos notables e instructivos bautizados con los nombres de *despersonalización*, de la *doble o múltiple personalidad* y de las *personalidades alternantes* y otros variadísimos, que sería largo enumerar y que dan ocasión al psicólogo para corregir o completar sus fórmulas y para desenmarañar algún tanto la complicada madeja de las operaciones humanas.

También contribuye eficazmente la Psiquiatría al conocimiento de la localización de las facultades; porque si bien es verdad que un grupo grande de *psicosis*, llamadas *funcionales*, en las que *todavía* no se han descubierto las alteraciones materiales que las ocasionan, en cambio en todas las llamadas *orgánicas* se pueden señalar los disturbios de la corteza cerebral que siempre las acompañan, lo cual demuestra evidentemente el influjo decisivo que los diversos elementos ejercen en las operaciones abolidas o alteradas.

Quizá alguno, pensando en la extensión y en la dificultad de esta ciencia, se asuste y crea que pretendemos que todo psicólogo debe ser un consumado psiquiatra. Aquí, como en todo, tiene aplicación lo del *ne quid nimis* o aquel otro consejo que los antiguos daban a los aprendices de teólogo: *non est senescendum in artibus, sed a limine sunt salutandae*. Por lo demás, hay que tener presente que la Psicología debe buscar apoyo y luz para sus investigaciones dondequiera que los encuentre, aunque sea poniéndose en contacto con las pobres almas que no sólo están encarceladas en los cuerpos, sino que sufren las torturas de una prisión incómoda y ruinosa; y tampoco se debe olvidar que hay muchos puntos de contacto entre las ciencias médicas y las psicológicas; pues, como dice Aristóteles, "*ad naturae scrutatorem quoque expectat prima sanitatis et aegritudinis principia cognoscere*" (1); y Santo Tomás comentando este pasaje dice: "*Ad NATURALEM PHILOSOPHUM pertinet invenire prima et universalia principia sanitatis et aegritudinis: particularia autem principia considerare pertinet ad medicum...* CUM AD PHILOSOPHUM NATURALEM PERTINEAT CONSIDERARE CORPUS VIVUM EL EJUS PRINCIPIA, oportet etiam quod consideret principia sanitatis et aegritudinis." Y son muy dignos de notarse estos dos textos, que nos demuestran la mente de Aristóteles y de Santo Tomás en el tema que traemos entre manos. Tra-

(1) ARISTÓTELES: *De Sensu et Sensato*, lect. I.

tan de determinar la extensión que el psicólogo debe dar a sus estudios y cuál sea el objeto propio de sus investigaciones cuando se ocupa de las facultades sensitivas, y ambos convienen en que no se debe limitar al simple estudio de los sentidos y de sus órganos en estado normal, sino que debe también estudiar sus alteraciones y las causas de las mismas. Repárese también en aquellas notables palabras del Santo, que nos han servido de lema para este artículo y que debieran estar estampadas en todas nuestras escuelas y al frente de todos nuestros libros de Psicología: *Pertenece al psicólogo el estudio del organismo y de sus elementos constitutivos*. Y no se crea que violentamos el texto del Angélico al traducir *psicólogo* donde él dice *philosophum naturalem*; pues el Santo, comentando la lección segunda del tratado *De Anima*, se detiene largamente a demostrar que *consideratio de anima pertinet ad naturalem* (1). En resumidas cuentas: que, según los dos grandes maestros de la Escolástica, el psicólogo no sólo debe estudiar la Anatomía y la Fisiología del organismo humano, sino también sus trastornos patológicos y las causas que los producen.

LA BIOLOGÍA Y LA FISIOLOGÍA GENERALES

Después de lo dicho no hay necesidad de encarecer la importancia que para el psicólogo tienen estas dos ciencias, que son indispensables para el estudio de las anteriormente mencionadas. Solamente queremos aducir una prueba del auxilio que la *Biología general* puede prestar a la Psicología, y la tomamos de las nuevas doctrinas sobre las secreciones internas, que tanta importancia han recibido en los últimos años y que hacen concebir fundadas esperanzas de que cuando estos estudios hayan adelantado un poco más (hoy estamos en los albores de los descubrimientos), proyectarán luz abundante sobre muchos puntos ahora tan oscuros.

De estas investigaciones apenas iniciadas y en las que se ocupa una legión brillante de biólogos y fisiólogos, se deduce claramente que en nuestro organismo hay dos reguladores de las funciones orgánicas: el sistema nervioso, cuya acción directora es más conocida y el *sistema químico*, que por medio de la circulación humoral de sustancias segregadas por las glándulas *endocrinas* o de secreción interna, hace que unos órganos influyan poderosamente en el desarrollo y

(1) D. THOMAS: *De Anima*, Lib. I, Lect. II.

funcionamiento de otros situados en regiones apartadas del cuerpo. Por lo que a nuestro tema se refiere y como comprobación del esclarecimiento que estos nuevos hallazgos de la Biología pueden aportar a los problemas psicológicos, vamos a citar la siguiente curiosa aplicación que de las propiedades de una de estas secreciones internas, *la adrenalina*, hace J. A. Thomson: "La adrenalina —dice—, o sea la secreción de las cápsulas suprarrenales, sirve para cortar las hemorragias, por su propiedad de contraer los vasos arteriales. Se ha demostrado que una fuerte emoción aumenta la cantidad de adrenalina. Supongamos que la fuerte emoción sea de cólera, en ese caso la cantidad de adrenalina aumenta automáticamente; la proporción de azúcar en la sangre crece de un veinte a un treinta por ciento, con lo cual se suministra a los músculos un alimento más abundante; la corriente sanguínea sufre una desviación que la orienta de las vísceras hacia los músculos superficiales, quedando éstos en excelentes condiciones para la lucha; el corazón late más rápidamente y la respiración se acelera; la propiedad de coagulación de la sangre se acrecienta igualmente, resultando una condición muy favorable para el caso en que haya heridas. El cuerpo del hombre encolerizado se encuentra rápida y automáticamente en excelentes condiciones para la acción y la reacción en presencia de un adversario" (1).

OTRAS CIENCIAS AUXILIARES

Al lado de las ya mencionadas que ofrecen interés particularísimo para el psicólogo y de cuyo estudio no puede en manera alguna prescindir, si quiere dar seriedad a sus trabajos y mantenerse a la altura en que hoy se desenvuelven los problemas del alma, hay otras ciencias, tales como la Anatomía, la Histología, la Química orgánica, etc., cuyo conocimiento es indispensable para adquirir las antes citadas; y otras, por último, que le podrán ayudar y hasta ser necesarias para resolver problemas particulares; como son, por ejemplo, la Historia, la Etnografía y la Lingüística para el estudio de la Psicología Etnica y la Psicología de las muchedumbres; la Mística, la Historia de las religiones y las Hagiografías para la Psicología religiosa, la Anatomía comparada y la Zoología descriptiva para la Psicología comparada. Y no citamos más porque sería cosa de no acabar o de hacer una

(1) J. A. THOMSON: *The new Biology*, "Scientia", 1, VIII, 1919.

lista de todas las ciencias y de todas las artes; porque en todas puede el psicólogo encontrar material aprovechable para su ciencia: y se comprende fácilmente la razón con sólo pensar que dondequiera que haya una manifestación del espíritu humano allí hay un efecto de la actividad de sus potencias y por él se podrá de alguna manera rastrear la naturaleza de la causa que le produjo y su manera de obrar para exteriorizar aquella su actividad.

UNA OBJECCIÓN

Antes de terminar, vamos a salir al encuentro de una dificultad que quizá esté asomando a los labios de los lectores y que hemos oído muchas veces cuando de palabra o con el ejemplo defendíamos la tesis que hoy sustentamos por escrito. Es la siguiente: Así como todos nuestros maestros, de Aristóteles para acá, han estudiado la Psicología, sin necesidad de saber todas esas numerosas y complicadas ciencias que aquí les exigimos, así también podremos hacerlo nosotros, y hasta nos daríamos por muy contentos con saber lo que ellos supieron sobre el alma y sus facultades.

Este es el argumento de todos los perezosos, de los que no buscan la verdad por sí misma, sino sólo aquella mínima cantidad de conocimientos que sea suficiente para no pasar por ignorantes y no hacer un papel desairado ante los demás; de los disimuladamente pragmatistas que no buscan la *ciencia* que es perfección del entendimiento, sino *los conocimientos* que realzan el valor personal ante la sociedad. Son estos tales "utilitaristas" en el peor sentido de la palabra, pues buscan, no la utilidad apetecible que resulta de la mayor perfección de las facultades, sino aquella otra utilidad externa y tangible que se cotiza en los mercados de la sociedad. Para ellos las verdades no son coeficientes que multiplican el valor intrínseco del entendimiento, sino unos a modo de exponentes personales que elevan su potencia social.

Respondiendo directamente a la dificultad, hemos de decir: 1.º, que nuestros antiguos filósofos, los grandes, los maestros, los fundadores de la Psicología, estudiaban de aquellas materias todo lo que entonces era conocido; y los grandes escolásticos no se contentaron con las pocas y falsas ideas que Aristóteles daba de Anatomía y Fisiología, sino que consultaron y estudiaron detenidamente las obras

de los especialistas, particularmente las de Galeno y de los médicos árabes. Por consiguiente, si queremos ser dignos discípulos de tan dignos maestros, debemos hacer como ellos hicieron, es decir: consultar y estudiar los tratados magistrales escritos por especialistas, para poder utilizar sus descubrimientos y con ellos aclarar los conceptos psicológicos. 2.º No hay que imaginarse que la Psicología escolástica sea una obra acabada y perfecta a la que nada nuevo se pueda añadir. Están trazadas las líneas generales, hay mucho adelantado en lo que concierne a la naturaleza del alma y a sus potencias espirituales; pero en lo que toca a los sentidos, tanto internos como externos, no se ha hecho más que esbozar los estudios: hay muchísimas cosas que añadir, hay mucho que descubrir y algo que corregir. El contentarse con lo hecho es desconocer el fondo de esta ciencia, es dar por demostrado lo que muchas veces es hipotético o muy dudoso, es no saber desentrañar y analizar los procesos del conocimiento.

No queremos afirmar que las ciencias experimentales hayan aportado soluciones definitivas a todos los problemas; no es así ni mucho menos; en ellas, como en toda ciencia que comienza, hay muchas exageraciones: exagérase la utilidad de los métodos y la importancia de las conquistas y la trascendencia de las aplicaciones. Así como en el desarrollo de los tejidos orgánicos las células nuevas tienden a la expansión, a la forma esférica, y más tarde las exigencias de la vida y los apretones de las células vecinas las obligan a comprimirse y a tomar formas poliédricas; de la misma manera sucede con las doctrinas nacientes: en los comienzos hay hinchazón en el contenido y los principios parecen esféricos y como que presentan la misma perspectiva homogénea y regular desde dondequiera que se los mire; pero después viene la crítica serena con sus hondas limaduras y vienen los empujones de las ciencias vecinas, y las verdades comienzan a mostrarse poliédricas y a presentar distinta perspectiva según el punto desde donde se las mira. Lo que sí afirmamos y sostenemos es que no basta la sola Metafísica ni la sola introspección para el cultivo de la Psicología, como tampoco bastan las ciencias experimentales. Con aquélla se vuela demasiado alto y se suele perder el contacto con la realidad tangible; con éstas se vive pegado a lo singular y concreto, sin poder tender la vista y abarcar en una síntesis homogénea los innumerables hechos que se van amontonando. *Ista oportet facere et illa non omittere*. El supremo ideal sería que los metafísicos fueran

hombres de laboratorio y los cultivadores de las ciencias experimentales fueran a la vez metafísicos, y que unos y otros pudieran firmar sus obras de modo análogo a como solía hacerlo aquel gran pintor y orfebre boloñés del siglo xv, Francisco Raibolini, llamado *El Francia*, el cual, cuando firmaba una pintura, escribía: *Francia aurifex*, y en las obras de orfebrería firmaba: *Francia pictor*.

FR. M. BARBADO.

Roma, Colegio Angélico.

RACIOCINIO Y PROGRESO DOGMATICO

IV

Vamos a terminar este ligero estudio sobre raciocinio y progreso dogmático, ocupándonos brevemente de dos conceptos que toca de paso nuestro objetante. Estos conceptos son: primero, el progreso por asimilación; segundo, el progreso por vía afectiva o vital.

*
* *

El progreso por asimilación.—Desde que el cardenal Newman escribió su genial *Essay on the Development of Christian Doctrine* se viene hablando, aun por escritores católicos, de la asimilación, como una de las vías del desarrollo dogmático. A juicio nuestro, tal asimilación no existe, no solamente en el dogma, pero ni siquiera en las ciencias, y cuanto en contra se viene diciendo proviene de extender falsamente a la vida espiritual de la inteligencia las leyes y procesos materiales de la vida vegetal y animal.

En efecto, para que un principio o enunciado intelectual, sea abstracto o concreto, se desarrolle y crezca en la inteligencia humana, no hace falta para nada asimilación de materia extraña, sino simple comparación con otros enunciados intelectuales, ora vengan éstos de la razón especulativa o de la práctica, ora de la experiencia interna o externa. Según observa con razón Santo Tomás (1), todo enunciado intelectual es *luz*, y el contacto o aplicación de la luz, sin aumentar ni modificar la objetividad de lo visto, aumenta la potencia visiva del vidente y aun la visibilidad del objeto, o de lo que en el objeto estaba latente, implícito, virtual. En esto está la fuerza y el valor de lo que en

(1) "*Ipsium intelligibile vocatur lumen vel lux*" (pág. 1, q. XII, art. 5).

lenguaje ordinario llamamos *comparación* o contacto de dos o más verdades entre sí, y que en lógica se conoce con el nombre técnico de *raciocinio*. Todo enunciado al entrar en contacto o comparación con otro, o toda mayor al entrar en contacto o comparación con una menor, se desarrolla; porque el contacto de la luz de la menor hace que aparezcan visibles en la mayor nuevos aspectos, nuevas relaciones, nuevos predicados, nuevas verdades, nuevos enunciados que antes, aunque allí estaban, no aparecían; como al contacto de la placa con el reactivo se dibujan o aparecen claros los rasgos que en la placa estaban, o mejor como al contacto de cantidades conocidas se revelan los verdaderos valores de la incógnita en una ecuación.

Esa es, según Santo Tomás, la verdadera psicología del progreso intelectual y de la vida de *nuestra* inteligencia, y esa es, por tanto, la verdadera psicología del progreso y vida de la fe y del dogma, pues la fe es formalmente virtud *intelectual*. Hablar de asimilaciones en el progreso dogmático, es confundir la vida de la inteligencia con la vida animal o vegetal. En el organismo vegetal o animal, por su carácter de *material*, no cabe desarrollo o evolución, sino por intususcepción y asimilación de elementos extraños, y quien dice asimilación dice *transformismo*. En cambio, la vida intelectual se desarrolla, no trasformando los principios o enunciados primitivos, sino comparándolos entre sí o con otros enunciados, para que a la luz de unos aparezca lo que está oculto en los otros. La vida intelectual se asemeja, no a la asimilación o combinación química, ni siquiera a la suma o resta matemáticas, sino al *desarrollo de una ecuación* cuyo fin y cuyo proceso no son aumentar ni disminuir para nada el verdadero valor de las incógnitas, sino resolver o explicar sus valores implícitos o latentes mediante valores conocidos.

Tal es, según la escuela tomista, el verdadero oficio y el único oficio de las hoy tan traídas y llevadas *menores de razón* en el desenvolvimiento del dogma. Los gravísimos problemas relacionados con la hoy llamada evolución del dogma, y que muchos tratan de problemas nuevos y aun casi acusan a los grandes genios de la Escolástica de haberlos ignorado, fueron tratados y resueltos en principio por éstos, y, sobre todo, por Santo Tomás y su escuela, con una profundidad y amplitud que contrasta con la superficialidad con que son tratados, no solamente en las obras heterodoxas, sino en muchos manuales católicos. Lo que hoy llamamos contacto de la revelación con las diversas filosofías y civilizaciones, lo llamaban los escolásticos contacto de las mayores de fe con las menores de razón; lo que hoy estudiamos bajo el nombre de evolución dogmática, lo estudiaban ellos bajo el nombre de conclusión teológica; lo mismo que hoy discutimos sobre sí el progreso dogmático es la resultante de una asimilación de datos racionales por las ver-

dades de fe, lo discutían ellos bajo la etiqueta de si la menor de razón es verdadero principio o concausa, o solamente auxiliar o instrumento de la conclusión; la cuestión moderna de si cabe verdadero desarrollo o evolución en el dogma, la discutían ellos bajo la fórmula de si las conclusiones teológicas son de fe divina o definibles de fe.

La solución de Santo Tomás y de su escuela a estos problemas fué siempre que las *menores de razón* no son en el raciocinio teológico sino mero instrumento de las mayores de fe, o meros auxiliares de nuestra razón, para desenvolver lo que ya existe latente en las mayores de fe: que no tienen por objeto aumentar, disminuir ni modificar la objetividad de esas mayores de fe, sino solamente explicitar o desarrollar su implicitud o virtualidad: que la conclusión no se encuentra a la vez en la mayor de fe y en la menor de razón, sino sola y exclusivamente en la mayor de fe: que la conclusión no sale de la mayor y de la menor, sino de sola la mayor mediante el auxilio de la menor; que las menores de razón no son lugares teológicos *proprios* o principios *formales* de la conclusión, sino meros principios *auxiliares*; que, por tanto, la conclusión teológica o la teología no es adición *objetiva* a la mayor de fe o depósito revelado, sino *explicación* intelectual (1); que, en fin, esa explicación es explicación *divino-humana*, o explicación del depósito divino por la razón humana, mientras está hecha solamente por la deducción de hombres puros, o sea, de los teólogos; pero es explicación *divino-divina*, o sea, explicación del depósito divino por Dios mismo, cuando está hecha bajo la asistencia del Espíritu Santo, como lo está en toda definición infalible de la Iglesia.

Así, pues, tanto las verdades de revelación, como las verdades de razón, son para nuestra inteligencia focos de luz, de naturaleza y valor muy distintos, pero siempre *luz*. Puestos en contacto, no han podido menos de iluminarse mutuamente. Las verdades de fe han servido para hacer progresar las de razón; las verdades de razón, a su vez, han servido para hacer progresar las de fe. Con las verdades de fe hemos podido descubrir en las de razón lo que sin ellas no hubiesen llegado a descubrir los filósofos; con las verdades de razón hemos descubierto en las de fe, o en el depósito revelado, lo que sin ellas siempre hubiese permanecido oculto para los fieles o teólogos. No hay ni en uno ni en otro caso asimilación de las verdades de razón por las de fe o vi-

(1) "*Sola praemissa de fide continet totam veritatem et certitudinem conclusionis, et altera lumine naturali nota assumitur tantum per accidens et propter imperfectionem subjecti, quod eget ministerio luminis naturalis ad acquirendam scientiam. Unde in scientia beata, quae non eget discursu formali, haec veritas "Christus est visibilis" videtur in hac sola propositione "Christus est homo (hoc est, homo perfectus) tamquam "in causa perfecta" (Gonet, *Clypeus Theologiae thomisticae*, disput. proaemialis, art. 1, núm. 38). Esta es doctrina común de los tomistas.*

ceversa; sino mutua iluminación. La asimilación de una verdad de fe por otra de razón no haría progresar la razón o la ciencia, porque nada es científico, si no está *incluído en* y deducido de los primeros *principios de la ciencia*, y los principios de la ciencia son sola y exclusivamente los *principios de razón*. De la misma manera, la asimilación de una verdad de razón por otra de revelación no haría progresar la fe ni aun la teología, sino corromperlas; pues nada es verdaderamente de fe o de teología, si no está verdaderamente *incluído en* los *principios* de la teología y de la fe; y los principios verdaderos y formales de la fe como de la teología no son ni serán jamás las verdades de razón, sino los *artículos de la fe*.

En suma, la relación de las mayores de fe a las menores de razón, o del depósito revelado a las diversas filosofías o civilizaciones humanas con las que en el espacio de los siglos ha entrado o entre en contacto, no es la relación *asimiladora* del estómago al alimento, sino la relación *instrumental* o auxiliar del telescopio o microscopio a la visión, la del reactivo químico a la placa ya impresionada, la de las cantidades conocidas a las incógnitas en una ecuación matemática.

El progreso por vía afectiva o experimental.—Si el progreso por vía de asimilación no existe, existe en cambio en el dogma otra vía de desarrollo, completamente distinta de la vía por raciocinio. Digamos sobre ella cuatro palabras, pues la estrechez de un artículo no permite más, y quizá nos ocupemos pronto de ella con más extensión. Nos referimos a la vía de afecto, la vía de voluntad, la vía de piedad, la vía de sentimiento, la vía experimental, la vía mística; esa vía, en una palabra, de que Santo Tomás habla con tanta frecuencia, llamándola vía per modum *connaturalitatis*, per quamdam *affinitatem*, quasi *experimentalis*, per *contactum* y otros nombres semejantes, y la que el Santo Doctor contrapone siempre a la vía per *studium*, per *inquisitionem*, per *raciocinium*. Para entender bien esta nueva vía hay que fijarse en tres puntos, a saber: en el papel que en nuestros juicios juegan: a), la vida afectiva en general; b), los hábitos naturales; c), los hábitos sobrenaturales.

La vida afectiva en general.—Conocida es de todos la parte importante que en nuestros juicios juega la vida afectiva. El amor excita y concentra la atención, haciendo que se piense más constantemente y con mayor fijeza en el objeto amado, y el concentrar la atención equivale a aumentar la fuerza cognoscitiva, según el conocido adagio de “*pluribus intentus minor est ad singula sensus*”. Esto constituye una gran ventaja para el conocimiento y desarrollo de una verdad. Cuando el físico o el químico tratan de estudiar a fondo las propiedades de un cuerpo o de un fenómeno cualquiera, comienzan por procurar ante todo aislarlo de todo otro, para poder estudiarlo en toda su pureza, sin mez-

cla de impresiones extrañas que suelen ser causa frecuente de error o mixtificación. Eso mismo es lo que hace el amor respecto al objeto amado. El amante se fija con intensidad y hasta con exclusivismo en aquello que ama, recibiendo así sus impresiones con mayor fuerza y mayor pureza, y discerniendo antes propiedades o rasgos que los otros no advierten o que tardan más en discernir (1). El Discípulo Amado es el primero en reconocer sobre la playa del mar a Jesús resucitado, y exclamar enseguida: "Dominus est."

Pero a esta ventaja conocida del amor se junta a veces una gran desventaja no menos conocida. Los objetos para ser bien y debidamente apreciados necesitan con frecuencia ser comparados con otros, pues nuestro conocimiento, al contrario del de los ángeles, tiene mucha mayor cantidad de relativo o comparativo que de absoluto o intuitivo. El que no hace estudios diversos y comparados, el que se limita a un solo orden de ideas y mucho más a un solo objeto, el especialista, en una palabra, corre peligro de estrechez y miopía de juicio, de exclusivismo de apreciación, de despreciar y aun de no ver lo que no le interesa, de abultar aquello mismo que le interesa, como si fuese lo único que tiene valor y que es digno de atención (2). De especialista o apasionado a miope o visionario no hay con frecuencia más que un paso, como la experiencia lo muestra demasiado. Por algo se representa al amor con una venda en los ojos. De todas maneras, si las ventajas o desventajas del amor, cualesquiera que ellas sean, se redujesen solamente, como algunos creen, a facilitar o dificultar la atención, y mediante la atención el juicio especulativo, entonces la vida afectiva sería respectivamente un acicate o una rémora de la vía intelectual, pero no llegaría a constituir una segunda vía, una vía autónoma y distinta de la vía por raciocinio. Pero en la vida afectiva hay mucho más que eso, como vamos a ver.

Los hábitos o disposiciones naturales.—El hábito constituye una *segunda naturaleza*, y como hábito bueno o virtuoso es el que es conforme a la *razón*, síguese que el que posee un hábito virtuoso o una buena disposición natural, posee en sí mismo, y sin salir de sí mismo, un elemento real, físico, inmanente a la vez que objetivo, para juzgar experimentalmente y sin raciocinio respecto al objeto de tal hábito, tan bien o mejor que el que, sin poseer tal hábito, trate de juzgar por sola cien-

(1) *Amans non est contentus superficiali apprehensione amati, sed nititur singula quae ad amatum pertinent intrinsecus disquirere, et sic ad interiora ejus ingreditur.*

(D. Thomas, 1.^a, 2.^{aa}, q. 28, art. 2). Ea enim quae delectabiliter facimus, *attentius et perseverantius* operamur (ibid., q. 4, art. 1, ad 3).

(2) "Ad ea in quibus delectamur, multum attendimus: cum autem attentio fortiter inhaeserit alicui rei, *debilitatur circa alias res, vel totaliter ab eis revocatur* (D. Thomas, 1.^a, 2.^{aa}, q. 33, art. 3).

cia o raciocinio especulativo. Puede decirse y se dice que el que posee un hábito virtuoso o disposición natural posee un *nuevo sentido*. Así hablamos generalmente del sentido del arte, del sentido del pudor, del sentido del honor, del sentido o sentimiento en todos los órdenes. De la misma manera que por los sentidos exteriores percibimos los objetos externos por contacto inmediato, sin comparación o raciocinio, por simple y verdadera intuición: así también el que posee, por ejemplo, el hábito de la castidad percibe espontánea e intuitivamente la pureza o impureza de una acción o de una doctrina relativa a esa materia con más prontitud y viveza, y aun a veces con mayor seguridad que el moralista especulativo, si no es casto, con todos sus raciocinios. Eso mismo lo vemos a diario en el arte, en la educación, en la religión y en todos los órdenes de la vida. Es efecto de la disposición natural o hábito adquirido, especie de *sentido* o *instinto* interior, por el que juzgamos por vía experimental o connatural, por llevar dentro de nosotros mismos en el hábito una segunda naturaleza, esto es, una semejanza o participación real y objetiva, y no solamente intencional o ideal, del objeto juzgado. Como por el sentido del gusto, dice Santo Tomás (1), percibimos y discernimos los sabores, así por los hábitos percibimos y discernimos sin raciocinio la conveniencia o inconveniencia, la verdad o falsedad de los actos o doctrinas referentes a cada hábito.

Los hábitos sobrenaturales.—Esto que sucede en el orden natural sucede con mucha más verdad en el orden sobrenatural. Mejor dicho, lo que no es sino *semejanza* en el orden natural, es realidad e *identidad* en el orden sobrenatural.

En efecto: según la doctrina católica, la gracia y las virtudes y dones que de ella se derivan, son una participación real de la divinidad. Es más: por la gracia santificante, la divinidad misma en su unidad y trinidad de personas habitan en nuestra alma, no de una manera puramente similitudinaria o metafísica, sino de una manera objetiva y realísima, por misteriosa e inefable que sea. Esta habitación de la divinidad misma en el fondo más íntimo de nuestro propio ser, se inicia virtualmente con la fe sobrenatural que posee todo cristiano, aunque sea pecador, y se consuma formalmente con la gracia santificante y con las virtudes y dones que posee todo hombre justo.

El que posee, pues, la fe divina, y mucho más el que posee la gracia santificante con sus virtudes y dones, posee y lleva dentro de sí mismo, a modo de *naturaleza*, el objeto mismo de donde nacen y sobre el cual

(1) Al final de este artículo, en el párrafo titulado "Textos de Santo Tomás", encontrará el lector reunidos los textos que confirman cuanto aquí decimos de los *hábitos*, y en especial de los hábitos sobrenaturales de la fe, de la gracia, de la caridad, de las virtudes y de los dones.

versan todos los enunciados de la fe, y de donde brotan y de donde sólo pueden brotar todos los desarrollos dogmáticos, pues nada es ni puede ser dogmático o de fe divina que no sea expresión real de la divinidad. El creyente, pues, y mucho más el santo, poseen dentro de sí un *nuevo sentido*, que San Pablo llama el *sentido de Cristo*, y que bien podríamos llamar el *sentido de la fe* o *los ojos de la fe*.

Ahora bien: en el orden natural sabemos por la historia y la experiencia que el sentido estético, por ejemplo, o el sentido moral han contribuido y contribuyen tanto o más que las reglas especulativas a apreciar y desarrollar las artes o la ética. Figurémonos ahora qué sucedería si el sentimiento artístico o la virtud moral, en vez de ser patrimonio de unos cuantos genios o almas elevadas, fuese universal, y que el mundo fuese una sociedad exclusivamente compuesta de artistas geniales o de almas de elevado y delicado sentido moral.

Pues bien: eso que no es sino una suposición en el orden natural, es una realidad en el orden sobrenatural. Todos los cristianos llevan dentro de sí con el hábito de la fe una participación incoada, pero real, de la divinidad: innumerables entre ellos poseen la gracia santificante, y con la gracia la caridad y virtudes y dones sobrenaturales, y mediante la gracia y la caridad, la divinidad misma y su vida divina; y algunos, muchos más de los que creemos, poseen esa vida y esos dones en el grado heroico que llamamos santidad, y que convierte en casi normal en ellos la *vida de Dios*.

Esa fe, esa gracia, esa caridad, esas virtudes, esos dones, los dones sobre todo de sabiduría, de entendimiento y de ciencia, son realidades objetivas sobrenaturales, *segundas naturalezas* que llevamos injertadas en la que hoy llamaríamos *subconsciencia* de nuestro mismo ser, y por las cuales podemos percibir, juzgar y desarrollar por vía connatural, por vía intuitiva, por vía de contacto, por vía casi experimental, aquellas verdades sobrenaturales que el teólogo especulativo no percibe sino por vía de ciencia, por vía de conclusión, por vía de estudio, por vía de laborioso raciocinio.

Así sucede con frecuencia, como lo manifiesta la historia de los dogmas, que antes que la teología especulativa haya reducido y, aun a veces, ni siquiera vislumbrado una conclusión o desarrollo dogmático, un alma santa o un simple fiel de piedad viva y sencilla haya sentido o sentido ese desarrollo; que lo haya comunicado a otros fieles; que esto lo hayan aceptado espontáneamente como la expresión fiel de su propio sentimiento o de su fe, y que ese sentimiento haya venido, en fin, a generalizarse hasta convertirse en *sentimiento común* de todo el pueblo cristiano.

Claro está que apenas tal sentimiento, con sus visos de novedad, haya comenzado a exteriorizarse y generalizarse, la teología especulativa se apodera de él para sujetarlo a rígido examen, comparándolo con las fuentes reveladas de la Escritura y tradición divinas, y con los criterios auténticos de los Santos Padres, Concilios y Papas. Con frecuencia sucederá que la teología especulativo *demostrará* que ese sentimiento de los fieles, que parecía nuevo, no es sino explicación o conclusión de lo que ya estaba implícitamente contenido en las fuentes reveladas y en las fórmulas definidas. Otras veces, en cambio, la teología especulativa no podrá *demonstrarlo* con demostración rigurosa, y se limitará a una mayor o menor *probabilidad*. Pero que la teología especulativa lo demuestre o no, ese sentimiento común del pueblo fiel es *por sí sólo* criterio suficiente, aun sin el raciocinio teológico, para que el Pontífice o el Concilio, bajo la asistencia infalible del Espíritu Santo, pueda definir tal verdad como dogma de fe, como legítimo desarrollo dogmático. La Iglesia no está ligada, para definir una verdad, ni al raciocinio de los teólogos, ni al sentimiento de los fieles, pues no es discípula sino maestra, tanto de los fieles como de los teólogos. Cualquier medio humano que la certifique de la existencia explícita o implícita de una verdad en el depósito revelado es medio suficiente para que, asistida por el Espíritu Santo, pueda definir esa verdad. Entre esos medios figura el *sentir* del pueblo fiel, tanto o más que el *raciocinio* teológico; y a formar ese sentimiento contribuyen los *hábitos* de la fe, de la gracia, de la caridad, de las virtudes y de los dones de una manera connatural o sin raciocinio tanto o más que contribuye la teología especulativa por la vía de estudio y de raciocinio.

Textos de Santo Tomás.—En confirmación de todo lo dicho en este artículo vamos a transcribir aquí reunidos algunos textos del Angélico Doctor. Escogeremos solamente algunos, y los más cortos, pero suficientes para hacer ver en qué consisten esas dos vías de conocimiento que hemos denominado *vía de raciocinio* y *vía afectiva*. Dice así:

“Rectitudo *judicii* potest contingere *dupliciter*: uno modo *secundum perfectum usum rationis*: alio modo *propter connaturalitatem* quamdam ad ea de quibus est *judicandum*. Sicut de his quae ad castitatem pertinent, per *rationis inquisitionem* recte *judicat* ille qui *didicit scientiam* moralem: sed per quamdam *connaturalitatem* ad ipsa recte *judicat* ille qui *habet habitum* castitatis.” (2.^a 2.^{ae}, q. 45, art. 3.)

“Sicut enim *gustus* *dijudicat sapes* secundum suam *dispositionem*, ita *mens* hominis *dijudicat* de aliquo *faciendo* secundum suam *habitualement dispositionem*. 2.^a 2.^{ae}, q. 24, art. 11.)

"*Duplex est cognitio... Una quidem speculativa...; alia autem affectiva sive experimentalis, dum quis experitur in seipso gustum divinae dulcedinis.*" (2.^a 2.^{ae}, q. 97, art. 2, ad 2.)

"Haec autem sufficientia (in cognoscendo) in quibusdam est *per studium et doctrinam*, adjuncta vivacitate intellectus: sed in quibusdam accidit *per quamdam affinitatem ad divina*, ut Dionysius dicit de Hiero-reo." (III Sent., dist. 35, q. II, art. 1, solut. 1.)

"Et per hunc etiam modum *virtutes* morales certius arte dicuntur operari, inquantum *per modum naturae* moventur a ratione ad suos actus." (2.^a 2.^{ae}, q. 18, art. 4.)

"Quidam habent ex *naturali dispositione* quasdam virtutes... et per consequens habent *naturaliter* rectum *judicium*." (2.^a 2.^{ae}, q. 47, a. 15.)

"Habitus *scientiae* inclinatur ad scibilia *per modum rationis*...; sed habitus *fidei*, cum non rationi innitatur, *per modum naturae*, sicut et habitus moralium virtutum, et sicut habitus principiorum." (III Sent., dist. 23, q. III, art. 3, solut. 2, ad 2.)

"Lumen autem *fidei* est quasi *sigillatio* quaedam Primae Veritatis. Unde hoc lumen sufficit ad *judicandum*. Hic tamen habitus non movetur *per viam intellectus*, sed magis *per viam voluntatis*." (In Boetium. *De Trinitate*, q. III, art. 1, ad 4.)

"Animus hominis non movetur a Spiritu Sancto, nisi ei secundum aliquem modum *uniatur*, sicut instrumentum non movetur ab artifice nisi *per contactum*, aut per aliquam aliam *unionem*. Prima autem unio hominis est *per fidem, spem et charitatem*." (1.^a 2.^{ae}, q. 68, art. 4, ad 3.)

"Primo namque *conjungitur* homo Deo *per fidem*." (2.^a 2.^{ae}, q. 12, art. 1.)

"*Fides* enim est *vita animae*, secundum illud ad Romanos: "Justus ex fide vivit." (Ibid., ad 2.)

"Et ideo per hoc quod *charitas* est in *voluntate* non est aliena a *ratione*... Per quamdam *affinitatem* ad rationem." (2.^a 2.^{ae}, q. 24, art. 1, ad 2.)

"Et hoc est quod facit Deus *charitatem* augendo, quod perfectius *similitudo Spiritus Sancti* participetur in anima." (2.^a 2.^{ae}, q. 24, art. 5, ad 3.)

"*Gratia* et *gloria* ad idem genus referuntur." (Ibid., art. 3, ad 2.)

"Sapientia quae est *donum* est excellentior quam sapientia quae est *virtus intellectualis*, utpote *magis de propinquo* Deum attingens, *per quamdam unionem* animae ad ipsum." (2.^a 2.^{ae}, q. 45, art. 3, ad 1.)

"Ex quadam *connaturalitate* sive *unionem* ad divina quae est *per charitatem*." (Ibid., art. 4.)

"Per quamdam *unionem* ad divina quibus non unimur nisi *per amorem*." (III Sent., dist. 35, q. II, art. 1, sol. 1.)

“Sapientia increata quae primo *se nobis unit* per *charitatis* donum, et ex hoc *revelat nobis mysteria*, quorum cognitio est *sapientia infusa*. Et ideo sapientia infusa non est causa *charitatis*, sed potius *effectus*.” (2.^a 2.^{ae}, q. 45, art. 6, ad 2.)

“Sed quod homo illis causis altissimis *uniatur transformatus in earum similitudinem* per modum quo qui adhaeret Deo, unus Spiritus est.” (1 ad Corinth., 6), ut sic quasi *ex intimo sui* de aliis *judicet*..., hoc per sapientiae *donum* efficitur.” (III Sent., dist. 34, q. 1, art. 2.)

“Sicut se habet *sapientia* quae est virtus *intellectualis* ad *intellectum principiorum* quia quodammodo comprehendit ipsum, ita se habet *sapientia* quae est *donum* ad fidem, quae est *cognitio simplex* articulorum, quae sunt principia totius christianae sapientiae. Procedit enim sapientiae donum ad quamdam *deiformem contemplationem* et quodammodo *explicitam* articulorum, quae *fides* sub quodam *modo involuto* tenet secundum *humanum modum*.” (III Sent., dist. 35, q. II, a. 1, sol. 1, ad 1.)

“Unde si aliqua sunt quae statim *sine discursu* rationis apprehendantur, non dicitur esse ratio, sed *intellectus*... Et hoc facit *intellectus donum*, quod de auditis (circa fidem) mentem illustrat, *ut ad modum primorum principiorum* statim audita probentur.” (Ibid., art. 2, sol. 1.)

“Anima per *gratiam conformatur Deo*. Unde ad hoc quod aliqua Persona divina mittatur ad aliquem per gratiam, oportet quod fiat *assimilatio* illius ad divinam personam quae mittitur, per aliquod gratiae donum. Et quia Spiritus Sanctus est *amor*, per donum *charitatis* anima Spiritui sancto *assimilatur*. Unde secundum donum charitatis attenditur missio Spiritus Sancti. Filius autem est Verbum, non quaecumque, sed *spirans amorem*... Et ideo signanter Augustinus dicit quod “Filius mittitur, cum a quoquam *cognoscitur* atque *percipitur*.” Perceptio autem *experimentalem* quamdam *notitiam* significat. Et haec proprie dicitur *sapientia*, quasi *sapida scientia*.” (P. 1, q. 43, art. 5, ad 2.)

“Ipsae personae divinae quadam sui *sigillatione* in animabus nostris relinquunt quaedam *dona*... Unde *cognitio* ista est quasi *experimentalis*.” (I Sent., dist. 14, q. 11, art. 2, ad 2.)

“*Sapientia* dicitur *intellectualis* virtus secundum quod procedit *ex iudicio rationis*: dicitur autem *donum* secundum quod operatur *ex instinctu divino*.” (1.^a 2.^{ae}, q. 68, art. 1, ad 4.)

“Et ideo divina scientia non est *discursiva* vel *ratiocinativa*, sed *absoluta* et *simplex*: cui *similis* est *scientia* quae ponitur *donum* Spiritus Sancti, cum sit quaedam participata similitudo ipsius.” (2.^a 2.^{ae}, q. 9, a. 1, ad 1.)

“Non quicumque intelligit habet *donum intellectus*, sed qui intelligit quasi *ex habitu* gratiae: ita etiam illi solum *donum scientiae* habent.

qui ex infusione *gratiae* rectum *judicium* habent circa *credenda* et agenda... Et haec est *scientia Sanctorum*." (Ibid., art. 3, ad 3.)

En fin, estas dos vías de conocer y desarrollar el dogma las había ya señalado Santo Tomás en el frontispicio mismo de su obra maestra, la *Suma Teológica*, esto es, en la cuestión misma primera donde se expresa así:

"Cum *judicium* ad sapientiam pertineat, secundum *duplicem modum* *judicandi* dupliciter sapientia accipitur. Contingit enim aliquem judicare uno modo *per modum inclinationis*; sicut qui habet *habitus* virtutis recte judicat de his quae sunt secundum virtutem agenda, inquantum ad illa inclinatur. Unde et Ethicorum libro decimo, capite quinto, dicitur quod virtuosus et mensura et regula actuum humanorum. Alio modo *per modum cognitionis*, sicut aliquis instructus in *scientia* morali posset judicare de actibus virtutis, etiamsi *habitus* virtutis non haberet. Primus igitur modus judicandi de rebus divinis pertinet ad sapientiam, quae ponitur *donum* Spiritus Sancti, secundum illud I ad Corinthios, II, 15: *Spiritualis homo judicat omnia*. Et Dionysius, de Divinis Nominibus, cap. 12, dicit: "Hierotheus doctus est non solum *discens*, sed et *patiens* "divina." Secundus autem modus judicandi pertinet ad hanc doctrinam (esto es, a la teología especulativa) secundum quod *per studium* habetur: licet ejus principia ex revelatione habeantur." (*Summa theologiae*, p. I, q. I, art. 6, ad 3.)

Ya hemos visto que lo que aquí dice el Santo Doctor del don de la sabiduría se aplica proporcionalmente a todos los otros hábitos de la fe, de la gracia, de la caridad, de las virtudes y dones, pues todo hábito sobrenatural es una participación real de la divinidad, y la divinidad es el objeto formal del dogma y de todos los desarrollos dogmáticos.

Dos fuentes y dos vías.—Hay, pues, dos fuentes del dogma y del desarrollo dogmático: una fuente *derivada y conceptual*, que son las *fórmulas reveladas*; otra fuente *primordial y real*, que es la misma *Divinidad*. Estas dos fuentes, aunque distintas, no son independientes, ni en su origen, ni en su posesión por nosotros. No en su origen, pues la primera se deriva y brota de la segunda, no siendo los enunciados revelados o fórmulas dogmáticas, sino expresiones conceptuales y parciales, pero verdaderas, de la divinidad. No en su posesión por nosotros, pues no cabe posesión de la divinidad por la gracia sin la fe en los dos enunciados revelados, al menos en los dos enunciados generalísimos de la existencia de un Dios sobrenatural y remunerador.

Correlativamente a esas dos *fuentes*, deben existir y existen también *dos vías* diferentes de percibir, juzgar y desarrollar el dogma. La primera es la *vía de los enunciados* o fórmulas revelados, comparándolos entre sí o con los enunciados de la razón, que es en lo que consiste

la *vía de raciocinio*. La segunda es la *vía de la divinidad* misma, con la cual entramos en contacto inmediato por los hábitos de la fe, de la gracia, de las virtudes y dones, que es lo que constituye la *vía afectiva*.

Como puede verse recorriendo los textos citados en el párrafo anterior, a la primera vía la llama Santo Tomás con los siguientes nombres: a), *per usum rationis*; b), *per rationis inquisitionem*; c), *per modum cognitionis*; d), *cognitio speculativa*; e), *per studium et doctrinam*; f), *per modum rationis*; g), *per viam intellectus*; h), *secundum humanum modum*; j), *ex iudicio rationis*; l), *scientia discursiva vel ratiocinativa*.

A la segunda vía la denomina con nombres aún más variados, a saber: a), *per connaturalitatem*; b), *per modum inclinationis*; c), *cognitio affectiva*; d), *notitia experimentalis*; e), *per affinitatem ad divina*; f), *per modum naturae*; g), *per viam voluntatis*; h), *per contactum*; j), *per unionem ad Deum*; l), *per amorem*; m), *ex intimo sui*; n), *per deiformem contemplationem*; o), *ad modum primorum principiorum*; p), *sine discursu*; q), *ex instinctu divino*; r), *cognitio absoluta et simplex*; s), *quasi ex habitu*.

De estas dos vías, la primera es la *vía de la razón*, la segunda, la *vía del corazón*. La primera es la *vía lógica*; la segunda es la *vía experimental*, o como hoy suele decirse, la *vía vital*. La primera es la *vía de la Teología especulativa*, de la *Ciencia de los sabios*; la segunda es la *vía de la Teología mística*, de la *Ciencia de los Santos*.

Por ambas vías corre y se desarrolla la savia dogmática, la vida sobrenatural; a ambas debe atender y ambas debe apreciar por igual todo verdadero teólogo, como todo verdadero historiador de los dogmas; pero siempre y ante todo mirando, si no quiere extraviarse, al faro que ilumina una y otra vía, y que no es otro que la autoridad infalible de la Iglesia asistida por el Espíritu Santo, única *causa principal* del desarrollo dogmático, y de la cual la *ciencia* del sabio como la *piedad* del Santo no son sino *instrumentos*.

FR. FRANCISCO MARÍN-SOLA, O. P.,

*Profesor de Teología dogmática en la Universidad
de Friburgo (Suiza).*

FRAY TOMÁS CAMPANELLA

Y LA DUDA METÓDICA DEL RENACIMIENTO

No tiene filosofía la época del Renacimiento, y, con todo, no cede en importancia a ningún otro período de la historia de la filosofía.

No tiene filosofía, esto es, filosofía peculiar, sistemática, completa. Su labor es labor de destrucción, destrucción de lo antiguo. Al cataclismo que provoca, que consuma, no sustituye nada: que tal suele acontecer a raíz de las más grandes revoluciones. Su actitud no pasa de una actitud de protesta, actitud de negación, actitud de crítica. Pedirle que colme los vacíos de esa ciencia que proclama imperfecta y la mejore, equivale a pedirle que ensanche los límites de su siglo. Y estos límites no los fija él sino la Historia.

Lo cual no impide que a la vera de tanta devastación y tan inmensas ruinas levante una que otra casa: ¿quién pudo resignarse a vivir en el hueco de los sepulcros? Mas un edificio colosal, una construcción arriesgada, un monumento notable, de esos que pasan intactos a la posteridad, no lo levanta. Porque la obra de reconstitución pide paz, seguridad, quietud, cuando el Renacimiento es época de lucha, época de vicisitudes y desmoronamiento.

No obstante, añadimos, es uno de los períodos más importantes de la historia de la filosofía; importante de una importancia histórica, e importante de una importancia psicológica.

El Renacimiento, que no tiene una filosofía, las tiene todas. Los sabios griegos, que consuman su emigración a Italia cuando la toma de Constantinopla, no vienen solos: por devoción, por orgullo, por amor patrio, traen consigo, como trajo el Héroe de Troya sus pena-

tes, el rico tesoro de su ciencia y los preciosos escritos de sus antepasados, aportando así a la filosofía escolástica y a la filosofía árabe el tributo importantísimo de todas las antiguas filosofías. Y explotando el sentimiento de simpatía que nos arrastra al lado del náufrago y el sentimiento de curiosidad que nos detiene junto a pocos troncados mármoles exhumados, unos más, otros menos, lograron todos formar escuela y conquistarse la admiración de adeptos numerosos.

Y cumpliéndose entonces, cual en ninguna otra época de la historia, una resurrección universal, a la que debía seguir, lógica, fatalmente, un postrer juicio. Porque en breve cansáronse los ánimos de verse dominados por los muertos y quisieron proclamar un rey tomado de entre los vivos. Y sobrevino esa guerra enconada, guerra sin cuartel, guerra a muerte, que forzosamente tenía que estallar y estalló pronto; guerra que dura dos siglos; guerra en que el terreno se disputa palmo a palmo; guerra en que son derrotados los antiguos y vencen los nuevos.

Pero si de tan alta importancia es este período de luchas desde el punto de vista histórico, pues decide la suerte de dos mundos, el mundo de las nuevas corrientes y el mundo de la antigüedad, no merece en nada su interés desde el punto de vista psicológico. Contra genios de la talla de un Aristóteles, de un Platón, de un Santo Tomás de Aquino, que están en la posesión pacífica del reino de la ciencia, se levantan hombres como Bacon, Bruno y Descartes, atrevidos, sí, pero que en el terreno filosófico no pasan de medianía. Y con luchar en una lid pigmeos contra titanes, triunfan los pigmeos.

Otra particularidad digna de nota. Frente a frente se han colocado los dos bandos para reñir la desigual batalla: son enemigos irreconciliables y, sin embargo, han escrito en su bandera un mismo lema: *Lo que prueba demasiado, nada prueba*. Fuerza es, en verdad, agravar el mal, cuando se pretende un pronto remedio; pero si el enfermo se percatara de vuestra ponderación, la dolencia perderá a sus ojos de su verdadera gravedad y llegará a considerar superflua, acaso perjudicial, la medicina. Que tal es y ha sido siempre la fortuna varia de la reacción, clave de grandes triunfos y secreto de grandes derrotas.

¡Vasto y dilatado campo, que está aún por segar y del que no podemos coger sino pocas espigas! ¡Acariciada tarea que merece un libro y a la que no podemos consagrar sino pocas páginas.

Uno de los argumentos más comunes, casi vulgares, en los filósofos del Renacimiento es la *Duda*: duda, que, excepción hecha de muy pocos (Montaigne y Charron, por vía de ejemplo), no es la duda deletérea del antiguo escepticismo, sino que es, o se toma, por una duda benéfica y fecunda, principio de todo conocimiento cierto y base del dogmatismo más afianzado. Razón por la cual viene apellidada *Duda metódica*.

Ociosa fuera la pretensión de encontrar la conciencia plena de su valor y de su virtualidad en sus primeros defensores. Las ideas avanzan y merced a su continuo movimiento, ora se depuran, aquilatan y redondean, como los guijarros que arrastra la corriente, ora se agrandan, toman cuerpo y cobran nuevas proporciones, a la manera de la bola de nieve que desciende por la montaña. La Duda metódica, que aparece en los escritos de todos o los más de los filósofos de este período, no se destaca en todos igualmente legítima, igualmente importante. Es más: una distancia enorme separa la concepción de los primeros de la concepción de los últimos: se revela en aquéllos cual fúnebre crespón que cubre los despojos de la remota antigüedad; se muestra en éstos como la ropa blanca de la nueva era que presta encanto y porvenir a su tierna infancia. Y se trueca de este modo en cuna lo que fué un sepulcro. Mas en uno y otro caso queda *metódica*, por aquello de que en el arte de construir entran igualmente el aplanamiento del terreno y la colocación de la primera piedra.

El tránsito no es brusco, y entre Bacón, que perfecciona el concepto primordial y rudimentario y Descartes que da la última mano, avalora y explota el segundo y más perfecto, hay un filósofo, que abarcando simultáneamente ambos extremos, sirve de puente y lazo de unión, y concentra en sí propio el pasado y la posteridad. Este filósofo es el dominico fray Tomás Campanella, uno de los hombres más ilustres de este ilustre período, y, con todo, uno de los menos conocidos: espíritu universal, espíritu investigador, espíritu inquieto, un poco aventurero y un mucho desgraciado.

La producción literaria de Campanella es inmensa: desde los primeros años de su juventud hasta el de su muerte, a pesar de sus vicisitudes e infortunios, de su larga prisión y de su doloroso destierro, no cesó de escribir (1). La edición de su *Opera Omnia*, co-

(1) El catálogo completo y la cronología de sus impresos y manuscritos puede verse en ECHAR: *Scriptores Ord. Prædicatorum*, vol. II, part. II, págs. 505 y sigts.

menzada por el tomo II en 1637, comprende diez gruesos volúmenes, varios en folio.

Siempre que se le ofrece la oportunidad el filósofo calabrés nos revela su pensamiento, que se mantiene constantemente uniforme, por lo que a la Duda metódica se refiere. Porque la cuestión era candente, de interés universal, de esas que se aspiran y asimilan con el aire que nos circunda, y a que no podemos negar nuestra atención, pues inconsciente y espontáneamente la invaden toda. Hay, no obstante, dos escritos en que la ventila *ex profeso* y en que se destaca como en alto relieve la doble concepción que hemos apuntado. Es el uno la *Disputatio in Prologum Instauratarum Scientiarum*, y forman el otro los tres capítulos primeros del primer libro de los *Metafísicos*. Ambos abraza y a ambos se ciñe el presente estudio.

I

La *Disputatio in Prologum Instauratarum Scientiarum* vió la primera luz en París el 1593, cuando Campanella contaba sólo veinticinco años. No llevaba entonces ese título, ni lo llevó en la edición de 1636, sino que viene apellidada: *De Gentilismo non retinendo, quaestio unica*. Mas en el vol. II de su *Opera Omnia* (1637) toma el rótulo con que, por ser definitivo, la nombramos. El contenido, en su fondo y en su forma y en sus palabras es el mismo: se trata única y exclusivamente (es de un interés capital fijar estos puntos) de una sustitución del título, sustitución que se concibe sin dificultad cuando se tiene en cuenta que en 1593 Campanella apenas ha comenzado a escribir y se ve en la precisión de extender su programa; programa que realizado en 1637 y puesto a la cabeza de su *Opera Omnia*, sólo puede servir de introducción.

Empieza así: "*Utrum liceat Philosopho Christiano alteram post Gentiles cudere Philosophiam, et undenam.*"

Esta redacción es ya muy significativa: se trata de reformar la filosofía, y hasta aquí el filósofo de Stilo va de acuerdo con todos los innovadores de su tiempo (1); pero esa filosofía que él se propone

(1) Baldacchini atribuye a los primeros años de su carrera de estudiante este propósito de una reforma filosófica: "Al quale suo fermo volere, escribe (de entrar en la Orden de Predicadores) non più contrastando i suoi genitori, rendutosi frate, non è punto da meravigliare se tutto si desse a quel genere di studi molto fiorento allora ne' chiostri, avuto riguardo all imperfette ragioni di quell'età. Nella quale non-

reformular no es otra que la filosofía de los gentiles, en ningún modo la filosofía de la Iglesia, rasgo característico que le separa desde un principio de la tendencia común de sus contemporáneos.

Siguiendo el método de la Escuela, porque Campanella escribe principalmente para la Escuela, consigna en primer término algunas de las objeciones de sus contrarios (*Quia multis negativa videtur verior*) y asienta luego la primera conclusión, que es del tenor siguiente: "*Scientias instaurari oportet post Graecorum et Latinorum Gentilium Philosophiam.*"

A dos pueden reducirse las varias pruebas. Es herético, en principio, creer en la infalibilidad de los filósofos gentiles; de hecho consta que sus libros contienen muchos dogmas falsos; y es cosa notoria que tanto los Concilios cuanto los Doctores eclesiásticos convienen en que su doctrina está inficionada en sus mismas raíces; no carece, pues, de peligro su estudio y se impone necesariamente su sustitución.

El segundo argumento, que no es sino complemento del primero, parte de la universalmente reconocida superioridad de los ingenios de su tiempo sobre los hombres de las pasadas edades. Galileo había dicho: "No es fácil negocio demostrar que las opiniones antiguas e inveteradas sean las mejores; porque a la manera que las postreras determinaciones de cualquier hombre suelen ser las más prudentes, pues con los años se le aumenta el juicio, así con respecto a los hombres en su universalidad, parece cosa muy puesta en razón que sus últimas determinaciones sean más verdaderas" (1). Y Descartes repite: "No hay que encarecer en favor de los antepasados el título de la antigüedad, título que si algo vale está de nuestra parte, pues el mundo ha crecido en años y nuestra experiencia es superior a la de aquéllos" (2).

También Campanella echa mano del principio *Veritas filia temporis*, que está en la convicción y la boca de todos los intelectuales del Renacimiento; mas, en su calidad de religioso y teólogo, le presta un tinte religioso y teológico que lo caracteriza.

Ya en la *Epístola Dedicatoria* del volumen al Canciller de las Galias, había escrito:

dimeno erano nate le dispute col Peripato, onde il gran pensiero d'una riforma nella filosofia potè di buon'ora in lui nascere, il che gli fruttò appresso tante miserie" (*Vita e Filosofia di T. Campanella*, Napoli, Manuzzio, 1840, pág. 22).

(1) *Opere*, ediz. nazion., Firenze, Barbera, 1830 y sigts., VIII, 640.

(2) *Œuvres*, ed. Adam-Tannery, Paris, Cerf, 1897 y sigts., X, 204.

Hic etiam videbis ingenia christiana evangelico lumine illustrata certius, verius, brevius, supra omnes Nationes rerum veritates adepta...

calcando el célebre texto de Santo Tomás. Y aquí dice: "Estando nosotros en posesión de la teología y de la gracia, poseemos una más grande aptitud para dar con la verdadera filosofía." El profeta Daniel ha asegurado: "Plurimi pertransibunt et multiplex erit scientia"; díganlo, si no, nuestros recientes descubrimientos. Y este postrer recurso, que es la gran palanca de aquel siglo y de aquellos hombres, ofrece a Campanella —como ofreció a todos los innovadores— la ocasión de cantar a su época un himno de gloria en estos términos:

Temporibus christianis inventa est a christianis Typographia, novus Orbis, priscis negatus et incognitus, a Columbo, quamvis contradicentibus Theologis ac Philosophis, et habitatio sub aequatore, quam Aristoteles, Virgilius, et alii multi negarunt, ibi habitari non posse contententes: item novae stellae per Galileum, et exorbitantiae punctorum cardinalium apogaeorum, et viae solis per Copernicum et Peourbachium: et gyrus terrae totius per Lusitanos, qui prius latebat; unde necesse fuit reformari Astronomiam per Copernicum et Tyconem ex phaenomenis; et Calendarium a summo Pontifice, et anni civilis rationem. Item nova Bombardorum inventio, et magnetis usus: et pistrinum vento, veru fumo, aliaque artes mirificae.

La consecuencia se impone:

Ergo etiam —concluye— physiologiam oportet novam facere de necessitate, sicut Picus et Telesius, Valerius, Paracelsus coeperunt: quamvis in aliquo erraverint: indicant tamen quod tota Philosophia debet renovari: cuni res inventae et deprehensi errores et Philosophiam novam, et correctionem et Cosmographiam meliorem requirant. Et quidem tot sectarum agnitio, et horum mores et naturae arcana iam aperta ostendunt priscos Gentiles Philosophos fuisse quasi pueros respectu Christianorum.

¿Cuál será la fuente de la nueva filosofía?

Campanella la había ya señalado precedentemente cuando en 1591 publicó su libro *Philosophia sensibus demonstrata... adversus eos qui proprio arbitrato, non autem sensata duce natura philosophati sunt*; decidido seguidor de Telecio, en él se inspirará siempre hasta en los pequeños detalles, cual este de encabezar sus obras por el estilo del *De Natura rerum iuxta propria principia*.

La llamada a la naturaleza es común a toda la filosofía y a la ciencia de este período: el amor a la observación directa e inmediata del mundo pasó de los humanistas a los fisicofilósofos, quienes entu-

siasmados, enloquecidos ante los progresos cotidianos de la experiencia, llevaron el naturalismo hasta las extravagancias de la cábala.

Sino que el estilense, siempre religioso y fiel cristiano, procura dar a esa tendencia un barniz cristiano y religioso. Dejémosle en el uso de la palabra:

Quaerentibus —escribe— undenam instaurandae scientiae sint respondet Papa Gregorius IX ex patribus et Conc. Later. ex Theologia et Sacris Canonibus. Nam S. Basilius, Ambrosius, Augustinus, Iustinus, Beda et alii, Theologi, omnes philosophicas res et morales tractaverunt et dogmata falsa Philosophorum confutaverunt; propterea ab eis petenda est interpretatio veritatum; ipsi autem ex SS. Scripturis, et traditionibus acceperunt. Quod autem in iis inveniantur scientiae, qui legent aparsim librosque PP. nostros coniunctim, invenient omnes scientias posse hauriri et colligi per Scripturas Dei. Praeterea Greg. IX iubet ut satagant fieri Theodidacti, non Philosophi: id est docibiles Dei; ergo in libris divinis philosophari.

En mi entender, todo esto no pasa de un preámbulo. Pues prosigue:

Duplex autem est Dei Codex: Rerum natura, scilicet, et Scriptura... Primus autem Codex Dei non pugnat cum secundo... Examinandi sunt ex quo erraverunt contra secundum, an a primo erraverint; et corrigendi sunt... Nisi velimus condemnare Sanctos DD. omnes et Columbum et alios veritatum inventores.

Y a continuación:

Naturam autem rerum, id est, mundum, esse Dei codicem, in quo suas ideas expressit, testatur Bern., Chrysostomus... Sic mundus ab initio vocabatur Sapientia Dei, scilicet, scripta vivis characteribus, ex qua omnes Philosophi exscribunt, alii recte, Qui bene legit autographum, potest emendare ipsorum exemplaria. Stultus autem est, qui exemplari, non autem autographo fidem praestat: ac deplorandi sunt qui homini magis, quam Deo operam dant, sicut qui in libros Gentilium philosophantur, nihil examinantes autographum, id est, rerum naturam... Imo haereticum est facere scholam hominibus, et non Deo, ut isti admiratores hominum, pugnantium cum divino Codice, faciunt.

En resumen: hay que reformar las ciencias tomando como base y punto de partida la palabra de Dios. Lo que no significa, ni con mucho, que hayamos de juzgar de las ciencias humanas por la letra de la Sagrada Escritura: este traer a colación el texto de la Biblia como árbitro supremo en esa clase de cuestiones fué un abuso de la esco-

lástica del tiempo que Campanella no justifica (1); el sentido de los libros sagrados puede no ser cual aparece a primera vista y es injusto obligar al prójimo a que, renunciando a su propio criterio, siga en materias tan dudosas nuestro modo de ver (2). Campanella, si nos habla de la Biblia es para hablarnos del otro libro de Dios, que es la naturaleza, y para que, puestos ambos de frente, sepamos que no por la palabra muerta de aquél se debe juzgar de la palabra viva de éste, sino más bien, pues no cabe contradicción entre uno y otro de lo que descubrimos en el mundo, debemos juzgar de lo oculto en el depósito de la Revelación. El pensamiento de nuestro autor, con todo el barniz que lo colora, es siempre uno e idéntico con el pensamiento de su época (3), uno e idéntico con el pensamiento que más explícitamente resalta en aquellos sus conocidos versos:

(1) "Omnes —escribe— qui philosophiam alicuius authoris canonizant ex thelogia, exponunt fidem irrisioni, ut docet S. Aug. et S. Tomas."

(2) He aquí cómo se expresaba Galileo sobre este particular: "Se bene la Scrittura non può errare, potrebbe nondimeno talvolta errare alcuno de' suoi interpreti ed espositori, in varii modi: tra i quali uno sarebbe gravissimo e frequentissimo, quando volessero fermarsi sempre nel puro significato de'lle parole, perchè così vi apparirebbero non solo diverse contradizioni, ma gavi eresie e bestemmie ancora... Stante, dunque, che la Scrittura in molti luoghi è non solamente capace, ma necessariamente bisognosa d'esposizioni diverse dall'apparente significato delle parole, mi par che nelle dispute naturali elle dovrebbe esser riservata nell'ultimo juogho... (*Opere*, ed. naz., V. 282). Sabido es que Campanella fué uno de los pocos defensores del insigne "matemático florentino"; uno de los pocos, porque nunca, como en aquel fallo, se olvidaron los escolásticos inquisidores de las sapientísimas reglas hermenéuticas de S. Agustín y Sanio Tomás.

(3) "Hoc principium —escribía en 1595 Jordano Bruno— tenendum est firmiter, quod Deus est auctor naturae, sensus et oculorum et eius veritatis et evidetiae quae est in ipsis et sec. ipsa; proinde quod veritas veritati non contradicit, et bonitas bonitati non contraponitur, et verbum Dei quod effunditur per articulos naturae, quae illius manus est instrumentum... non opponitur verbo Dei quacumque ex alia parte vel principio proveniat" (*Opera latine conscripta*, Florentiae, L. Monier, 1879 y sigts., I, 100). Y Galileo igualmente: "Se io domanderò... di chi siano opera il sole, la luna, la terra, le stella, le loro disposizioni e movimenti, penso che mi risponderà essere fatture di Dio; e domandato di chi sia dettatura la Scrittura Sacra, so che risponderà essere dello Spirito Santo cioè parimento di Dio. Il mondo dunque son le opere, e la Scrittura son le parole, del medesimo Dio. Domandato poi se lo Spirito Santo sia mai usato nel suo parlare di pronunziar parole molto contrarie, in aspetto, al vero, e fatto così per accomodarsi alla capacità del popolo, per lo più assai rozzo e incapace, son ben certo che mi risponderà, insieme con tutti i sacri scrittori, tale essere il costume della Scrittura... Ma se io gli dimanderò se Iddio, per accomodarsi alla capacità e opinione del medesimo vulgo, ha mai usato di mutare le fatture sue..., son certo che egli risponderà che la luna fu sempre sferica, sebbene l'universale tenne gran tempo che ella fosse piana; ed in somma dirà, nulla mutarsi giammai dalla natura per accomodare la fatture sue alla stima e opinione degl'uomini. E se così è, perchè doviamo noi (per venir in cognizione delle parti del mondo) cominciare la nostra investigazione della parola più tosto che dalle opere di Dio?" (*Opere*, XV, 24).

"Il mondo è il libro dove in Senno eterno
 scrisse i propri concetti, e vivo tempio
 dove, pingendo i gesti e'l proprio esempio,
 di statue vive ornò l'imo e'l superno;
 perch'ogni spirto qui l'arte e'l governo
 leggere e contemplar, per non farsi empio,
 debba, e dir possa: —Io l'universo adempio,
 Dio contemplando e tutte le cose interno—.

Ma noi, strette alme a'libri e tempîi morti,
 copiati dal vivo con più errori,
 gli anteponghiamo a magistero tale.

O pene, del fallir fatene accorti,
 deh torniamo, per Dio, all'originale (1)".
 liti, ignoranze, fatiche e dolori:

Establecida y demostrada así la tesis, pasa Campanella a destruir las razones de los contrarios. Todas ellas pesaban sobre eso que tanto escándalo causa en los conservadores: la innovación. El filósofo calabrés replica que no toda novedad es digna de censura. San Jerónimo innovó y fué tachado de innovador por los obispos de Italia, de Asia y de Africa; también tachan de innovador al sabio Baronio; y Colón ¿no fué tratado como tal por sus contradictores? Padres ha habido en la Iglesia que han escrito sobre materias filosóficas después de los Gentiles; ¿qué pecado hay en su imitación? ¿Sobre todo al cabo de tantos descubrimientos que Aristóteles ni siquiera pudo sospechar?

*
* *

Si con la filosofía antigua, en general, estaban reñidos los hombres del Renacimiento, existía una filosofía personal, concreta, que, ora por la extensión de sus dominios, ora por la influencia omnímoda de sus secuaces, se les cruzaba, cual obstáculo insuperable en el camino de sus conquistas; era la filosofía del Estagirita, que a la sombra de los Doctores y teólogos del cristianismo había sido introducida en la Iglesia para servicio del dogma y en el Tribunal del Santo Oficio (conviene no perderlo de vista) para norma de los censores. Contra ella en particular se volvieron todos los físicos del tiempo, que es decir todos sus filósofos. Contra ella, de una manera especial, asesta sus ataques nuestro Campanella.

He aquí cómo plantea y resuelve la cuestión en el art. 2.º

(1) *Poesie*, ediz. a cura di G. Gentile, Bari, Laterza, 1915, pág. 16.

Utrum liceat —pregunta— Aristotelismum evertere, vel saltem contradicere Aristoteli et auctoritatem minuere.

Preceden las objeciones que juzgamos importante resumir. Aristóteles lleva en la Escuela setecientos años; es universalmente recibido; Santo Tomás y los otros teólogos basan en él su explicación del dogma y le han mirado siempre con especial veneración; ahora bien, no hubiera Dios permitido que su Iglesia se confiara tanto a un hombre que, falaz como los otros hombres, no tuviera sobre ellos privilegiada autoridad.

Sed contra est: primero, que el Sinodo de París de 1204 condenó las obras del filósofo de Estagira, censura que ratificó el Papa Gregorio; segundo, que León X, en el Concilio lateranense, mandó que los escolásticos, lejos de pararse en sus doctrinas, las corrigiesen.

Sigue la conclusión: *In aliquibus, necessarium est necessitate precepti evertere Aristotelismum; in aliquibus vero, esse utile eidem contradicere; in multis vero, licitum.*

No nos detendremos a transcribir sus varias pruebas, que se reducen a sumar los muchos errores teológicos y morales del Estagirita, y las expresiones declaradamente hostiles de Doctores, Concilios y Padres.

Pero haremos alto en la solución que da a los reparos de los adversarios. “¿Cómo se explica —dicen éstos— que un escritor hereje e inmoral, cual nos los pintáis, haya conseguido carta de ciudadanía y puesto honorífico en la enseñanza de la Iglesia?” He aquí lo que responde el estilense:

Dicimus tria: primum quod nullus est philosophus acceptatus in Scholis Christianis, tamquam magister indubitata fide dignus; at ex omnium philosophorum scriptis Theologo Christiano seligendum esse id quod bene ac fidei ad hominem declarandae consonum dictum esse, examinando, plene cognoverit. Secundum, quod si quis philosophorum est acceptatus vel acceptus, ille est Plato, vel alius, non autem Aristoteles. Tertium, quod fato diro introductus est Aristoteles, ut sit sciolis magister, qui sapientibus solum fuit aliquando testis contra suos.

Dejando a un lado las dos primeras proposiciones (la una porque, cual está concebida, no ofrece dificultad; la otra (1), porque, lleva-

(1) Como los otros filósofos coetáneos Campanella aprovecha cualquier ocasión para ridiculizar a Aristóteles: “Non vult —dice— habitari posse sub aequatore. Contrarium Albertus et Avicenna, et experientia hodie navigantium testatur ibi faeliciter

dos a comparaciones, cada quien fija el valor de lo que más le agrada), pasemos a la última, que dice singularmente con nuestro asunto. ¿De cuándo data la admisión de Aristóteles en la Iglesia? ¿Qué documentos valieron a legitimarla?

Demos la palabra a Campanella.

In nostra Hierusalem Romana, cum Gothi, Vandali, Heruli, Hunni, Longobardi et Sarraceni bibliothecas philosophorum in Italia et Gallia et Hispania et Africa cremassent, et perdidissent... Tunc surrexit Carolus Magnus, et post praelia aperuit scholas iam dudum silentes, quando vix sciebant legere Clerici: et ipsi Cardinales, ut testatur Ioanes Villanus, tanta ignorantia laborabant, ut nollent Pontificem (credo) Sylvestrum II sepelire in sacris, propterea quod invenerant in eius cubiculo librum mathematicis figuris exaratum, et putarunt esse Necromantiam. Tanta erat huius saeculi ruditas, quando Aristoteles intrusus est, cum non reperirentur aliorum philosophorum Codices, excepto Aristotele..." Introdujeron, pues, a Aristóteles en el gremio del cristianismo la ignorancia y la necesidad.

Mas cuando se hizo el día de la ilustración y el genio de doctores como San Anselmo, Santo Tomás, San Buenaventura y Alberto Magno debió hacer superfluos los auxilios del filósofo gentil. ¿Qué pretextos o qué motivos fueron poderosos a retenerlo? "Quedó en casa --dice Campanella--, como testigo *ad hominem*, como argumento contra los suyos. Se aprovecharon sus servicios, no como buenos a dar razón del dogma a los de casa, sino como buenos a quitar la razón de hostilidad a los extraños." Para Santo Tomás --añade--, Aristóteles-- no es el mejor de los filósofos; si le cita y comenta, no es por la autoridad que le merezca, sino sólo por la importancia que logró en su tiempo, cuando era tenido por ignorante quien no le seguía. Mas él, el Angélico Doctor, no es peripatético, porque no pudo serlo. Y no pudo serlo porque le estaba prohibido por una orden de Gregorio IX, y se lo vedaban las Constituciones de los Frailes Predicadores y no era compatible la admiración y seguimiento de Aristóteles con la admiración y seguimiento fiel y constante que profesaba a los Padres" (1).

habitari." "Gallaxiam fieri in aere dixit tam ridicule ex vaporibus ut etiam ab Averroe suo sacrificulo, nedum Alberto, et tandem a telescopio Galilei explodatur cum risu. Item de Cometis tam ruditer loquitur, quod fiant sub Luna, quorum duratio non esset in momento: durant autem per menses et annos: ut ab omnibus ingenio sophisticus deprehensus derideatur."

(1) En honor al lector copiamos un parrafito que no carece de gracia: "Ego tamen dico, ut supra, D. Thomam non esse contrarium Patribus, ergo nec est aristotelicus:

No era, con todo, la filosofía pagana ni la autoridad del propio Aristóteles el sólo obstáculo que se trataba de superar: todo culto a la ciencia del pasado era un impedimento a la ciencia en formación y piedra de escándalo en la proyectada universal reforma. Aquellos hombres que supieran conciliar la sabiduría antigua con las corrientes nuevas, que hermanaran en estrecha amistad los viejos preceptos con las recientes exigencias, desaparecieron con la edad de oro y apenas quedaban ya sino pocos glosadores, exégetas e intérpretes de las ajenas obras. Y como en esa labor explicativa sobresalen siempre los que más cercanos se colocan, degeneró la Escuela en una obediencia ciega a las insinuaciones de la antigüedad. Ciertamente es que los representantes más conspicuos, los únicos que pueden vindicar el título de representantes, no siguieron ese camino: fueron los menos; que la mayoría, la casi totalidad, los que se rozaron con el espíritu y las tendencias del tiempo, autores adocenados, todos marcharon por él, con escándalo de los innovadores e injuria de los antepasados. El abuso de la autoridad había llegado a las mayores exageraciones. Un día estaba Galileo en casa de un célebre médico presenciando la disección de un cadáver, a que asistía, entre otros varios, un peripatético. El anatómico mostró cómo el gran ramal de los nervios, arrancando del cerebro y pasando por la nuca, se extendía luego por la columna vertebral, y cómo sólo un hilito, delgado como un hilo de seda llegaba al corazón; y cuando todos lo hubieron visto, volviéndose al peripatético le preguntó si se había convencido de que los nervios no proceden del corazón, sino del cerebro; a lo que respondió el filósofo: "En verdad que me lo habéis demostrado tan evidentemente, que a no mediar el texto de Aristóteles en contrario, habría que confesarlo irrefragable" (1). Se comprende que posiciones tan extremas, desfiguradas, seguramente, por la pasión, no fuesen frecuentes; pero un corto número de tales casos basta para formar opinión cuando se sabe explotarlos.

Campanella pasa, pues, a una tercera cuestión, la última del opúsculo: *Utrum iurare in verba Magistri sit licitum*.

alioquin crederet Aristotelis errores esse veritates. Et si D. Hieronimus tamquam ciceronianus verberabatur ob solas Ciceronis phrases, quanto magis D. Thomas ob falsa dogmata, si aristotelicus esset?"

(1) GALILEO, *Opere*, VII, 133. Se cuenta de Melanchton y Cremonini que rehusaron mirar el cielo con el telescopio por temor de verse en la necesidad de retractarse.

Que en su tiempo esta práctica de jurar la doctrina de un Doctor estaba muy en boga, cuando no constara por otros documentos, nos lo asegura el propio Campanella: las Universidades de Lovaina y Salamanca juraban en las palabras de San Agustín y del Angélico, y la de Alcalá en las de Durando; los doctores de París juraban la Inmaculada y los Dominicos se obligaban con juramento a sostener la doctrina de Santo Tomás.

En favor de este uso militan dos argumentos: la mayor facilidad en la enseñanza, por el hecho mismo de atenerse a un autor, y la menor confusión en el estudio por el caso mismo de no tener que flotar entre opiniones encontradas.

El filósofo calabrés asienta esta proposición: jurar en la doctrina de un hombre, sobre cosas en que no consta haya tenido superior revelación, equivale sencillamente a perjurar; primero, *ex defectu veritatis*, porque "omnis homo mendax", y de esta regla no se han librado ni los Padres; segundo, *ex defectu iudicii vel discretionis*, porque es exponerse a peligro de mal o de falsedad; tercero, *ex defectu iustitiae*, por la injuria implícita que redunde en el Doctor que sostiene lo contrario.

Mas, sin ir tan lejos, el adherirse incondicionalmente a la doctrina de un autor equivale a cerrarse la vía de descubrir y de filosofar.

Respondiendo a los argumentos aducidos en favor de la práctica reinante, Campanella admite, sí, que eso de atenerse a un solo maestro es muy útil para los incipientes y para los que no se hallan en condición de discurrir por su propia cuenta, no para los demás (1).

Se guarda muy bien, con todo, de censurar con acritud la universalmente recibida y alabada costumbre adoptada por Universidades tan célebres y adoptada por la Orden de Predicadores, donde

(1) "Consilium Senecae est ad pueros, non ad provecos... Item ad eos qui ingenio mediocri pollent, nec amplius supra caeteros philosophari apti sunt, non ad aptiores." Descartes traducirá: "La seule résolution de se défaire de toutes les opinions qu'on a reçues auparavant en sa créance n'est pas un exemple que chacun doive suivre. Et le monde n'est quasi composé que de deux sortes d'esprits auxquels il ne convient aucunement, à savoir: de ceux qui, se croyant plus habiles qu'ils ne sont, ne se peuvent empêcher de précipiter leurs jugements ni avoir assez de patience pour conduire par ordre toutes leurs pensées...; puis de ceux qui, ayant assez de raison ou de modestie pour juger qu'ils sont moins capables de distinguer le vrai d'avec le faux que quelques autres par lesquels ils peuvent être instruits doivent bien plutôt se contenter de suivre les opinions de ces autres qu'en chercher eux-mêmes de meilleures." (*Disc. de la Méth.*, II partie).

él mismo la había tenido que observar. Mas he aquí la manera en que la interpreta, rectísima manera, a nuestro juicio:

Lovanienses... non iurant in verba Magistri quod sint vera. ut corde tenus ita credant, si enim aequipararetur humana auctoritas divinae, quod impium est: sed iurant se legere et declarare D. Thomam... Et hoc iuramentum non est illicitum: fit enim ad tollendas lites, confusiones discipulorum et magistrorum... Similiter Dominicani Fratres non iurant se tenere verba D. Thomae, sicut Evangeliorum verba: hoc enim esset haeresis, sed defendere et legere in scholis D. Thomae, et circa theologica et sua, non autem aliena, quibus utitur. Quod plunibus ex causis evenit. Primo quo Fratres conveniant in unitate doctrinae; Secundo, ut possint adolescentes et mediocres ingenio proficere absque confusione; Tertio, ut D. Thomas, quoniam eminet inter scholasticos gloria sibi de vita descoretur a suis; Quarto, quoniam solidior est caeteris in communi, licet non in singulis, meliusque nostratibus uni probato adhaerere Doctore et sic proficere, quam permultos vagari sine profectu, donec possint maliora invenire.

At scioli —añade— qui eius mentem ignorant, obligant se dictis eius tamquam oraculis: quod est impium... Praeterea valde errant cum obligant se D. Thomae, plus quam D. Thomas vult... Cum ergo intellexeris opinionem D. Thomae non esse falsitati subiectam, tunc tenenda est: at cum manifesta esset falsitas, non obligat iuramentum.

Abundaban mucho en los días del filósofo estos “scioli” entre las personas juramentadas, efecto de la decadencia; pero abundaban más, fruto de la ignorancia, entre los que, ajenos al juramento, no supieron dar con su sentido y alcance verdaderos.

*
* *

En la época que venimos historiando, la Escolástica había hecho bancarrota. Llevados los humanistas de la pasión por el estilo clásico, señalaron al universal y eterno desprecio esos textos de filosofía del último período, que, escritos en latín, desdican tanto de la lengua pura del Lacio. Perseguida o menospreciada, buscó un asilo en las aulas de los Seminarios y en la paz de los conventos. Y desde aquella fecha comienza a abrirse un abismo entre la ciencia de la Iglesia, que es la ciencia tradicional, y la ciencia del mundo, que es la nueva ciencia abismo a que cada día robará un puñado de tierra y vendrá a hacerse tan hondo, que no se ve la forma de llenarlo; abismo insondable, porque la *nueva ciencia* ha cambiado mil veces todo, todo menos este mágico nombre.

Y fué acaso este aislamiento, junto con la penuria de ingenios potentes, la causa principal de la escasa, casi nula, colaboración de los escolásticos a los grandes descubrimientos e innovaciones de la época.

Por esto cuando jóvenes como Descartes vienen a escuchar filosofía en las lecciones de la Escuela, y creen topar con los restos exánimes de un cadáver; cuando hombres como Galileo vienen a la discusión con los magnates de la Escuela y se encuentran con mentalidades petrificadas, sin el ansia renovadora que a ellos les invadía, juzgando lo que eran por lo que les faltaba y haciendo extensivos al todo los vicios que advertían en una de sus partes, juzgando, en otros terminos, de toda la ciencia clásica, que apenas entendían, por las ciencias de observación, que eran de su competencia, el concepto que de la Escolástica se formaron fué muy miserable.

Reformadores de las ciencias experimentales, se creyeron en condición y hasta en el deber de reformar la filosofía. Y el grito de reforma cundió con velocidad asombrosa; todos pusieron manos a la obra. Para garantir la futura construcción, empezaron por allanar el terreno y remover los obstáculos: allanamiento y remoción que valen tanto como borrar por completo cualquier vestigio de la antigua ciencia, la cual, aun relegada al fondo del alma, podía surgir inopinadamente a entibiar o frustrar los entusiasmos, a manera de pesadilla abrumadora en el más dulce sueño.

Hay que hacer tabla rasa de todos los prejuicios —se dijeron—. Y hacer tabla rasa de todos los prejuicios significaba entonces hacer caso omiso de toda la tradición, no acordarse más de las doctrinas aprendidas en la Escuela, renegar para siempre de los métodos comúnmente recibidos, derrocar la obra gigantesca de veinte siglos y edificar como hombres nuevos con materiales nuevos, sobre terreno nuevo, desde la base.

Duda metódica desde el Da Vinci hasta Bacón no es otra cosa. “Duda de todo lo que has oído —vienen a decir al que quiere filosofar—, hazte cuenta de que toda la ciencia tradicional es falsa o carece de fundamento: *sic age*, cual si no hubiera existido hombre ninguno antes de ti.”

*
* *

Qué tristes consecuencias ocasionará esta actitud del Renacimiento a la filosofía escolástica, qué responsabilidad tocará a la Iglesia,

qué perjuicios acarreará a la teología, qué menoscabo al dogma, puede imaginarlo el lector. La ciencia humana, que muchos escolásticos fanáticos, decrépitos, quisieron comprimir exageradamente en los moldes de la autoridad, del uso, de la teología, de la revelación, rompió con todo y se declaró independiente, autónoma, señora exclusiva y árbitro supremo del porvenir. La teoría de la *doble verdad*, que desde los dialécticos del siglo XII, por el conducto del nominalismo, se había insinuado en la filosofía de Nicolás de Cusa y tuvo su más célebre defensor en Pomponazzi, bastará a calmar los escrúpulos de los más timoratos; Jordano Bruno se acogerá a la doctrina del doble sentido de una misma verdad para esquivar, aplazar o atenuar los rigores de la Santa Romana Inquisición; la mayor parte no necesitará salvoconducto, prescindirá llana, sencillamente de la teología y del dogma, y a quien les llame la atención repetirán las palabras de Descartes: "Reverencio nuestra teología y pretendo como cualquier otro ganar el Cielo; pero puesto que su camino está igualmente abierto a los ignorantes y a los sabios, y en vista de que las verdades reveladas exceden la capacidad de nuestra inteligencia, no me atrevo a someterlas a mis razonamientos, y creo más bien que para emprender su examen con probabilidad de éxito hemos menester de ser más que hombres, merced a una asistencia extraordinario del Espíritu Santo (1). El continente de estos postreros, que forman la casi totalidad, no es de lucha, ni de negación, ni de protesta: es olvido, indiferencia, despreocupación, con una pequeña dosis de acaso inconsciente escepticismo (2).

Salir al paso de esta corriente desmoralizadora y volver las alborotadas aguas a su pacífico curso: tal fué el intento de Campane-

(1) *Discours de la Méth.*, part. I.

(2) Sirva de ejemplo la actitud de los innovadores cuando la condenación del sistema de Copérnico. A pesar de que el decreto censura esta doctrina como "falsa y contraria a la Sagrada Escritura" y "herética", Descartes, aun postergando la publicación de su libro *Del Mundo*, se expresaba en estos términos: "Je ne perds pas tout à fait espérance qu'il n'en arrive ainsi que des antipodes, qui avoient été quasi en mesme sorte condamnez autres'fois". Y como Descartes pensaba Gassendi y pensaban los demás: *el e pur' si muove*, si no salió de boca de Galileo, estaba seguramente en su ánimo y en el corazón de todos sus contemporáneos. Así leemos: "Ancorchè i sacri teologi siano quelli che intendono meglio come camminino á moti del sole e dell'altre stelle che non lo sanno gli astronomi, tuttavia per regolare i tempi delle Pasque e delle altre feste mobili ricorrono, anzi si rimettono, a gli astronomi. Ma perchè non regolarsi con la loro sopracminente intelligenza?" (GALILEO, *Opère*, VIII, 629.)

lla, tal el blanco a que dirige todos sus trabajos, tal el espíritu que se revela particularmente en la *Disputatio in Prologum*.

No hemos de negar que en su realización Campanella se ha dejado arrastrar a exageraciones varias, que en su fervor por el triunfo de la corriente nueva no ha acertado a mantener firmes los derechos de la ciencia antigua; que empeñado en pacificar a los contendientes ha echado mano de una transición, política más que filosófica, que pudiera ser aceptada por ambas partes. Pero no olvidemos, en su descargo, que tal ha sido siempre la conducta obligada de todo mediado; que estas concesiones las han hecho en todas las épocas cuantos han pretendido un inmediato triunfo, y que a estos y mayores excesos se han dejado conducir los que tomaron la defensa o patrocinio de esta o de aquella causa. Y hagamos gracia a Campanella de lo que estamos hechos a disimular en un apologista cualquiera.

(Concluirá.)

FR. P. LUMBRERAS, O. P.

Rosaryville (Ponchatoula. La U. S. A.), agosto de 1919.

Santo Tomás y la sistematización apologética

(Conclusión.)

En cuanto a si las razones que suponen raíz teológica deben o no entrar en la sistematización científica de que vamos hablando, es éste un punto que nos parece bastante obscuro y delicado; por lo cual, no nos atrevemos, por ahora, más que a hacer sobre él algunas observaciones y expresar nuestro humilde parecer. Si se tiene en cuenta lo que acerca de la distinción del objeto de la Teología y el de la Apologética y de los campos respectivos de la una y de la otra, dicen los padres Gardeil y Poulpiquet, como hemos visto antes, parece que no puede entrar la primera en la sistematización de la segunda, puesto que, según dichos Padres, la Teología y la Apologética tienen objeto distinto y pertenecen a distinto campo, terminando la una donde comienza la otra. Pero si hemos de ser francos y decir leal e ingenuamente lo que sentimos, no se nos presenta bastante clara, aunque a primera vista lo parezca, esa manera de concebir la Apologética los dos sabios dominicos y nos vemos tentados a pensar si habrá en esa concepción algo de convencionalismo. Nuestras dudas en este punto se fundan en que parece que no existe esa mutua exclusión que suponen los dos sabios autores entre el campo de la Teología y el de la Apologética; porque, en primer lugar, no puede fundarse esa exclusión en que la Teología no sea ciencia, pues lo es, como claramente lo enseña Santo Tomás (1); en segundo lugar, no sólo es ciencia sino *Sabiduría* (2), como con la misma claridad lo dice y prueba también el Santo Doctor. Y por esta razón, no sólo trata de Dios en cuanto a aquello que El sólo sabe de sí mismo, sino

(1) "Respondeo dicendum, sacram doctrinam esse scientiam... D. Thom., P. 1.^a, Quest. 1.^a, art. 2.

(2) "Respondeo dicendum, quod hæc doctrina maxime sapientia est inter omnes sapientias humanas, non quidem in aliquo genere tantum, sed simpliciter." D. Thom., P. 1.^a, Q. 1.^a, art. 6.

también en cuanto a aquello en que es cognoscible por las criaturas y que conocieron los filósofos, y la razón es porque nada existe fuera de la amplitud de la Causa Altísima, que es el objeto de la Teología. La Apologética, pues, cabe dentro del círculo de la Teología y es sierva de ella, como también dentro de la misma caben y de ella son siervas todas las demás ciencias. Acerca de esta relación entre la Apologética y la Teología, arrojan clarísima luz unas palabras del cardenal Cayetano en su comentario al artículo de la *Suma* en que Santo Tomás pregunta si la sagrada doctrina es argumentativa. Las palabras del gran comentarista del Angélico Doctor son éstas (1): “Las demostraciones metafísicas y naturales que se aducen en la sagrada doctrina, hablando en absoluto, son extrañas, pero en cuanto que son auxiliares de la Teología para destruir las posiciones contrarias a las conclusiones o a los principios teológicos, o para resolver los argumentos contrarios a los hechos del mismo carácter teológico, o para establecer aquellas verdades acerca de las cuales trata la Teología de modo secundario, como son que Dios existe y que es uno e inmortal, etc., no son extrañas, sino que de ellas se sirve la Teología como de cosas propias y algunas veces necesarias, aunque de modo ministerial y no por razón de ella, sino por la flaqueza de nuestro entendimiento.”

Esto concuerda admirablemente con lo que dice Santo Tomás acerca de la diversidad de razones de las que debe valerse el teólogo en sus discusiones ordenadas a llevar la fe a aquellos que carecen de ella, las cuales razones deben ser acomodadas a la diferencia de aquellos con quienes tiene lugar la disputa y fundarse siempre en principios que ellos admitan y reconozcan como base y punto de partida para la discusión. He aquí las palabras del Santo Doctor (2): “Hay una clase de disputa que se ordena a hacer desaparecer la duda acerca de si una cosa es o no es tal o cual; y en esta clase de disputa teológica se debe hacer uso principalmente de las autoridades que reconocen aquellos con quienes tiene lugar la disputa; y así, cuando ésta tiene lugar con los Judíos, conviene aducir autoridades del Antiguo Testamento; si con los Maniqueos, que rechazan el Antiguo Testamento, conviene hacer uso solamente de las autoridades del Nuevo Testamento; si con los Cismáti-

(1) “Demonstrationes metaphysicæ, et naturales, quæ afferuntur in sacra doctrina, simpliciter quidem sunt extraneæ sed ut ministræ theologiæ ad destruidas positiones oppositas conclusionibus, aut principiis theologalibus, aut ad solvendas rationes contra theologalia factas aut ad stabilienda ea, de quibus theologia secundario est, ut Deum esse, et unum esse, et immortalem, &, non sunt extraneæ; sed ex eis procedit theologia, ut ex propriis, et quandoque necessariis ministerialiter tamen et non ratione sui, sed propter nostri intellectus infirmitatem.” Com. in P. I.^a. Q. I.^a, art. 8.

(2) Véase la cita más arriba.

cos, que admiten el Antiguo y el Nuevo Testamento, pero no la doctrina de nuestros Santos, como los Griegos, conviene usar de las autoridades ya del Antiguo, ya del Nuevo Testamento y también de aquellos Doctores que ellos admiten; pero si no reconocen autoridad alguna, conviene, para vencerlos, recurrir a las razones naturales.”

Creemos que toda esa variedad de razones pertenece al campo de la Apologética, aun las de raíz teológica; así como las de fundamento filosófico son propias de la Teología en el sentido explicado antes con las palabras de Cayetano. El estar una razón fundada en principios teológicos no impide que pertenezca a la ciencia y a la Apologética científica; lo que impide es que pertenezca a la ciencia y a la Apologética puramente filosóficas; pero como hasta ahora nadie ha probado, a lo menos que nosotros sepamos, que no hay más ciencia ni más Apologética científica que la de ese orden puramente filosófico, ya que la Teología es ciencia, síguese que bien puede comprender la Apologética, sin perder su carácter científico, razones fundadas en principios de razón y razones que suponen principios de fe, base teológica.

Estas últimas se hallarán, es verdad, fuera de la esfera de la ciencia y de la Apologética científica del orden puramente racional; pero estarán dentro de la esfera de la ciencia y de la Apologética científica que trascienden ese orden y comprenden también el orden teológico.

En cuanto a que la Apologética no presupone la fe y la Teología sí, para deducir de ahí la mutua exclusión de sus respectivos campos, es cosa que necesita de explicación. Eso de que la Apologética no presuponga la fe, no es verdad en absoluto. Lo que sí es verdad es que no la supone en aquellos a quienes el apologeta intenta convencer a fin de llevarlos a la verdad católica; pero bien claro se ve que la fe se presupone de parte del apologeta, pues de otro modo no intentaría convertir a ella a aquellos que no la poseen. Y como el proponerse por fin llevar a la fe a los que de ella carecen es cosa que conviene al apologeta, en cuanto tal, es decir, usando de los términos de la Escuela, bajo la razón formal de apologeta, se infiere de aquí que con mayor motivo, por aquello de “*propter quod unumquodque tale et illud magis*”, esa intención de llevar a la fe a los que carecen de ella nace de la misma naturaleza de la Apologética, que de suyo tiene esa finalidad. Y siendo esto así, ¿cómo no se ha de presuponer la fe de parte de la misma Apologética *ex natura rei*? Se presupone, pues, la fe en la Apologética y en el apologeta. Y el no presuponerse en aquel con quien se discute es cosa accidental y que sólo se debe tener en cuenta para la elección de las razones, conforme con lo que hemos visto antes en las palabras de Santo Tomás. Y como hay quienes, careciendo de la verdadera fe, como los protestantes, admiten razones de base teológica, como son las fundadas en

la Sagrada Escritura, nos parece que el excluír del campo de la Apologética las discusiones con esa clase de sujetos, usando con ellos de razones de raíz teológica que ellos admiten, es cosa que no tiene razón ni fundamento.

De todo lo cual concluimos que las razones de raíz teológica deben también formar parte de la sistematización apologética.

Veamos ahora qué debe decirse del tercer oficio que señala el Doctor Angélico a la razón humana en servicio de la fe, esto es, la parte negativa, que consiste en rechazar y resolver los argumentos con que se pretende contradecir a las verdades reveladas.

Los argumentos contra la fe pueden reducirse a dos clases, en conformidad con los dos modos según los cuales pueden ser considerados los dogmas católicos, como hemos visto ya en este mismo artículo. Hay argumentos que van directamente contra los dogmas considerados en su respectiva especie, en aquello que es peculiar a cada dogma, que es constitutivo intrínseco, como la Trinidad, Encarnación, Concepción Inmaculada de la Virgen Santísima, etc., y otros que se dirigen contra el valor de las pruebas en que se apoyan los motivos de credibilidad y también contra aquellas en que se establecen los preámbulos de la fe. Lo mismo los de la una que los de la otra de estas dos clases de argumentos nunca pueden tener más fundamento que una falsificación de la naturaleza (1) de las cosas o de los hechos de la historia, y, por tanto, para su refutación, bastará la rectificación del juicio en conformidad con la verdadera filosofía y con la realidad de los hechos históricos. Y como todo esto, absolutamente hablando y supuestas las condiciones necesarias, es cosa que puede hacerse con las luces de la razón, síguese que siempre se podrá poner de manifiesto que los argumentos contra la fe, o son falsos o no son concluyentes; siempre hay lugar a su solución, como dice Santo Tomás.

También, pues, este oficio de la razón, que consiste en resolver los argumentos contrarios a la fe, debe formar parte de la sistematización apologética.

Lo dicho acerca de la Apologética objetiva debe aplicarse también a la subjetiva o interna por la parte que le corresponde; esto es, que así como en la Apologética objetiva hemos distinguido aquello que es susceptible de conocimiento científico por pruebas demostrativas para incluirlo en la sistematización apologética y aquello que solamente lo

(1) "Ex quo evidenter colligitur quæcumquæ argumenta contra fidei documenta ponantur, hoc ex principiis primis naturæ inditis per se notis non recte procedere, unde nec demonstrationis vim habent, sed vel sunt rationes probabiles, vel sophistice: et sic ad ea solvenda locus relinquitur." *Contra Gent.*, lib. 1, cap. 7.

es de un conocimiento adquirido por razones de congruencia, así también hay que distinguir en la Apologética interna la parte demostrable y científica y la que no lo es, para incluir la primera en la sistematización de que vamos hablando y excluir de la misma la segunda.

Para la sistematización apologética hay, pues, que contar: 1.º, con los preámbulos de la fe; 2.º, con los motivos de credibilidad; 3.º, con el campo apologético en que se hace uso de razones de raíz teológica; 4.º, con la parte defensiva o campo de solución de argumentos; 5.º, con la parte científica de la Apologética interna.

Sólo queda fuera el campo de las probabilidades y analogías. Pero esto no quiere decir que semejante clase de pruebas sean inútiles y que deba prescindirse de ellas (1). Lo que no debe hacerse es atribuirles mayor valor del que en realidad las corresponde como si fueran demostrativas y concluyentes. Usar de ellas atribuyéndolas ese carácter sería rebajar los más altos misterios del orden sobrenatural al bajo nivel del natural y supondría el absurdo de que en las criaturas pueda encontrarse la razón del ser y de los atributos del Criador. Aquel que pretende probar la Trinidad de las divinas personas con la razón natural —dice Santo Tomás (2)— viene a ser ocasión de descrédito para la fe de dos maneras: primeramente, en cuanto a la dignidad de la fe, la cual consiste en ser de las cosas invisibles que exceden a la razón humana; y en segundo lugar, en cuanto a la utilidad de conducir a los demás a la misma fe. Porque cuando alguno, para probar la fe, se vale de razones que no son concluyentes, esto viene a ser ocasión de burla para los infieles, porque se figuran que nuestra fe no tiene otro fundamento que esas razones; por lo demás, aunque no sean demostrativas, son en gran manera convenientes por varios conceptos y utilidades que señala Santo Tomás en distintas partes de sus obras al hablar de este punto (3).

(1) "Utile tamen est, ut, in hujusmodi rationibus, quamcumque debilibus, se mens humana exerceat, dummodo desit comprehendendi vel demonstrandi præsumptio, quia de rebus altissimis etiam parva et debili consideratione aliquid posse inspicere jucundissimum est." *Contra Gentes*, lib. 1.º, cap. 8.

(2) "Qui autem probare nititur Trinitatem personarum naturali ratione, fidei dupliciter derogat. Primo quidem, quantum ad dignitatem ipsius fidei, quæ est ut sit de rebus invisibilibus, quæ rationem humanam excedunt: unde Apostolus dicit ad Hebr., II, quod fides est de non apparentibus; et Apostolus dicit I. Corinth. C. 2.º "Sapientiam loquimur inter perfectos: sapientiam vero non hujus sæculi; neque principum hujus sæculi: sed loquimur ei sapientiam in mysterio, quæ abscondita est." Secundo, quantum ad utilitatem trahendi alios ad fidem. Cum enim aliquis ad probandam fidem inducit rationes, quæ non sunt cogentes, cedit in irrisionem infidelium. Credunt enim, quod hujusmodi rationibus innitatur, et propter eas credamus."

(3) "Quædam vero disputatio est magistralis in scholis non ad removendum errorem, sed ad instruendum auditores ut inducantur ad intellectum veritatis quam intendit: et tunc oportet rationibus inniti investigantibus veritatis radicem, et facien-

Y vemos que él mismo se sirve continuamente de ellas para explicar en cuanto cabe los misterios de la religión, como ya más arriba lo hemos notado.

Si, pues, por una parte, no debe prescindirse de las razones de congruencia y, por otra, por no pertenecer al orden científico, quedan fuera de la sistematización apologética, ¿cuál será su propio lugar entre las obras que tienen por objeto la comprobación y defensa de la fe? A esta pregunta se responde que haciendo en los tratados manuales, textos, etc., que versan sobre estas materias, un deslinde de campos que corresponda a la diversidad de asuntos y de razones que hemos puesto de manifiesto en párrafos anteriores de este artículo, de manera que lo que en sí y por su naturaleza es distinto se presente también con distinción y no englobado y confundido en los libros. Acerca de lo cual se impone, a nuestro juicio, un cambio de procedimiento que afecte a la más conveniente distribución de las materias que deben tratarse por separado en distintas obras y a los nombres con los cuales se designen estas mismas obras. Lo cual no sólo se justifica por la correspondencia que debe existir entre los tratados y la naturaleza de las materias, sino también por la imposibilidad de que en una misma obra, bajo el único título de Apologética o de Apología, pueda darse a todas y cada una de las cuestiones que pertenecen a los diversos campos, antes ya deslindados, la necesaria y suficiente amplitud y el desarrollo debido a su importancia. Porque si aun hecha esa separación de materias y de obras, son tantas y de tan capital importancia las cuestiones que corresponden a cada grupo en particular que, en rigor, si se quisiera dar a las mismas cuestiones una extensión regular y tratarlas algo a fondo se necesitarían obras voluminosas para cada uno de los campos señalados, ¿cómo ha de ser posible tratarlas todas de la manera debida y conveniente en una misma obra y con un solo título?

Para que se pueda apreciar con más claridad lo que decimos, bastará hacer algunas indicaciones acerca de varias materias que pertenecen a los tratados que tienen por objeto la comprobación y defensa de la fe, y cuya sola enumeración pondrá de manifiesto la imposibilidad de incluirlas en una sola clase de obras. He aquí lo que acerca de esto vemos en la excelente *The Catholic Encyclopedia*, monumental diccionario católico en lengua inglesa, en donde se halla expuesto en pocas palabras y con claridad lo generalmente admitido sobre esta materia. El objeto de la Apologética es dar una respuesta científica a esta pregun-

tibus scire quomodo sit verum quod dicitur; alioquin si nullis auctoritatibus magister quæstionem determinet, certificabitur quidem auditor quod ita est; sed nihil scientiæ vel intellectus acquirat, sed vacuus abscedet." D. Quodlib. IV, Quæts. IX, art. 18.

ta: ¿Por qué soy católico? Ahora bien: esta cuestión envuelve otros, también fundamentales, a saber: primera: ¿Por qué soy cristiano y no de otra religión, como, por ejemplo, la de Mahoma, la de Zoroastro, Buda o Confucio, etc., etc.?; o ¿Por qué profeso alguna religión, sea la que quiera? Así que la Apologética fácilmente puede dividirse en estas tres grandes partes: Primera: estudio de la religión en general y de los campos de esta creencia. Segunda: estudio de la religión revelada y de los campos de la fe cristiana. Tercera: estudio de la verdadera Iglesia de Cristo y de los campos de la fe católica. La primera de estas tres partes comprende las cuestiones que se refieren a la religión en general, su naturaleza, universalidad, capacidad natural del hombre para adquirir las ideas religiosas. Relacionado con esto entra el estudio de la filosofía religiosa de los pueblos incultos, y las varias teorías acerca del origen de la religión se ofrecen a ser discutidas por la crítica. Esto conduce al examen del teísmo, incluyendo la importante cuestión de la existencia de una personalidad divina, del Criador y Conservador del mundo, de su providencia, la libertad humana y su correspondiente responsabilidad en virtud de su dependencia de Dios; inmortalidad del alma y vida futura, con sus premios y castigos. Esto se completa con la refutación del monismo, determinismo y demás teorías antiteístas.

La segunda parte, o sea el estudio de la religión revelada y de los campos de la fe cristiana, comprende: noción, posibilidad y necesidad moral de la divina revelación y posibilidad de conocer y distinguir la verdadera de las falsas, examinando para ello los criterios internos y externos correspondientes y estableciendo el hecho de la divina revelación. Aquí tienen su propio lugar los tres estados de la misma revelación divina: a saber, la primitiva o del Paraíso, la mosaica y la cristiana. Las fuentes con que el apologeta cuenta para el estudio de esta triple revelación es la Sagrada Escritura, prescindiendo de su carácter de libro inspirado y considerada provisionalmente como libro humano de documentos históricos, pues de otro modo, el procedimiento sería ilógico y habría en él petición de principio, dando por supuesto lo que se trata de investigar.

En esto el apologeta depende de los estudios críticos del Antiguo y del Nuevo Testamento, llevados a cabo por las Escuelas imparciales, y edifica, sobre los acreditados resultados de sus investigaciones, la doctrina acerca de la autenticidad y veracidad histórica de los libros sagrados. Sólo por anticipación puede basarse el argumento en favor de la revelación primitiva en el terreno de que es enseñada en el libro inspirado y sagrado del Génesis, y que va envuelto en el estado sobrenatural de nuestros primeros padres. A falta de documentos contempo-

ráneos, el apologeta puede descansar en la alta probabilidad antecedente del hecho de la revelación primitiva, y manifestar la compatibilidad de aquella revelación con el estado de atraso en el orden material. Aquí se halla el propio lugar de la Arqueología y la Prehistoria. Relacionada con esto viene la cuestión del origen y antigüedad del hombre, unidad de la especie humana, valor histórico de los libros sagrados, compatibilidad entre la Astronomía, Biología y Geología con la Biblia. A propósito de la revelación mosaica viene la crítica del Antiguo Testamento, la superioridad de la Ley de Moisés sobre la de todos los demás legisladores de la antigüedad y lo maravilloso que se presenta el pueblo hebreo entre todos los demás pueblos de la tierra. Grande presunción que esto ofrece en favor de la divinidad de la revelación mosaica. Como esta presunción va en aumento a proporción que las profecías mesiánicas van también siendo cada vez más en número y más claras. Con todo esto se halla relacionado el estudio de la arqueología bíblica.

Sigue la revelación cristiana. Aquí el terreno es más firme; se parte de los resultados de la crítica del Nuevo Testamento. El valor del testimonio de los Evangelios, por una parte y de las Epístolas de San Pablo por otra, ofrecen pruebas evidentes de la obra, persona y dignidad de Jesucristo. Aquí, también, el estudio crítico del valor del testimonio de los Apóstoles y discípulos de Jesucristo en favor de los milagros y hechos de su vida maravillosa. El terreno en que se halla el apologeta es rigurosamente histórico. Aquí pertenece todo lo relativo a la divinidad de Jesucristo, su influencia personal, etc., etc.

Este es el lugar propio del estudio comparativo entre la religión cristiana y todas las demás religiones de la tierra, como el budismo, mahometismo, confucionismo, etc., etc., y de la demostración de la inferioridad de todas ellas comparadas con el cristianismo en cuanto a sus fundadores, influencia moral y civilizadora, ideal, etc., etc.

El apologeta protestante no pasa de aquí; pero el católico sigue adelante y demuestra que la única verdadera Iglesia de Jesucristo es la Católica Apostólica Romana. Aquí pertenece el estudio de las notas de la Iglesia: unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad. Estas notas se aplican como criterios a todas las otras denominaciones cristianas, y de este modo se demuestra que no convienen a ninguna otra más que a la Católica.

Este es también el lugar del estudio del Papado, su infalibilidad y la regla de la fe.

A este vastísimo campo de la parte positiva se añade el todavía mayor, si se quiere, de la parte negativa o de las soluciones de los argumentos; porque esto comprende nada menos que toda la historia de los ataques que se han dirigido contra la fe desde el origen del cris-

tianismo hasta hoy: ataques de parte del paganismo y judaísmo; ataques de parte del mahometismo y la falsa filosofía; ataques de parte del protestantismo; ataques, en fin, de parte del deísmo, panteísmo, materialismo, agnosticismo, naturalismo y modernismo de los últimos tiempos hasta hoy.

Creemos que, después de lo expuesto, nadie podrá dudar de la imposibilidad de incluir en una sola clase de obras esa infinidad de cuestiones de que acabamos de hacer mención y las que van envueltas en las soluciones de los argumentos contra la fe en los varios períodos de la historia del cristianismo, y, por tanto, que la clasificación de obras y tratados acerca de la comprobación y defensa de la verdad católica se impone, no sólo por exigirlo así la misma naturaleza de las cosas y de las razones de diversa índole, como hemos visto antes por el análisis de las mismas, sino también por la inmensidad del campo que abarcan entre todas.

He aquí ahora la clasificación que, a nuestro juicio, procede hacer y que la creemos suficientemente fundada y justificada por el deslinde de campos ya establecido en las páginas de este mismo artículo; a saber: 1.º, el científico, y 2.º, el de las razones probables; el primero subdividido en: *A*), científico, que tiene por objeto la demostración de los preámbulos de la fe; *B*), científico, que tiene por objeto la demostración de la credibilidad de los dogmas de la fe; *C*), científico también, en el que se hace uso de razones de raíz teológica; *D*), científico, al que pertenece la solución de los argumentos contrarios a los dogmas de la fe.

A esta clasificación de campos corresponde otra por parte de las obras, que se distinguen en esta forma: 1.º, de carácter científico; 2.º, de conocimientos probables. Y las primeras subdivididas en: *A*), que se limiten al campo de los *preámbulos* en el sentido corriente de esta palabra; *B*), que se limiten al campo de la demostración de la credibilidad, con razones del orden natural, filosófico e histórico, sin mezcla de razones de raíz teológica; *C*), en que tengan cabida las razones dichas de raíz teológica.

En cuanto a la parte negativa, o sea la solución de los argumentos, no hay dificultad en determinar su propio lugar, pues es al lado y a continuación de las conclusiones y pruebas positivas contra las cuales se dirigen; y así, los que atacan los preámbulos, se proponen y resuelven en las obras señaladas en la letra *A*); los que van contra los motivos de credibilidad, en las señaladas con la letra *B*); los que se dirigen contra lo que se defiende en el campo teológico, en ese mismo campo se proponen y resuelven; y, finalmente, los que van contra cada dogma en particular, considerados los dogmas bajo la razón de su respectiva naturaleza específica, se proponen en el campo de las obras de los conoci-

mientos y razones de mera probabilidad; con una observación notabilísima sobre este particular; y es, que en este campo que venimos llamando de las probabilidades y analogías, este carácter de probables sólo afecta a las razones o pruebas positivas que se aducen en favor de los dogmas considerados en sí mismos y en su mismo constitutivo específico, y esto por la razón, ya señalada más arriba, de que los dogmas en sí mismos no pueden ser objeto de demostración humana, sino que son supracientíficos; y sólo con relación a la ciencia de Dios y a la de los bienaventurados son y pueden llamarse científicos, como hemos dicho ya: pero con respecto a la solución de los argumentos en contra, esta solución puede tener carácter científico (1), porque consiste en el recto y verdadero conocimiento de aquella o aquellas verdades naturales del orden filosófico e histórico en cuya falsificación se fundan los argumentos contra los dogmas.

Y como el argumento se funda en la falsificación, así, para la solución basta la rectificación, que es una operación natural de la razón, que se refiere a un objeto también natural, que es la realidad de la cosa o del hecho histórico de que se trata. Hemos insistido un poco en este punto a fin de que se vea cómo, aun en el campo de las probabilidades, ese carácter sólo corresponde a la parte positiva o de las pruebas, y que en cuanto a la parte negativa o solución de los argumentos es también científico.

En cuanto a la terminología, absolutamente indispensable para la clara expresión de las cosas y para podernos entender unos con otros, he aquí la que nos parece que podría adoptarse. A las obras y tratados que tienen por objeto la demostración de los preámbulos de la fe se las podría aplicar la denominación de "Introducción a la Apologética" o también "Preparación apologética", como en el orden de los estudios bíblicos tenemos las obras que llevan el título de "Introducción al estudio de la Sagrada Escritura", cuyo objeto es distinto y debe ser estudiado antes que el de las obras de "Exégesis bíblica", y como tenemos la obra del cardenal Zigliara con el título de *Propaedeutica*

(1) "Tertio ad resistendum his quæ contra fidem dicuntur; sive ostendendo esse falsa, sive ostendendo non esse necessaria." In Lib. Boetii, de *Trinitate*. Opusc. LXIII.

Nótese el sentido del verbo latino *ostendere*, que quiere decir mostrar, manifestar, hacer ver, dar a conocer, y, por tanto, que lo que dice Santo Tomás en la palabra citada es que se puede mostrar, manifestar, hacer ver, dar a conocer, que los argumentos contra la fe, una de dos: o son falsos o, por lo menos, no son concluyentes; pero sea la una, sea la otra de estas dos cosas, es objeto de demostración; y aunque no se demuestre que el argumento es falso, con tal que se demuestre que no es concluyente (y esto siempre se puede demostrar), basta para su solución y para la defensa de la verdad contra la cual se propone.

ad Sacram Theologiam. Las que se limitan al campo de la demostración de la credibilidad con razones del orden natural, filosófico e histórico, sin mezcla de razones de raíz teológica, son las que propiamente deben designarse con el nombre de "Apologética", bien sea sin más calificativo o bien con el calificativo "Apologética racional de la fe". Aquellas en las que tienen cabida razones de raíz teológica, pueden llevar la denominación de "Apologética teológica de la fe", pues es importantísimo el que no se las confunda con las anteriores. Finalmente, las que tienen por objeto justificar y explicar los dogmas considerados cada uno en su naturaleza especial, con razones de congruencia y mera probabilidad, porque en esto no caben otras, podría llamárselas "Apologías", de modo que el nombre de "Apologética" se aplique al orden de los conocimientos científicos, al terreno de las razones demostrativas, y el de "Apología" se reserve exclusivamente para el orden de los conocimientos y razones de mera probabilidad. Estas "Apologías" pueden ser generales y particulares, según que un autor se proponga la justificación de todos los dogmas o la de tal o cual en particular. Sus ventajas son inmensas, porque ya que no se demuestren los dogmas, se disipan y desvanecen las dificultades con que se les combate, las cuales van desapareciendo ante la simple, clara y sencilla exposición de los misterios con los cuales se confrontan las verdades naturales, apareciendo la más perfecta armonía entre el orden sobrenatural y el natural, que aunque distintos en sí mismos, son uno mismo en su común principio, que es Dios.

Si además de lo dicho se procura que en todas las clases de obras que hemos distinguido abunden las ideas de Santo Tomás, se tendrán obras sólidas; a lo cual, si se añade la forma conveniente en el modo de tratar a los adversarios, al mismo tiempo que se impugnan sus errores y se defiende la verdad, nadie podrá razonablemente exigir más a la Apologética.

FR. PASCUAL BROCH, O. P.

Rosaryville (Louisiana).

PREPARACIÓN DE SAN PABLO AL APOSTOLADO

Los Santos Padres y los expositores antiguos, más teólogos que historiadores, solían considerar principalmente en la Sagrada Escritura su elemento divino, o sea la doctrina de la fe que Dios nos quiso enseñar por los autores sagrados y hacían menos caso del elemento humano, que es como el vestido con que la verdad divina está adornada y encubierta (1). Sin embargo, ni los Padres ni los teólogos católicos llegaron a negar este segundo elemento y su distinción del primero, antes hacen notar las imperfecciones de estilo y de lenguaje de algunos libros sagrados, provenientes de la imperfecta cultura de los autores que el Espíritu Santo escogió para ministros suyos en la composición de las Escrituras.

Los padres del protestantismo y sus primeros teólogos, impulsados por el afán de ensalzar la divina Escritura a la categoría de regla de fe única, completa, clara y santificadora, incurrieron en el error manifiesto de afirmar que la palabra de Dios había pasado por el canal de los autores sagrados sin perder nada de su divina pureza, claridad y energía, sin contraer ninguna de las humanas infecciones intelectuales o literarias, de que los ministros de esa misma palabra podían adolecer. Los protestantes de los tiempos posteriores abandonaron pronto este error para venir a parar en el opuesto de no considerar en la Escritura sino su elemento humano, olvidando o negando expresamente la verdad divina, que el Señor se dignó por medio de la Escritura comunicarnos.

(1) "Respondeo dicendum quod conveniens est Sacrae Scripturae divina et spiritualia sub similitudine corporalium tradere. Deus enim omnibus providet secundum quod competit eorum naturae." (*Sum. Theol.*, I, q. 1, a. 9.)

Santo Tomás, estudiando el conocimiento que de las cosas divinas alcanzamos por la fe y el que por revelación tienen los Profetas, comprendiendo bajo este nombre todos los autores sagrados, distingue cuidadosamente la verdad divina en sí misma y el modo de concebirla y expresarla. La primera tiene su origen divino, el segundo depende de la condición humana y aun de la índole individual de cada creyente. Los profetas, al recibir en su mente la revelación de los misterios divinos, que luego debían comunicar a los fieles, no estaban exentos de esa ley psicológica y cada uno presta a la verdad una forma propia derivada de su constitución mental, de su cultura y erudición literaria. Eso mismo ocurría, cuando, bajo la inspiración divina, escribían los libros sagrados. De aquí nace que la Escritura sea a la vez toda divina y también humana. Divina por el contenido, humana por la expresión, aunque ésta haya también sido inspirada e incorporada al primero para formar una sola cosa, un solo libro, que es la Escritura sagrada (1).

Importa mucho tener presentes estas elementales nociones sobre la composición de la Escritura, las cuales, acaso por ser elementales, olvidan a veces los estudiosos de las sagradas Letras. De estas nociones depende el concepto exacto acerca de los varios elementos que integran la Escritura, de la conexión de estos elementos entre sí y de los principios o criterios que deben regir su investigación. Especialmente en nuestros días, en que tanto interés se presta al elemento humano de la Escritura, importa mucho saber qué lugar ocupa ese estudio en la exégesis bíblica propiamente dicha, es decir, en la explicación del sentido divino de los Libros santos, ya que no merece el nombre de exégesis bíblica la que sólo atiende a la forma exterior, filológica e histórica de las Escrituras divinas. Y esto creemos será suficiente para que los lectores se den cuenta del interés grande que tiene en el estudio de San Pablo esta breve nota que a continuación presentamos. Ella se ordena a darnos una idea de la forma dialéctica, exegética y oratoria particular con que el Apóstol concebía la doctrina revelada que nos dejó en sus epístolas inmortales.

*
* *

El futuro Apóstol de los Gentiles es designado en los *Hechos de los Apóstoles* con el nombre de *Saulo*, hasta el capítulo XIII, 9; aquí el historiador sagrado nos advierte por primera vez que *Saulo* se llamaba también *Pablo*, y con este nombre se le denominará continuamen-

(1) "Indifferens est ad prophetiam, quibuscumque similitudinibus res prophetica exprimitur. Et ideo homo ex operatione divina non inmutatur circa prophetiam, remouetur autem divina virtute, si quid prophetiae repugnat." II. II., q. 172, a. 3 ad 1. Cfr. q. 176, a. 1, ad 1.

te en los Hechos apostólicos y el mismo empleará el Apóstol en sus epístolas.

En el capítulo XIII comienza la vida apostólica de San Pablo, cuando, habiendo arribado a Chipre en compañía de Bernabé, tuvo la dicha de convertir a la fe de Cristo al procónsul *Sergio Paulo*.

La coincidencia del nombre del ilustre convertido por Saulo y el nuevo nombre de éste salta de tal modo a la vista, que desde la más remota antigüedad se creyó que Saulo le había cambiado por el de su primer convertido y de su primer hijo en Cristo.

Tal ha sido el parecer de Orígenes (1), de San Agustín (2) y de San Jerónimo. Bástenos citar las palabras de este último Padre: "Saulus ad praedicationem gentium missus, a primo Ecclesiae spolio proconsule Sergio Paulo, victoriae suae thophaea retulit erexitque vexillum, ut Paulus diceretur a Saulo" (3). San Jerónimo saca esta conclusión del solo hecho que Saulo es llamado Pablo a partir del relato de la conversión del Procónsul. Bien pudiera ser que no hubiese aquí sino una coincidencia, y debemos guardarnos de incurrir en el sofisma *post hoc ergo propter hoc* (4).

Ultimamente Dessau (5) ha intentado resucitar esta hipótesis, haciendo notar que precisamente en la isla de Chipre se encuentra un caso análogo de un personaje que había tomado el *cognomen* de otro.

Hoy se inclinan más los autores a pensar que Saulo, judío de Tarso en Cilicia y ciudadano romano, llevaba desde su infancia dos nombres, el uno *hebreo*, con que era conocido entre los judíos, y éste era *Saulo*, nombre del gran héroe de la tribu de Benjamín, a la cual él pertenecía, y el otro *Pablo*, con que le conocían los gentiles sus conciudadanos de Tarso. Por esto Saulo toma en los *Hechos* el nombre de Pablo al comenzar su vida apostólica entre los gentiles; antes, viviendo con los judíos, retenía su nombre de Saulo.

Tal era entonces, y es todavía hoy, la costumbre de los judíos de añadir a su nombre hebreo otro latino, griego, etc., para sus relaciones con los no judíos. *Silas* era entre los gentiles *Silvano* (6), *Jesús* se llama también *Jasín*, *José* tiene asimismo el de *Hegesipo*. Bien conocidos son *Flavio Josefo*, *Juan Marco* (*Act.*, XV, 37), *Jesús Justo* (*Col.*, IV, II) (7).

(1) *Comm. ad Romanos*. Praef. P. G., XIV, 836.

(2) *Libri Confes.*, VIII, 4.

(3) *Ad Philem.*, 1, F. L., XXVI, 640 s.

(4) San Jerónimo nota en este mismo lugar que Pablo significa en hebreo *admirable*, de la raíz *pala*; es evidente que Pablo, en latín *Paulus*, es nombre latino y significa *pequeño*.

(5) Cfr. *Revue Biblique*, 1910, pág. 605.

(6) Cfr. nuestro *Comm. ad Tesal.*, pág. 57.

(7) Cfr. *Dict. Bib. de Vigouroux*, col. 2.189. Hasting. *D.-B.*, págs. 697 s.

Nuestro ciudadano romano de Tarso tenía tanta más razón para tomar un nombre latino junto con el hebreo de *Saulo*, cuanto que este último sonaba mal en los oídos de los griegos, ya que le podían dar un sentido poco favorable, pues σαῦλος significa *flojo, muelle, afeminado*.

¿Habrá escogido el Apóstol este nombre de Pablo, *Paulus*, por alusión a su baja estatura? ¿O se lo habrá más bien impuesto por un sentimiento de humildad, él que se tenía por el más *pequeño* de los Apóstoles, como supone San Agustín? Es posible, pero nada hay sobre esto que exceda los límites de la hipótesis. Lo cierto es que los judíos de la dispersión, al adoptar segundo nombre, solían buscar uno que, a ser posible, fuera asonante con el hebreo, v. gr.: *Jesús-Jasón Silas-Silvano*, de donde sin duda *Saulo-Paulo* (1).

De su origen judío habla San Pablo muchas veces con cierto énfasis, como si de ello se gloriase. Por ejemplo, en su discurso al pueblo de Jerusalén: “Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad y formado a los pies de Gamaliel en el conocimiento exacto de la ley de nuestros padres, y me he mostrado siempre lleno de celo por Dios, como vosotros os mostráis ahora.” (*Act.*, XXII, 3.)

San Pablo nació, según su irrecusable testimonio, en Tarso de Cilicia, y Tarso, como él mismo dice usando de una graciosa atenuación, no es una aldea desconocida (*Act.*, XXI, 39). Lejos de eso, Tarso era una ciudad célebre, tanto por el comercio, como el cultivo de las letras y de la filosofía, que en ella estaban muy florecientes. Según el testimonio de Estrabón, Tarso no tenía en la antigüedad otras rivales, en punto a cultura científica, que Atenas y Alejandría, y a una y otra superaba, según el parecer del geógrafo (2). Pero como en todos los grandes centros de población y de cultura la corrupción era también grande, y por Tarso la Cilicia participaba con *Creta* y *Capadocia* la triste gloria de sobrepujar en corrupción a las otras provincias. De aquí había nacido el proverbio: *Τρία κάππα κόμισα*.

Carecemos de datos suficientes para determinar con precisión la fecha en que nació San Pablo. Cuando guardaba los vestidos de los acusadores de San Esteban —por consiguiente, poco tiempo después de la Ascensión de Señor— él se da asimismo el nombre de νεανίας (joven), y cuando desde Roma, durante su primera cautividad (entre 61-63) es-

(1) *Acta*, XIII, 9: “Saulus autem qui et Paulus, repletus Spiritu Sancto, intendens in eum, dixit.” Cfr. JOH. LIGHTFOOT. *Horae heb. et talm.* Las cartas de San Ignacio de Antioquía comienczan Ἰγνώσιος ὁ καὶ θεοφόρος. *Ignacio, que es también Teóforo*.

(2) Lib. IV, cap. X, 13. “Tantum autem studium rerum philosophicarum et disciplinarum, quas encyclias dicunt, Tarsenses incessit, ut superaverint Athenas et Alexandriam, et si quis alius nominari potest locus, ubi philosophorum scholae haberentur... Sunt apud eos omnis generis liberalium artium scholae; alioqui populosa atque praepotens urbs est Tarsus, et metropolis rationem obtinet.”

cribe a su discípulo Filemón, se llama πρεσβύτες (anciano) (*Philem.*, 9). El nombre de νεανίας podía convenir a una persona entre los veinte y los cuarenta años de su edad, el πρεσβύτες después que ha pasado los sesenta. No es, pues, aventurado suponer que, por singular dispensación de la Providencia hacia los Gentiles, el Apóstol vió la luz primera en el centro del mundo pagano, hacia la misma fecha en que el Mesías nació en el país de Judá.

Era San Pablo de la tribu de Benjamín, de padre y madre israelitas (Hebraeus ex Hebraeis) y pertenecía a la rígida secta de los Fariseos. Oigamos sobre este punto su propio testimonio: "Si alguno cree poder confiar en la carne, con mayor razón podría hacerlo yo, circuncidado el octavo día, nacido del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo, de padres hebreos, fariseo por mi amor a la ley, por mi celo perseguidor de la Iglesia de Dios, y que, según la justicia de la Ley, he vivido de modo irreprochable." (*Phil.*, III, 5-6.) He aquí un buen ejemplo del estilo enérgico y conciso de San Pablo. Los cuatro primeros miembros refieren los privilegios de su nacimiento: 1.º *El fué circuncidado el octavo día*, por consiguiente, pertenece al pueblo escogido por derecho de nacimiento y no por adopción como prosélito. 2.º *Es de la raza de Israel*. 3.º *De la tribu de Benjamín*, es decir, de la más fiel de las tribus. 4.º *Es hebreo de padres hebreos*, esto es, de pura raza, sin mezcla de sangre extranjera. Los tres miembros siguientes encierran sus méritos y privilegios personales: 1.º *El fué fariseo*, y esto significa su condición privilegiada respecto de la Ley y su significación entre los judíos. 2.º *Fué perseguidor de la Iglesia*, lo cual viene a significar la sinceridad de su judaísmo y su actitud respecto de los cristianos. 3.º *Fué irreprochable en la observancia estricta de la Ley*, y esto significaría su mérito delante de Dios, si en esto hubiera mérito (1). (Cfr. *Rom.*, XI, 1.)

San Jerónimo refiere una tradición, según la cual Saulo habría nacido en Giscalis (el Djish) en Galilea: "Paulus apostolus, qui antea Saulus, extra numerum duodecim apostolorum, de tribu Benjamin et oppido Judaeae (es decir, Palestinae) Giscalis fuit, quo a Romanis capto, cum parentibus suis Tarsum Ciliciae commigravit." (2) Dos inexactitudes se contienen en este testimonio. Primero, San Pablo no nació en Giscalis de Galilea, sino en Tarso de Cilicia, según él expresamente testifica (*Act.*, XXI, 39; XXII, 3); además, en lo que toca a la toma de Giscalis por los Romanos, hay un anacronismo evidente, ya que esta ciudad no cayó en poder de los invasores sino el año 67, en los comienzos de la guerra contra el Imperio (*De Bello Jud.*, IV, 2) y cuando San Pa-

(1) Cfr. LIGHTFOOT: *Philippians* in h. l.

(2) *De viris illustribus*, V. P. L., XXIII, 646.

blo había acaso terminado ya su carrera apostólica. Tal vez podría sacarse de aquí que los padres de San Pablo eran originarios de Galilea, cosa posible, aunque puramente hipotética, ya que las palabras del Apóstol no quiere decir esto (1).

Nació el Apóstol de padres que habían permanecido fieles a la ley de Moisés y a la lengua sagrada, como él dice: "Yo fuí circuncidado al octavo día, yo soy hebreo de padres hebreos, no helenizados" (*Phil.*, III, 5), y en otro lugar afirma que sirve a Dios con una conciencia pura, *así como sus antepasados*. (II Tim., I, 3.)

Tales padres ninguna cosa podían desear más vivamente que ver a su hijo aplicarse al estudio de la Ley, y nosotros le vemos, todavía joven, tal vez a la edad de doce años, dejar la casa paterna y emprender el viaje de la Ciudad Santa para dedicarse allí al estudio de la Ley bajo la dirección de los rabinos más ilustres. "Mi vida —dice él en presencia del rey Agripa— es conocida desde los primeros años de mi niñez de todos los judíos, puesto que la he pasado en Jerusalén en medio de mi nación." (*Act.*, XXV, 4.) Aquí siguió las lecciones de Gamaliel, y es de creer que haya recibido el título de escriba en la Ley. Este Gamaliel, llamado, no solamente *rabbi*, sino también *rabban*, título reservado a los cuatro grandes maestros de Israel (2), parece haber sido sobrino del célebre Hillel, el mismo que en el seno del Sanedrín tomó a su cargo la defensa de los Apóstoles. (*Act.*, V, 34-39.) Era uno de los doctores de criterio más amplio, que seguía la dirección de Hillel.

En Jerusalén Saulo tenía una hermana, en cuya casa tal vez haya habitado durante sus estudios. En todo caso, supo ganarse el afecto de un sobrino suyo hasta el punto que no dudara exponerse a graves peligros por salvar la vida del Apóstol. (*Act.*, XXIII, 16-22.)

Condecorado ya con el título de rabino, es probable que haya vuelto a su patria, o que, a fuer de activo fariseo, haya recorrido los mares y la tierra para ganar algún prosélito. (*Mat.*, XXIII, 15.) Tal vez a título de celoso misionero, fué delegado por el Sanedrín de Jerusalén para ir a Damasco a castigar a los discípulos de Jesús, considerados todavía como judíos rebeldes o cismáticos. De este modo se explicaría que Saulo no haya conocido a Jesús durante el tiempo de su predicación y en los posteriores días de la Pasión; de otro modo no se concibe que el celoso fariseo hubiera podido asistir como espectador indiferente al proceso del famoso seductor, que ponía en tela de juicio la Ley de Moisés.

Saulo se puso en contacto con la nueva secta al tiempo de ser lapidado San Esteban. De labios del santo protomártir habrá oído por primera vez

(1) Cfr. Hasting, D. B., III, pág. 697; D. B. Vigouroux, l. cit.

(2) SCHÜRER: *Geschichte d. jüd. Volkes II* (4) págs. 375 y 429 s.

la exposición de la doctrina de Jesús y la condenación de aquel abatimiento religioso en que los judíos habían caído. Ya hemos dicho que Saulo seguía los principios severos del fariseísmo. Constituía éste en el seno de Israel el partido más religioso, más espiritual y por lo mismo el que con más encarnizamiento perseguía a los cristianos. En su epístola apologética a los Gálatas expresamente liga su furor de perseguidor a su celo religioso de fariseo: "Vosotros habéis oído hablar de mi conducta cuando vivía en el judaísmo; *cómo perseguía sobremanera la Iglesia de Dios y la devastaba* y cómo sobrepujaba en el judaísmo a muchos de los de mi edad y de mi nación, mostrándome partidario extremadamente celoso de las tradiciones de mis padres." (Gál., I, 13-14.) Cfr. *Act.*, XXVI, 5.

Pero este hijo de Israel, este nuevo fariseo, que sabía, cuando la ocasión se ofrecía, gloriarse de su origen y de sus convicciones ortodoxas de antes, tenía también por nacimiento el título y los privilegios de *ciudadano romano*, a los cuales sabrá más tarde, para bien del Evangelio, apelar ante los jueces romanos. Estando un día en Jerusalén para ser azotado a fin de que declarase los motivos por que los judíos se habían amotinado contra él y teniéndole ya preso, Pablo hizo llamar al centurión y le dijo: "*¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano que no ha sido aún condenado?*" Al oír estas palabras el centurión corre en busca del tribuno para advertirle: "*¿Qué es lo que vas a hacer? Este hombre es ciudadano romano.*" El tribuno entonces se vino a Pablo y le preguntó: "Dime, ¿eres tú de verdad ciudadano romano?" "Sí que lo soy", respondió Pablo. Y el tribuno le replicó: "Yo he comprado muy caro ese derecho de ciudadanía." "Pues yo, díjole el Apóstol, lo tengo por mi nacimiento." (*Act.*, XXII, 24-28.) Antes de este suceso, habiendo sido San Pablo encarcelado y azotado, a pesar de sus privilegios de ciudadano de Roma, no consintió ser puesto en libertad ocultamente, y replicó a los lictores con estas enérgicas palabras: "A nosotros, ciudadanos romanos, sin sentencia condenatoria nos han azotado y arrojado en la cárcel y ahora quieren despedirnos a escondidas. No será así; vengan ellos mismos y póngannos en libertad. Y habiendo los lictores comunicado a los magistrados esta respuesta, temieron, al oír que eran romanos, y viniendo les suplicaron los excusaran, y sacándolos de la cárcel rogáronlos salieran de la ciudad." (*Act.*, XVI, 35-39.)

Si miramos a sus condiciones físicas, parece que San Pablo ni estuvo dotado de robusta salud ni de buena presencia. El apócrifo conocido con el nombre de *Acta Pauli et Teclae*, hace este retrato del Apóstol: "Pablo era de baja estatura y calvo, tenía piernas ligeramente encorvadas, era cejijunto y de nariz aguileña. Su andar era gracioso y aunque mostraba la figura de hombre, su rostro parecía a veces el de un ángel."

Tal retrato podría ser tomado por una caricatura del vigoroso dialéctico y sublime pensador; sin embargo, esta descripción, que data del siglo IV, se halla confirmada por las epístolas del Apóstol. Escribiendo a los Corintios, cita él la reflexión de sus adversarios: "Sus cartas —dicen éstos— son graves y enérgicas; pero su presencia es pobre y su hablar inspira desprecio." (II Cor., X, 10.) Y según la sentencia hoy común de los exégetas, así católicos como protestantes, aquellas palabras suyas sobre *el aguijón en su carne*, *σκόλοψ τη σαρξί* (II Cor., XII, 7), aludían a una humillante enfermedad física, que le molestaba por intervalos.

Finalmente, se debe notar que Saulo, como era uso entre los discípulos de los rabinos, había aprendido y ejercitaba un oficio manual, a fin de poder distribuir gratuitamente la doctrina de la Ley y evitar las apariencias de que explotaba a los discípulos.

Durante su vida apostólica invocaba con frecuencia su costumbre de vivir del trabajo manual como una prueba de su desinterés. Baste citar sus palabras a los presbíteros de Efeso, cuando vinieron a despedirle a Mileto: "No he deseado el oro, la plata, ni los vestidos de nadie, como vosotros bien sabéis, porque para las cosas que me eran necesarias a mí y a los que me acompañan han proveído estas mis manos." (Act., XX, 33 s.) Y les mostraba sus manos endurecidas en el trabajo. Su oficio era el de hacer tiendas, como lo era también el de Aquila y Priscila, dos judíos expulsados de Roma, que el Apóstol encontró en Corinto y en cuya casa se hospedó. La industria de las tiendas era una especialidad de Cilicia, que las fabricaban de cierta tela llamada *cilicia*, tejida con pelos de cabra de Cilicia. (Act., XVIII, 3.) (1)

*
* *

Sintetizando todos estos datos, podemos trazar en líneas generales la figura del apóstol San Pablo y admirar los juicios de la Providencia en prepararle para el ministerio entre los gentiles.

En la persona del Apóstol se juntan: a), *el Griego* nacido en Tarso; b), *el Ciudadano romano* protegido por las leyes del Imperio; c), *el Judío y el Fariseo* de convicciones religiosas sinceras y de vida moral pura. Grecia era el centro de las ciencias y de las artes; Roma, del imperio; la Judea, de la verdadera religión, que había conservado y que debía difundir por el mundo entero.

a) Tarso, que vió nacer al Apóstol de las Gentes, le ofreció su cultura. En ninguna ciudad del Imperio las ciencias y las artes estaban tan florecientes como en Tarso, donde se respiraba la filosofía y la li-

(1) Cfr. LIGHTFOOT: *Biblical Essays*, IV, págs. 199 s.

teratura, a las cuales es de presumir que Hillel, tan amplio de criterio, no habría impedido dedicar algún tiempo en las escuelas públicas de Tarso.

Sin embargo, el estilo de San Pablo está muy lejos de ser clásico; es demasiado sobrecargado de relativos, epítetos e incisivos, para que pueda compararse con el decir fluido y transparente de los griegos. Confirma de sí mismo, que su palabra y su predicación no tienen nada del lenguaje persuasivo de la sabiduría humana. (I Cor., II, 4.) Igualmente su modo de razonar se aproxima más al procedimiento homilético y alegórico de los rabinos que a la lógica rígida de los filósofos griegos. Tres breves citas de autores paganos (*Act.*, XVII, 28; I Cor., XV, 33; *Tit.*, I, 12) no son suficientes para cambiar este juicio general, de que el judío de Tarso no se había dejado invadir por la civilización griega, y que, si él había adoptado la lengua, era sólo en la medida en que se puede hablar una lengua extranjera, sin alcanzar el genio y el arte de la misma. El alma y el pensamiento de San Pablo permanecieron judíos, aun cuando los manifestaba en el idioma helénico.

En la civilización griega vió, sobre todo, sus defectos en el orden moral y religioso; de ellos habla con frecuencia, sea para combatirlos, sea para enseñar la plena verdad a las almas bien dispuestas.

b) *El derecho romano* protegía al Apóstol de los Gentiles en sus peregrinaciones a través del Imperio, y le defendía, sobre todo, contra sus correligionarios. (*Act.*, XVI, 37 ss.; XXII, 25 ss.; XXIII, 27; XXV, 12.) Como ciudadano romano recorría libremente el mundo y era en todas partes honrado, sirviéndole su ciudadanía de pasaporte en todas las provincias y ciudades del Imperio romano.

El mismo Imperio le ofrecía una figura del reino universal de Cristo, y de la ciudad de la tierra se elevaba a la consideración de la ciudad celestial. Como los *bárbaros* son agregados al Imperio y obtienen los derechos de ciudadanía, de igual modo la Iglesia de Cristo, el Israel de Dios (*Gál.*, VI, 6), acoge en su seno las *naciones* de los gentiles, y de huéspedes y extranjeros los hace "*ciudadanos* de los Santos y miembros de la familia de Dios". (*Eph.*, II, 19.) Nuestra patria no es la ciudad de la tierra, sino la del cielo. (*Phil.*, III, 20.)

Por la fuerza y la equidad conservaba el Imperio la paz en el mundo; y San Pablo tenía por esto una idea tan alta de él que llega hasta considerarle como obstáculo que impide al Antecristo desplegar todo su poder de iniquidad. (II Tes., II, 7.) (1)

c) Pero el ciudadano romano, nacido en Tarso, era ante todo *judío*, y esto queda en el fondo del carácter de San Pablo. Su educación judía

(1) Cfr. nuestro *Com. in Thesalon.*, págs. 263 ss.

y su formación intelectual a los pies de Gamaliel modelaron sus convicciones religiosas, dándoles una expresión bíblica.

Esto mismo muestra en su predicación. Vive para comunicar a las almas la gracia de Cristo, pero adondequiera que vaya se dirige primero a los Judíos, luego a los Gentiles, "porque la salud se dió primero a los Judíos, luego a los Griegos". Sentencia ésta que con frecuencia repite.

En su constante esfuerzo por la estricta observancia de la Ley, San Pablo sintió su impotencia; la misma Ley, en vez de ser un medio de salud se había convertido en lazo del pecado, por falta de la gracia para obrar el bien. La Ley sin la Gracia no justifica, aumenta la culpa, haciendo más evidente el deber. (*Rom.*, VII.)

Consecuencia de esta experiencia es aquella fuerza de expresión que supo dar al principio enunciado por Nuestro Señor de que sin Él nada podíamos (*In.*, XV, 5), y a la consiguiente libertad de los hijos de Dios respecto de la Ley. Donde más demuestra su mentalidad rabínica es en la exégesis sutil e ingeniosa con que a veces expone las palabras de la Escritura desprendidas del contexto y de su sentido histórico y en las personas y sucesos del pasado ve otras figuras del porvenir, y junta en uno textos diversos, argumentando sobre ellos según el método usual en las escuelas de los rabinos. Numerosas y profundas son las muestras de educación rabínica que el Apóstol nos da en sus escritos, sobre todo en las epístolas a los Romanos y a los Gálatas, sin hablar de la epístola a los Hebreos.

Otro rasgo de esta educación se halla en la abundancia de citas y alusiones al Antiguo Testamento, en la libertad con que cita los textos, todo lo cual demuestra un conocimiento profundo de la Biblia, y que la citaba de memoria.

De esta suerte preparó el Señor el alma del Apóstol que debía llevar la noticia de su Nombre a las gentes, a los reyes y a los hijos de Israel.

FR. J. M. VOSTÉ, O. P.,

Prof. del Colegio Angélico de Roma.

BOLETIN DE CUESTIONES SOCIALES

A cuantos siguen con algún detenimiento la marcha del pensamiento humano en nuestros días no se les puede ocultar que las concepciones filosóficas más extremas han invadido el campo de la sociología, terreno más abonado que el de la filosofía pura para el cultivo del positivismo.

Para los sociólogos por este estilo las razones *a priori*, los argumentos basados en principios racionales y las teorías y sistemas que no ven contrastados en la realidad experimental, pueden ser especiosos edificios contruidos con lindos materiales, pero están fuera del campo de la sociología.

El afán de experimentalismo se ha llevado al concepto mismo de la sociedad y a su desenvolvimiento. Hay sociología moderna como hay teología modernista y filosofía modernista; en sociología, lo mismo que en otras facultades, han penetrado con igual exageración las ideas exaltadas, enemigas de antiguas concepciones.

Y es de advertir que, por lo común, los autores de tal sociología suelen empezar anatematizando a los autores que, sin darse cuenta, les sirven de guías en sus investigaciones.

También es verdad que los datos de la experiencia prestan un servicio utilísimo y dan la clave para muchas cuestiones en una ciencia tan necesariamente práctica, como es la que trata del conjunto de fuerzas que actúan en la sociedad.

Nos han parecido convenientes estas sencillas advertencias a fin de obtener de nuestros lectores cierta licencia para exponer con alguna amplitud las doctrinas de una obra que vamos a reseñar en seguida. Sin esto pudiera parecer a alguno un despropósito la exposición detallada de los principios fundamentales de un libro con cuyas principales doctrinas nunca podremos estar de acuerdo, pero que conviene dar a conocer a nuestros lectores, por ser obra de influencia y reflejar una tendencia de otros muchos escritores.

Nos esforzaremos por seguir a grandes rasgos la idea del autor, poniendo en labios suyos palabras nuestras que expresen su pensamiento.

SOCIOLOGÍA GENERAL (I)

Preliminares.—En la sociedad hay un conjunto de fuerzas que obran en su constitución y en su desarrollo, fuerzas no bien definidas ni clasificadas aún, y el conjunto de las mismas y la descripción de su acción en la vida social es lo que constituye esa ciencia que indicamos con el universal nombre de Sociología. Hasta hoy la Sociología era algo firme, algo necesario, sin duda porque se tenían por tales los principios de donde partía. La fe, sea del género que fuere, es siempre exclusivista; quien la tenga no puede transigir con teorías que la contradicen. Nosotros somos más independientes, entramos en el estudio de la sociedad sin presuponer ningún dogma ni principio incommovible. La *experiencia* será nuestra guía, y ella, que tan óptimos resultados ha dato en otras materias esperamos los ha de producir también en la nuestra. Por consiguiente, ningún método tenemos por exclusivo, y al seguir el nuestro quedamos completamente libres para seguir otro cuando nos parezca; como arrancamos de hechos experimentales, podríamos lo mismo partir de principios metafísicos y atenernos a sus consecuencias. Hemos de advertir, sin embargo, que para nosotros esos principios y verdades de los metafísicos tienen el valor de lo desconocido, verdad que no responde con hechos de experiencia sensible, verdad que dejamos en el campo de lo ideal para solaz y consuelo de los aprioristas. Así esperamos marchar alejados del peligro en que tantos naufragan: de ese dogmatismo férreo, fruto de esfuerzos inútiles para reducir a guarismo las diferentes verdades que la realidad nos presenta.

Tenga muy presente todo el que quiera entender nuestra obra, que no nos ocuparemos para nada de la verdad intrínseca de la religión, ni de la fe, ni de la metafísica, ni de la moral. Desconocemos tal verdad, y dado que exista, vive en un mundo heterogéneo al de la experiencia; no nos toca, pues, hablar de ella. El lector advertirá que mentamos la palabra ley, no olvide que con ella significamos solamente cierta uniformidad descubierta en fenómenos diversos, pero nunca necesidad impuesta por causas intrínsecas a los mismos fenómenos. Por la misma razón nuestras conclusiones no son absolutas, su grado de verdad está en relación con el tiempo en que vivimos y con los datos empíricos de que disponemos. Repetimos que lo absoluto y lo contingente son cosas heterogéneas; he ahí por qué no pueden imaginarse conflictos entre los que parten de los primeros y los que nos atenemos a los segundos. Para nosotros no hay más ciencias conocidas que las probadas experimentalmente.

No damos valor alguno a palabras que no respondan a realidades físicas; nos repugna el proceder de aquellos que sin tener datos suficientes para conocer las cosas las ponen un nombre, y sobre esos nombres cimentan luego las ciencias. Los nombres son simples rótulos que no tienen más

(1) Vilfredo PARETO, *Trattato di Sociologia Generale*. En 4.ª, dos vols. de LXXVII-757-887 págs. Firenze, G. Barbera, 1916.

valor que la realidad a que responden. Es preciso primero conocer la cosa y luego darla el nombre, no seguir el camino contrario como hacen los aprioristas. El nombre es lo de menos; en nuestros razonamientos se podrán sustituir por letras, y los resultados obtenidos serán los mismos.

Hasta aquí los extensos preliminares de la obra que reseñamos, no hemos de criticar su extensión, todo eso y más es necesario para entender las doctrinas del autor expuestas de tan libre manera y con una terminología tan poco parecida a la usada por la generalidad de los escritores. Lo que desearíamos mucho es que el autor se sometiera a los ya sobradamente amplios cauces experimentales que aquí nos abre: por desgracia es frecuente el abandono de sus propias normas. Fácil cosa es desechar *a priori* toda idea universal y proponerse la experiencia como juez y guía de todo raciocinio; pero es más fácil aún resbalar en las primeras líneas y hablar de la *sociedad*, de la *humanidad* y, lo que es peor todavía, meterse por campos desconocidos mofándose de las doctrinas más santas, que exigen, al menos, respeto de todo aquel que las toca. No detallamos más; en el discurso de la exposición iremos viendo la verdad de nuestros presentimientos.

Acciones lógicas y acciones no lógicas.—Por las primeras entendemos aquellas acciones cuya relación con el es algo experimental; por acciones *no lógicas* significamos actos que subjetivamente, o a juicio del operante, son aptos para la consecución del fin, pero que en realidad la experiencia nada nos dice de su aptitud o ineptitud final. El remar, por ejemplo, será una acción lógica para arribar al puerto, y el sacrificio de una víctima a Posidón es más bien acción no lógica, *porque la experiencia nada afirma respecto de la aproximación al puerto por medio del sacrificio*. Según nuestra teoría, ni en el remar ni en el sacrificar admitimos necesidad ninguna relativa al fin; desde el momento en que la experiencia nos mostrara un caso de arribo al puerto mediante el sacrificio, desde entonces tendríamos ambas acciones por igualmente lógicas. (Cfr., p. 64.)

El hombre siente una especie de fiebre por convertir en lógicas todas las acciones que no lo son; su afán es siempre explicar, atinar con el *porqué* de todos los acontecimientos. De este instinto *logizador* se siguen importantes consecuencias para los fenómenos sociales. Las mitologías de los antiguos, sus adivinaciones y la participación que conceden a la divinidad en todos los actos de la vida no suelen tener otro origen que el deseo de dar explicación a cosas que no eran patentes por sí mismas. Cuando los cristianos quisieron desterrar del mundo el culto a los ídolos, como no era fácil conseguirlo, gracias a lo arraigadas que estaban en el vulgo las prácticas idolátricas, junto con la convicción de que los dioses obraban en sus quehaceres y en sus vidas, inventaron la idea de que el demonio era quien hacía todo esto, y así pudieron atribuir a él lo que los gentiles creían de sus dioses. De esta manera se logró que las ideas de aquellas gentes siguieran siendo lógicas para ellos y que no sintieran dificultad en admitir una religión nueva que desechaba la de sus antepasados (págs. 95 y sigs.) Esta misma entidad diabólica sirvió a los cristianos de la Edad Media para explicar la causa física y moral de las tempestades, de las enfermedades y de otros

grupos de fenómenos cuya causa desconocían: quiérese decir que mediante el demonio se satisfizo la necesidad que sentía aquel pueblo de convertir en lógicas acciones que no lo eran (pág. 108).

De medios parecidos se valían pueblos más antiguos para conservar sus costumbres y sus tradiciones; el apego que a ellas tenían les hacía inventar razones para comprobarlas. Puede el que quiera extender estas consideraciones a la historia de los espartanos, romanos y atenienses y verá cuanta influencia ejercieron en ella las acciones que llamamos *no lógicas* y cuan equivocados andan, por consiguiente, aquellos historiadores que no dan importancia en sus libros más que a las *acciones lógicas*, en las cuales parece verse la conexión de la causa con el efecto (130 y sigs.)

No le falta razón al señor Pareto en muchos de los conceptos que acabamos de describir. Del todo interesantísima sería su labor si no se metiera para nada con la Religión Católica, donde, mal que le pese, juega papel importantísimo lo sobrenatural.

Querer allanar el camino de la Religión de Jesucristo mediante la sustitución de los dioses por el demonio podrá tener algo de verdad circunstancial; pero no deja de ser una candidez el pensar que aquel vulgo, entre el que se hallaban grandes filósofos, admitiera, porque sí, en lugar de los dioses que creían benéficos, amparadores del hogar, defensores del Imperio, creadores de las glorias romanas, un espíritu que lleva sobre sí el estigma de los males, según la doctrina tradicional de la Iglesia. O muy ignorantes eran los Apóstoles al proponer este cambio, o muy lerdos los gentiles al aceptarlo. Quedemos, pues, que la Religión se propagó por algo más que por la institución de cierto grupo de ideas lógicas.

Los fundamentos del Derecho.—Dada la existencia de las acciones procedentes de cierto instinto, de cierta inclinación que el hombre tiene a obrar en este o en el otro sentido, se sigue la posición de ciertas acciones, las cuales reportan su utilidad al individuo que las produce y a la sociedad que las consiente o aprueba. Una vez que las acciones existen, viene luego el deseo de legalizarlas y de hacer algo persistente y obligatorio costumbres que existen ya de antemano. Esta persistencia de costumbres podríamos llamarla *derecho práctico*, el cual no viene a ser otra cosa que una floración de *acciones no lógicas*. En su empeño de buscar el *porqué* de todas las cosas vienen luego los metafísicos y comienzan por hacer un examen lógico, pseudológico o imaginario del derecho práctico y crean el derecho que llaman fundamental, o sea el *derecho teórico*, el cual procuran afianzar con otros principios extrínsecos, como son: la religión, la autoridad, etc.

Al estudiar las leyes que hoy rigen a la sociedad se observa que ni son del todo lógicas ni tampoco completamente arbitrarias; algo hay en ellas que tiene existencia propia independiente de la libertad y del capricho. Cuantos se ocupan del estudio del Derecho deberían advertir que las leyes parten de *ciertos principios de actividad no lógicos*, los cuales, en comunicación constante con las condiciones externas de la vida, permiten la evolución de los principios y el cambio de leyes. Esto es lo único ajustado a la experiencia.

Pero tal manera de razonar repugna a los metafísicos, a los teólogos y a muchos aficionados al estudio de la teología; son amigos de lo absoluto, de lo objetivo, de lo lógico y, a falta de pruebas experimentales, recurren a términos imprecisos, como son el *consentimiento común*, la *naturaleza*, la *voluntad divina*, etc., etc., de donde sacan luego otros términos no menos vagos, como el *derecho natural*, el *derecho de gentes*, la *recta razón* y otros por el estilo. De aquí se sigue que al querer definir estos últimos usan palabras que tienen más sonido que realidad; definiendo lo desconocido por lo desconocido, mezclaron razonamientos que nunca prueban y llevando al lector, por mil vericuetos, a un fin prefijado por medios que nada tienen que ver con la experiencia. Repetimos, pues, que todas estas teorías y discusiones nacen de la vaga necesidad que sienten los hombres de dar un barniz de lógica a hechos que no se explican, que solamente se palpan (pág. 211).

El lector comprenderá por la rapidez con que avanzamos en las páginas de la obra reseñada, que no traducimos más que el pensamiento del autor, aunque vayamos poniendo en sus labios palabras nuestras como al principio prometimos. Nadie que vea el espíritu de la obra podrá exigirnos crítica razonada de cada uno de los puntos; sería preciso un enorme volumen para su detallada refutación. Tocaremos únicamente lo más fundamental de ella, sin meternos para nada en disquisiciones de cosas secundarias.

Todos los juicios del señor Pareto tienen por base un positivismo crudo. Los términos que para nosotros son universales, abstractos, aplicables *distributivamente* y en igual acepción a una multitud de sujetos, son para él *nociones colectivas*, palabras que expresan un número mayor o menor de hechos; de manera que proposiciones como ésta: todo hombre es mortal, no son más que una recopilación de experiencias, expresadas en una forma sencilla y fácil de retener en la memoria. Según él, nuestros razonamientos deben limitarse a lo que nos digan los hechos; únicamente lo sensible puede ser objeto de nuestros conocimientos; todo lo demás son juegos mentales de cuya realidad nada podemos decir. El dominio de la metafísica nos es, por tanto, absolutamente desconocido, ya que por definición, este campo está sobre toda percepción sensitiva...

Estas ideas, de mil maneras guisadas y mil veces repetidas, campean a lo largo de la obra. Por esto, y a pesar de que nada nuevo añadan al agnosticismo y positivismo corrientes, nos creemos en el deber de añadir cuatro palabras como refutación de las mismas, que, no por ser comunes en ciertas filosofías, dejan de ser errores.

No negamos que todos nuestros conocimientos, por abstractos que sean, tienen su origen en la realidad externa; pero también afirmamos que esta misma realidad nos da fundamento realísimo para extraer esos mismos conceptos universales. Cuando vemos la persona A descubriremos en ella primero el *hombre* y luego las notas individuales de tal hombre. ¿No es la experiencia íntima —último juez, en definidas cuentas, de toda otra experiencia— la que nos da visión clara del *ser* independiente de toda individualidad, de toda corporeidad y sensibilidad? Querer reducir el grado de firmeza o verdad a la mayor o menor acumulación de pruebas experimen-

tales, sin dar valor a ningún otro criterio, es negar el valor de la propia experiencia. Podrá decirse que proposiciones como ésta: el agua hierve a cien grados centígrados, tiene el valor de una infinidad de experiencias de idéntico resultado, y que el valor de aquélla se extenderá hasta donde se extiendan éstas; pero ¿vamos a decir que sola ella y sus semejantes forman los pilares de nuestra ciencia?

No es posible acorralar nuestros juicios con los muros de espacio, tiempo y experiencias verificadas; porque, ¿qué tienen que ver con cercos como esos proposiciones como: la línea recta es la más corta entre dos puntos, todo ser es lo que es, el todo es mayor que la parte? Verdades son estas que están sobre todo factor externo y podemos partir de ellas y discurrir sin miedo de dar un paso fuera de todo género de realidad.

Con este espíritu positivista y agnóstico que rezuma todo el *Trattato di Sociologia Generale* se comprende que resulten imprecisos, vagos y sin sentido los términos *ley natural*, *recta razón*, *voluntad divina*, etc., etc. Si todo lo ha de ser la experiencia física, si ninguna idea que se levante un palmo de ella puede tener valor, es lógico que todo cuanto nosotros ponemos por fundamento del orden social quede allá en las regiones del misterio, con el cual teóricamente no se meten los positivistas, aunque prácticamente no pierden ocasión de vituperarlo de la manera más cínica, que es el proceder de nuestro autor. Con este modo de ver las cosas —rastrero en el sentido etimológico de la palabra— nada tiene de particular que haga depender el valor de una religión de su culto antes que de sus dogmas (t. 1.º, pág. 194) y que niegue exista una fe más razonable que otra, logrando hacer un amasijo de politeísmo, cristianismo, protestantismo y modernismo, guiado por el principio de que todos trascienden por igual a la experiencia; tienen, por tanto, igual valor (pág. 194). Por eso mismo hay muchos derechos y muchas morales, tan verdaderas las unas como las otras (pág. 235), y así se explica, finalmente, que envuelva en idéntica categoría la profecía y el milagro católicos, los hechos telepáticos y las estúpidas adivinaciones de modernos ganapanes (pág. 322).

Por otra parte, en este agnosticismo tan completo respecto de la ley eterna de la ley natural... nada queda tan malparado como el *derecho positivo*. Si de la voluntad divina nada sabemos, si el hombre no lleva impresa en su alma la idea del deber, si no hay una *recta ratio* que permita dar a cada cual lo suyo en los casos del quebrantamiento de la justicia, si nada de esto existe para nosotros, la ley será simplemente un precepto impuesto por la costumbre, corroborado por la fuerza, o impuesto por la fuerza y sufrido por la costumbre, pero nunca una norma fija de bien obrar, ni un freno capaz de reprimir los movimientos internos que abjurán de la ley y no reconocen legislador.

Elementos de una teoría científica.—En tres clasificaciones pueden encerrarse las proposiciones que forman todo género de teorías: 1.ª, *proposiciones descriptivas*: se reducen a simples enunciados que nos dan tan sólo la existencia de tales o cuales fenómenos, por ejemplo: el matrimonio era monogamo entre los romanos; 2.ª, *proposiciones que denotan uniformidad*

experimental; otros las llamarían leyes físicas, tal es la proposición: el agua se solidifica a 0° bajo la presión atmosférica ordinaria; 3.^a, *proposiciones que añaden alguna cosa a la experiencia uniforme*, introduciendo en ellas alguna entidad misteriosa alejada del campo experimental.

Solamente las dos primeras clasificaciones dan origen a teorías rigurosamente científicas; la tercera no es poco lo que hace si al mezclarse con las anteriores no les sirve de estorbo en sus resultados prácticos. Por eso es preciso huir siempre de toda proposición metafísica y supraexperimental si queremos formar una Sociología con carácter de ciencia lógicoexperimental (pág. 268). Gran parte del capítulo IV y V tienen por objeto hacer esta disección en los hechos sociales, separando lo experimental de todo lo que tenga algún sabor de apriorismo.

Residuos y derivaciones.—En todo lo que precede hemos procurado separar la parte lógica o experimental de la que no lo es. Ahora debemos hacer otra disección importantísima entre ciertos sedimentos instintivos, constantes, no lógicos y otra parte deductiva y variable que tiende siempre a justificar y razonar la primera. Nos agradaría señalar estas dos clases de fenómenos con simples letras del alfabeto; pero condescendiendo un tanto con la costumbre que tenemos de dar nombres concretos a las cosas, llamaremos *residuos* a la parte constante e instintiva, y *derivaciones* a la justificativa y variable, y *derivadas* a las proposiciones resultantes de los dos elementos anteriores. Tenemos en filología un parecidísimo fenómeno, cuando de una raíz única se deriva un grupo de palabras, las cuales conservan siempre una idea vaga de su principio; la raíz en nuestro caso será un *residuo*; las palabras, *derivaciones*; y así como se da en el lenguaje unión de raíces, de igual manera tenemos en sociología unión de *residuos* y de *derivaciones*.

Los *residuos* son muy varios; aquí los reduciremos a seis clases, que comprenden: 1.^a *Instinto de las combinaciones*: dicha clase está formada por *residuos* correspondientes a la inclinación que se observa en las cosas, y más en los hombres, de unirse y combinarse en sus múltiples relaciones. 2.^a *Persistencia de los agregados*. Una vez constituídas ciertas combinaciones, el hombre tiende a mantenerlas aferrándose a veces tenazmente a una sociedad constituida. 3.^a *Necesidad vaga de manifestar con actos externos los sentimientos*. 4.^a *Residuos exclusivamente relativos a la sociabilidad*. Comprende los sentimientos de superioridad, autoridad, etc. 5.^a *Integridad del individuo y de su independencia*; y 6.^a *Residuos sexuales* (página 446).

Estos elementos llamados *residuos* juegan, según demuestra el autor, un papel importantísimo en la vida social, su influencia suele ser un tanto solapada las más de las veces. Son algo así como el amor propio de que hablan nuestros ascetas, el cual mansamente se introduce en nuestras acciones, resultando que lo que pensábamos ser hecho por amor de Dios, lo es por amor de nosotros mismos, por nuestro propio interés y comodidad. Ya veremos luego ejemplos de su actuación en la sociedad.

Definición y división de las derivaciones.—Para dar una idea del epígrafe que antecede vamos a traducir literalmente un párrafo de la pág. 4

del vol. II. "Las *derivaciones* tienden siempre a darnos el *porqué* de tal o de cual acción. Las hay de sencillez suma: v. gr: esto se hace así porque *debe* de hacerse así. Sencilla y todo como es esta derivación, comienza ya a descubrirse en ella una entidad misteriosa e indeterminada, *el deber*. Pero el hombre no suele contentarse con esta mera palabra y quiere saber qué es *el deber*. A este interrogante procurarán todos dar respuesta satisfactoria y de las explicaciones vulgares de esa palabra se pasa a otras más abstrusas de metafísicos, aduciendo primero, como fundamento del deber, la *autoridad humana* y luego la de *seres sobrenaturales* aunque personificados y de operaciones semejantes a las de los hombres. Así tenemos la segunda clase de *derivaciones*. Prosiguiendo por este camino se utiliza y abstrae más y más, haciendo que intervengan entidades más obscuras y más abstractas, y formando una larga cadena de deducciones lógicas o pseudológicas se montan teorías que se apellidan ciencias, entre las cuales es preciso contar la metafísica y la teología, y con esto tenemos la tercera clase o grupo de *derivaciones*. La cuarta y última la forman pruebas meramente verbales." En esta última están las explicaciones de pura forma. Así razonamos mil veces al decir, por ejemplo, que hay que vivir tal o cual cosa, que es intenso el dinamismo de la vida, etc., etc., frases todas que valen para salir del paso y para embaucar a los inocentes que nos escuchan, los cuales juzgan que hay grandes profundidades en palabras que ni el mismo que las dice las entiende.

Los factores descritos en relación con la sociedad.—El autor se propone, después de todo esto, dos cuestiones importantes, pero que nosotros no podemos exponer con detención, pues ya vamos siendo más extensos de lo que pide el examen de una obra aunque sea tan voluminosa como la presente. Las cuestiones son éstas: 1.ª ¿Cómo obran los residuos en las derivaciones? 2.ª ¿En qué relación está esa influencia mutua con la utilidad social? Dejando a un lado, por abreviar, cuestiones teóricas, vamos a citar algunos ejemplos, los cuales nos dan una idea general del pensamiento completo del autor.

Todos podemos recordar la lucha sostenida entre Italia y Turquía poco antes de la guerra europea. Italia ardía en deseos de hacerse dueña de Trípoli. Con motivo de la desaparición de una niña italiana en tierras otomanas se declaró la guerra a Turquía, y de aquella niña, que había servido de pretexto para declarar la guerra, ya nadie se volvió a acordar. Decíase también que había que librar a los árabes de la barbarie turca, y, en fin, así como en otros tiempos se acudía al pretexto de la religión para hacer la guerra cuando convenía, entonces se acudió al *santo progreso* y a la *santísima civilización* para desterrar el *salvajismo* de entre los *pueblos civilizados*. ¿Qué nos descubre esta frecuente manera de obrar? Instintos, deseos, avaricia, *residuos* internos, cuya fea desnudez se cubre con razones especiosas, con *derivaciones* múltiples para poder realizarlos con mayor tranquilidad de ánimo.

Otro ejemplo. Se cree muchas veces que las arengas, viajes y fatigas de ciertos políticos tienen por objeto aquello que anuncian en sus bravatas —y

no hay semejante cosa—; lo que buscan es ser diputados, presidentes de una república o simples mangoneadores de un sindicato de zapateros. Esta es la verdad y todo lo otro es inventar de razones para no ser apedreado. ¡Pobre político el que al subir a la tribuna popular dijera: “Dadme el voto, que me conviene!”; sin embargo, si fuera franco, así debía hablar; pero, claro, de esta manera jamás tendría efecto ese solapado *residuo* causa de tantos esfuerzos y de tantos embustes.

Lo mismo acontece con la mayoría de nuestros *diarios*. Se dan a defender doctrinas o tendencias con vehemencia y calor. Los cándidos se figuran que es la convicción la que impulsa a esos escritores, y la verdad no suele ser esa: si observaran las cosas un poco más de cerca, verían que casi todos esos diarios, “sin excluir los de los socialistas”, están vendidos a la plutocracia. Observarían que quien firma es un periodista, pero el que habla es un gobierno, una compañía, un diputado o también un individuo que se desvive por contemplar su nombre en el final de un artículo. Todo el artículo es, pues, un vestido, una *derivación* que recubre el *residuo* del interés (II, 293...).

Influencia de estos factores en los fenómenos sociales.—Las vueltas y revueltas de la sociedad civil obedecen casi siempre a la preponderancia de los fenómenos descritos. Así, por ejemplo, la aristocracia tiene un origen real; en un principio correspondía el nombre a la cosa: el guerrero victorioso, el próspero comerciante, el plutócrata enriqueciéndose... eran hombres que, cada cual en su esfera, sobresalían del común del vulgo; eran verdaderamente aristócratas. Pero una vez arriba, los *residuos* que les auparon parece como que se duermen, y en seguida comienza el descenso, y los encumbrados se igualan y por fin desaparecen. “La historia es un cementerio de aristocracias.”

Claro es que estos cambios de ascenso y descenso no son repentinos; los de arriba procuran mantener el *statu quo*, por la cuenta que les tiene; van cediendo poco a poco, y a imitación del Imperio romano, compran la paz a los bastardos con dinero y con hombres. Así Luis XVI de Francia pudo llegar, cediendo siempre, a las puertas de la revolución; así la aristocracia inglesa prolongó su poder hasta hace pocos años, y por igual procedimiento van tirando los gobiernos monárquicos de hoy, ofreciendo lo que negaron tantas veces a cambio de que se les perdone la vida unos años más. Luchan *residuos* con *residuos*, se inventan *derivaciones* a fin de explicar de alguna manera la mísera posición de ciertos organismos sociales. (Cfr. cap. XI.)

Formas sociales.—Los elementos de que depende la forma concreta de una sociedad dada son muy diversos. Pueden agruparse en tres núcleos principales: 1.º Elementos de suelo, clima, flora, etc. 2.º Influencia de pueblos circunvecinos. Y 3.º Elementos internos... intereses, *residuos*, etc. La explanación de este último grupo forma el contenido de los dos últimos capítulos de la obra. Como ya hemos tocado un poco en lo que antecede esta materia, no añadiremos más que lo indispensable para cerrar esta ya sobradamente extensa exposición.

Utilidad y prosperidad.—Así como todo sistema atómico o molecular tiene sus propiedades eléctricas, térmicas y demás, de manera análoga fluyen del sistema social propiedades particulares que lo dan a conocer. Entre dichas cualidades hay una muy notable que se llama vulgarmente utilidad. Sería inútil tratar de buscar su definición; esto queda para los metafísicos acostumbrados a reflejar sobre la realidad sus datos preconcebidos en vez de tomar de ella los únicos que deben concebirse (pág. 501).

Sea de ello lo que quiera, lo indudable es que la *utilidad* de una fracción importante basta para conservar por largo tiempo una sociedad. La utilidad es cosa muy subjetiva: actualmente se nota en los sectores de abajo un empeño decidido por trastornar el orden de cosas existente y todo en nombre de la *santa democracia*; si los papeles se tornaran tendríamos idéntico fenómeno en nombre de la *santa monarquía* y *santísima aristocracia*. Todo ello no son sino excusas, derivaciones para alcanzar su propia comodidad (pág. 532).

Este *residuo* utilitario es lo que da estabilidad a las sociedades. El gobierno que quiere sostenerse en el poder por un espacio largo de tiempo procura adivinar las inclinaciones, las *utilidades* de las masas, cede conforme a ellas, y las masas le vitorean: este suele ser el proceder de todo conservador, en el más amplio sentido de la palabra. Es por de más curioso ver la astucia con que ciertos gobernantes saben salirse con la suya. Citaremos un ejemplo vivo, el cual vale por muchos razonamientos.

“Los *especuladores* latinos”, es decir, aquellos que en todo están al negocio y a los cuales todo eso de honor y caballerosidad suena a cosas sin sentido, esos, digo, se han valido durante muchos años de los *residuos* anticlericales que existían en el bajo pueblo para sus logros particulares. Han procurado poner ante los ojos del vulgo esta pantalla antirreligiosa a fin de que el vulgo no advirtiera sus manejos de enriquecimiento. Así mientras el incauto pueblo bramaba contra el poder temporal del Papa, contra su infalibilidad, contra las órdenes religiosas y contra otros parecidos tópicos, ellos, los *especuladores*, los que azuzaban, iban llenando el bolsillo. Sus mismos adversarios, atacándoles en consonancia con los temas religiosos, fueron parte para distraer la atención pública, y mientras ninguno de aquéllos ha conseguido nada, los *vividores* tienen hoy mucho poder y más dinero (pág. 670).

Los *residuos* de las clases primera y segunda son los que dan principalmente carácter a la sociedad. Combinándose entre sí, preponderando cuándo unos y cuándo otros, son causa influyente de la paz lo mismo que de las conmociones sociales.

Con lo dicho nos parece hay lo suficiente para formarse idea de lo que es la *Sociología General* y de su valor. En toda ella se nota perspicacia nada común en desentrañar y exponer los fenómenos puramente naturales que ocurren en la sociedad. Lástima grande es que le dé al autor por meterse con tanta frecuencia en el proceder de una sociedad tan sobrenatural como la Iglesia católica. Siempre que se roza con ella pierde equilibrio y fuerza su raciocinio. Menciona repetidas veces la Santa Escritura y no tiene em-

pacho en revolverla con otros folios de sectas repugnantes a toda persona culta, dando también por definitivo contra ella datos que sólo él llama científicos, sin duda por el olvido o la ignorancia que tiene de su definitiva refutación (II, 33).

Otra confusión lamentable y frecuentísima es la de teología católica con la de algún teólogo (II, 125) y la de las locuras de algún hechicero bautizado con la doctrina católica (I, 439). Para él cualquier cosa puede ser teología; cualquier abstracción, sobrenatural (I, 355), y metafísica, cualquier aberración ininteligible (I, 442). Las obras de nuestros santos y las mortificaciones de nuestros ascetas en nada se diferencian, según él, de las cruentas y salvajes carnicerías de los santones musulmanes y de las de fanáticos de otras sectas (I, 614). Nada de eso nos extraña; lo raro sería que llegara a conclusiones distintas por el camino que emprende y sigue. Si no se admite, por hipótesis, más que materia, lo que huele a espíritu y no pueda negarse se lo hace material. Lamenta el señor Pareto el proceder de los metafísicos que, según él cree, proyectan sobre la realidad sus cavilaciones, sin tener en cuenta los hechos de la experiencia (cosa bien difícil de admitir por la dificultad de negar la verdadera experiencia) y no se fija que él comete un pecado mayor al aplicar las normas del mundo físico al mundo sobrenatural, que él por completo ignora.

Nada nos ha herido tanto, en la lectura de la presente obra, en cuantos juicios expone contrarios a nuestras convicciones y creencias, como las necedades (no hallamos término más correcto para calificarlas) que aporta al hablar del último de los residuos, el *sexual*. Nos repugna especificar nada respecto a sus osadías contra los Santos Padres cuando llega a decir que sus himnos a la virginidad y a la castidad son efecto de bajos instintos, los cuales exponían de esta forma por no atreverse a exteriorizarlos de otro modo. Tampoco diremos nada de sus ligerezas frente a expresiones que nosotros usamos con mucha frecuencia, como la de llamar a la Iglesia Esposa de Jesucristo y a Cristo Esposo de las almas castas; comprendemos, después de todo, que no vea más que carne el que todo es carne, como el que mira al través del cristal de color lo ve todo manchado. Lo más intolerable es que con este mismo espíritu trate de explicar nuestro culto a la Virgen María. Para corroborar sus desvaríos cita al impío Baile (I, 721); ciertamente que para desatinos tan mayúsculos no podía topar con mejor santo padre.

No insistimos en estos puntos; su más firme refutación será el silencio. Suba, si quiere, el autor unas gradas más arriba, pues nosotros no podemos descender a lugar de tanto fango.

Como síntesis de todos los repasos que venimos haciendo a las teorías del señor Pareto hemos de añadir, por último, que se equivocó gravemente al clasificar los géneros de *residuos*: puso seis y se olvidó del séptimo, el *experimentalismo*, precisamente el que el autor padece y contra el que debía haberse armado de todos los remedios que él receta para combatir los restantes. Con sólo esto hubiera evitado la mayor parte de sus errores y de nuestras discrepancias.

SOLUCIONES A LA CUESTIÓN SOCIAL

Como era de esperar, en tiempos tan azarosos como los que estamos atravesando, forman legión los sociólogos de nuestra patria que ponen, como hoy se dice, a contribución su inteligencia, su voluntad y sus esfuerzos para resolver estas magnas cuestiones que traen de cabeza a todas las clases sociales. Por lo mismo que son muchos no podemos dar cuenta de todas las obras de actualidad que han visto la luz pública en este último período.

Entre los diversos medios que hoy privan para comunicar al vulgo el sentir de los pensadores, ocupan lugar preferente las conferencias. Parece que, temerosos los hombres de que no haya quien lea sus libros o de que lleguen tarde sus soluciones, creen un deber el acercarse ellos mismos a los oídos de las masas para alentar sus justas aspiraciones o para destruir sus más o menos equivocados conceptos de felicidad.

El padre Zugasti, de la Compañía de Jesús, dió en el teatro de Castrourdiales una serie de conferencias en las que con sencillez y serenidad expuso a las clases trabajadoras particularmente algunos rasgos principales de la sociología cristiana (1).

Conocedor, sin duda, el padre Zugasti de la relativa comprensión y cultura del obrero, procura, con éxito indiscutible, dar claridad y transparencia a sus expresiones.

Comienza planteando el problema de la existencia y calidad de la cuestión social. León XIII la describe en la encíclica *Rerum novarum*, y cualquiera de nosotros la palpa en cuantos incidentes acontecen en nuestros días. Elemento fundamental que constituye este magno problema es la *irreligión*. El niño la bebe en su inocencia: el desastre de la vida familiar debido a la separación forzosa de sus elementos en busca de un pedazo de pan, hace que los niños crezcan sin educación, sin moralidad y sin ideas religiosas. Estos niños llegan a ser hombres y entonces se manifiestan con actos de barbarie los defectos de la educación. A la cuestión religiosa se junta la forma actual de la producción: el maquinismo, la irregularidad de la vida económica del obrero y a veces la sobreproducción son puntos capitales de donde proceden los grandes problemas que hoy nos toca a todos resolver.

A la conferencia anterior sigue un examen detallado y sereno de la igualdad soñada por los socialistas y la relativa igualdad a que se puede aspirar según la doctrina cristiana. La exposición de los principios marxistas y su refutación ocupan la tercera conferencia, viniendo luego a la cuestión capital del socialismo: *el derecho de propiedad*. Según Carlos Marx, el derecho a la existencia, el derecho al trabajo y el derecho a todo el fruto del trabajo son tres atribuciones del obrero que en el actual régimen

(1) P. J. Ant. ZUGASTI, *Algunos problemas sociales*. En 8.º, 243 págs. Madrid, Hijos de Gregorio del Amo, 1919.

están preteridas y conculcadas. "Es, por tanto, necesario, añade Marx, destruir la propiedad privada y establecer el socialismo, donde los derechos de todos estarán mejor atendidos." El autor se esfuerza en hacer ver que estos males hoy experimentados no provienen precisamente del régimen capitalista, sino del abuso de algunos capitalistas; de aquí que el medio no será el cambio del actual régimen, sino la represión de esos malos capitalistas.

El ilustre conferenciante nos va a permitir alguna observación.

Cuando se trata de escribir una obra, como se han escrito tantas, para refutar el socialismo, está, a nuestro parecer, muy bien que se tomen los principales autores del campo contrario, que se refuten, si es posible, sus ideas fundamentales y se pulvericen hasta los últimos residuos del nuevo sistema económico que tiende a imponerse. Pero esto, que al escribir un libro podría ser lo mejor, puede resultar lo más inútil cuando se habla con un público en su mayoría obrero. Para las masas trabajadoras Marx fué un socialista como ellos y no ellos socialistas cortados según el patrón propuesto en *El Capital* por el padre del socialismo. El libro del obrero suele ser el periódico, y más que el periódico su propia experiencia. El ve que vive harto de trabajos; que otros muchos, sin pasar tantos, se enriquecen fabulosamente; que unos extraordinariamente gozan y otros sufren horrosamente; a su rudo entender, quien trabaja es el obrero y quien cobra el amo, una minoría lo tiene todo y una multitud carece de la mayor parte. Esto les parece a todos verlo y palparlo y esto suele ser lo que a diario les exaspera y subleva. El que trate de hacerlos entrar en razón debe entrarse él antes por esta selva de *prejuicios*, y resolverlos dando al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Debe procurar "dar pronto y oportuno remedio a los hombres de la íntima clase, puesto caso que sin merecerlo se hallan la mayor parte en una condición desgraciada y calamitosa". (*Rerum novarum*). Traído al caso, quiere esto significar que, tratándose de conferencias obreras, leeríamos con más gusto la explicación serena y confortadora de estos hechos consumados que la refutación de los principios debatidos.

También nos sabe a poco aquella receta de "corrijamos los abusos que del régimen capitalista hacen este o aquel capitalista, pero no lo destruyamos" (pág. 63). Fácilmente se dice reprimamos los abusos; en el código de Amurabi constan ya consejos como éste. Lo malo es que no se han reprimido todavía. El capital sisa cuanto puede al obrero, y el obrero trabaja lo menos que puede para el capital. Sin que aprobemos ni a cien leguas los sueños de Marx, ¿no es cierto que estos fenómenos se dan con más frecuencia por la separación absoluta que reina hoy entre el capital y el trabajo? ¿No es evidente que el esfuerzo del trabajador sería mayor y más leal si la producción y el capital le tocaran más de cerca? Nos parece muy probable que mientras se mantenga esta separación absoluta del factor capitalista y del factor trabajo todos los remedios que se apliquen al problema serán como raer la hierba hoy para que se reproduzca mañana. Verdaderamente que ninguna de las amenazas de que somos víctimas, bastan para convencer-

nos de una destrucción *permanente* de la prosperidad privada y del pacífico régimen del colectivismo; sin embargo, es evidente un cambio profundo en el concepto individualista, que es el que aún priva, del derecho de propiedad; y ante esta evidencia no es posible afirmar seriamente que “entonces, cuando venga eso, cuando suceda eso, ya lo estudiaremos”. No hace falta ser “profeta ni hijo de profeta” para saber que algo de eso está viniendo; y por lo mismo que a “nosotros nos toca vivir aquí, en la sociedad actual, con los medios actuales, en el ambiente actual, en las circunstancias de hoy” pág. 67), debemos preocuparnos de algo más que de impedir ciertos abusos del capital, sin tocar en la misma esencia del régimen.

En el desarrollo del mismo tema y después de citar a Pío X, el cual dice que de la propiedad privada “puede cada cual disponer de ella *razonablemente* como le parezca”, añade un poco más adelante el autor; “El obrero que transformó su salario en aquella finca, tiene derecho a ella, como el que ha hecho esta mesa con clavos y madera suya, la ha hecho suya propia y *la puede quemar y deshacer cuando le plazca...*” Nosotros no comprendemos cómo puede hacerse esto con la mesa —y quien dice con la mesa dice con el dinero, con los alimentos, etc.— y usar *razonablemente* de la propiedad, que es lo que pide el Papa. En una sociedad individualista, egoísta y anticristiana se concibe; pero en otra que tenga conciencia de sus deberes sociales y de la justicia social, eso de *poder quemar* el objeto de la propiedad privada se nos antoja un avance demasiado peligroso en la resolución de los problemas sociales.

La quinta conferencia sobre la familia está admirablemente planeada y desarrollada con gran fuerza de persuasión. Sin matrimonio no es posible sociedad conyugal duradera ni costumbres arregladas.

En toda sociedad, aunque no tan simple como la familiar, es preciso autoridad en una de las partes. El querer igualar en todo a la mujer con el hombre, lejos de ser una ventaja y un honor para la mujer, resultaría una depresión para ella. Cada cual tiene sus cualidades naturales que le hacen superior en su género. *Comunizarlos*, trastornar los papeles, es como querer que los peces vuelen y que las aves naden en el agua. Todos los remedios o sustitutos que algunos filósofos propinan para subir la familia cristiana son elucubraciones que no darían más que salvajismo en la realidad. Todo esto es exactísimo.

Los que no nos parecen tan exactos son algunos conceptos de la conferencia siguiente: *La Religión en el socialismo y en el cristianismo*. “El fundamento del socialismo —dice el padre Zugasti— se halla en contradicción palmaria, no sólo con el cristianismo sino con toda la religión.” Para demostrarlo se aducen algunos textos de exaltados socialistas que así parecen suponerlo. Pero esto no basta; pudieran aducirse otros tantos de socialistas más serenos que dicen todo lo contrario. Pudiera citarse el ejemplo del socialismo germano, que considera prácticamente la religión en toda su libertad. No soy yo quien lo afirmo, es un alemán, ferviente católico, el cual no hace mucho decía en las columnas de uno de nuestros mejores diarios lo siguiente... “Hay que reconocer que los socialistas entienden las

palabras libertad de conciencia de modo mucho más sincero que nuestros liberales y (hay que decirlo también) que los conservadores de Alemania. Además, hay que notar que en el campo socialista también se observa cierto cambio de apreciación en cuestiones religiosas... Muchos hablan noblemente de la Religión Católica y varios se expresan en un sentido muy simpático, proponiendo una unión entre los socialistas y la Religión Cristiana." Pudiera citarse —como lo hacía un orador en un mitin social-católico en el teatro Romea de Madrid— el ejemplo de la misma Rusia, donde se han ensañado contra todo menos contra la Religión, no sabiéndose apenas de desafuero alguno cometido contra personas precisamente por ser religiosas. ¿Qué prueba todo esto? Supongo no habrá nadie que crea que los que así se conducen han dejado de ser socialistas. Es que cuando se miran las cosas despacio se llega a la convicción de que la antítesis del socialismo no es la Religión sino el individualismo liberal; es que, a la verdad, no hay tanta oposición como algunos juzgan entre muchos postulados del sistema socialista y el espíritu bondadoso de la Religión Cristiana. —

En la última de las conferencias, que podríamos llamar doctrinales, aboga por la unión de clases mediante la caridad, contra tantos que predicán hoy la lucha y desmembramiento de las clases superiores. "Es preciso —añade— que todos, obreros y patronos, pongan lo que libremente estipularon." A este propósito, y en conformidad con lo expuesto por Pío X, hace un detallado recuento de los deberes del trabajador y del que acepta su trabajo.

Su obra concluye atinadamente con cuatro conferencias de orden práctico sobre las Cajas de Raffeisen, La Crisis de la Agricultura y sus Remedios, Sindicatos Agrícolas y Federación de los mismos.

La obra del padre Zugasti es, en su conjunto, de gran utilidad para todos. Sin duda que en forma de libro producirá aún más efecto que como palabra escuchada directamente, pues como hemos indicado, los conceptos de toda ella piden reflexión, por tratarse de principios originarios de los trastornos que venimos experimentando.

Muchos sociólogos hubo que, aturdidos por el estruendo de la pasada guerra, juzgaron que no había ya por qué preocuparse de las doctrinas socialistas: "La Internacional ha muerto —decían—; las clases sociales se han unido en las trincheras, la idea de patria ha recobrado todo su valor, el socialismo se ha desvanecido..." Esto que muchos creyeron no pudo vencer a los hombres reflexivos, entre los que figuran como en primera línea el padre Teodoro Rodríguez, que por ese mismo tiempo publicó *El Sindicalismo y el problema social* (1), en el cual adivina para el porvenir todo lo contrario de lo que aquéllos se figuraban, precisamente lo que está hoy aconteciendo. He aquí algunas de sus palabras: "Al terminar la gue-

(1) Nuestra Revista se ha ocupado más de una vez de este insigne sociólogo agustino (véanse los *Boletines sociales* de los números 34 y 49), por lo cual en el presente no hablaremos más que de la obra indicada.

rra volverán los obreros a mirar sólo a sus intereses, a oír hablar sólo de éstos sin relacionarlos para nada con los legítimos del patrono...; a su vez los patronos volverán a relacionarse y a unirse entre sí para hablar de negocios, del rendimiento de los mismos..., sin oír la voz de los obreros, cuyos derechos legítimos no pueden olvidarse ni desconocerse (pág. 25). Por eso nada prueba lo del fracaso del ideario social moderno como argumento de que la sociedad después de la guerra, haya de tomar nuevos rumbos y orientaciones. Las enseñanzas nuevas que pueden desprenderse de la guerra tardan muchísimo en penetrar en las masas (pág. 33). En suma, que la guerra dejará planteado el problema social en la misma forma que lo encontró, habiendo sólo detenido por algún tiempo su natural proceso y desenvolvimiento y habiendo alterado algo accidental o indirectamente las variables que lo integran" (pág. 39). Así ha acontecido, en efecto, como el autor auguraba. Las mismas razones que los optimistas tenían para ver en el futuro un horizonte de paz tradicional se han convertido en instrumentos de una guerra más feroz que la que ha terminado. Es preciso, pues, buscar remedios para conjurar la gran tormenta que se nos aproxima. El padre Rodríguez cree que se deben buscar soluciones dentro del régimen del salariado; supuesto que el salario ha existido siempre en una o en otra forma, es de presumir que seguirá existiendo y que la cuestión social ha de resolverse con este consumado hecho por base; por tanto, nuestros esfuerzos han de encaminarse a suavizar en lo posible las relaciones entre patronos y obreros.

Después de descartar los *sindicatos mixtos* por inadecuados y por peligrosos los puros, pasa a exponer un sidicalismo integral, así apellidado por entrar también en su formación el factor consumidor a más del patrono y del obrero que han formado todas las anteriores organizaciones productoras.

He aquí lo que sería, según el padre Rodríguez, un sindicato integral: "De esta nueva entidad podrían ser socios todos los que comulgasen en las ideas que habían de formar la institución y quisieran cooperar con su trabajo, su dinero... al mejoramiento de la clase obrera en particular y al de todas las demás clases en general... Los nombramientos de la Junta directiva de la Sociedad recaerían en cualquiera de los socios, sin distribución de clases ni profesiones... Dentro de la referida institución habría otras instituciones subalternas, como cajas de ahorros, préstamos, etc., las cuales organizaría la general Junta directiva... La educación o enseñanza de los socios, tan perfecta como fuera posible, habría de ser función primordial y universal de esta institución. Los gastos pecuniarios que todo esto exigiría se habrían de cubrir con las cuotas de los socios, que para los obreros no habría de ser superior a 0,50 pesetas mensuales... Los dichos socios no debían utilizar otros servicios ni otros mercados que los de la institución; de este modo comerciantes y clientela, patronos y obreros... tendrían sumo interés en pertenecer al Sindicato Integral y considerarían como grave castigo el ser arrojados de él; esta, pues, sería la pena última de los rebeldes que no quisieran acatar las disposiciones de la asamblea" (págs. 91 a 98). Termina ponderando la necesidad de actuar por todos los medios, sobre todo,

por la prensa y el teatro, las propagandas sanas, hasta lograr imponerse a tanta desvergüenza y utopismo como se predica en todas partes.

Respecto a la perpetuidad del salario, que el padre Rodríguez cree como muy probable, algo hemos indicado ya en la precedente exposición del libro del padre Zugasti. Por lo que al Sindicato integral se refiere, descrito por el autor con mayor amplitud y también con alguna mayor confianza en su obra *Sindicalismo y Cristianismo*, nos parece de perlas, tanto más cuanto que apenas se hace precisa una tarea tan desabrida como su fundación. En efecto, la sociedad misma en que vivimos es una entidad que conviene esencialmente con el Sindicato integral del padre Rodríguez: donde él dice socios, póngase ciudadanos, llámese cuotas las contribuciones, permanezca el sufragio universal, sea la cárcel un destierro, actívese la propaganda éticorreligiosa, trabajemos todos cuanto podamos, unamos nuestros esfuerzos y la sociedad está salvada. Todo muy bien; pero aquí nos parece estar viendo el molino del cuento edificado en la loma de una sierra, construido admirablemente, pero que no tenía agua, ni por donde le pudiera venir. En el caso presente sucede algo parecido; el Sindicato integral está muy bien, pero no muele porque no hay desinterés, no hay moralidad, no hay conciencia, no hay justicia, no hay agua. Lo preciso, lo necesario es situar el edificio en tal punto que sea viable un cauce descendente, por donde puedan correr con facilidad esas aguas de que tan necesitada está la sociedad de hoy. A nuestro humilde parecer es preferible, a subir el río hasta la cima del monte, bajar el molino hasta las orillas del río. Todo lo demás va a ser lo que está siendo: muchos lambicazos para soñar con harina y hartarnos de hambre.

El Sindicalismo en la teoría y en la práctica (1).— He aquí un libro de perfectísima actualidad: la cuestión social en España durante 1919, y aun no sé si algo del 20, ocupan todas sus páginas. Día por día se van describiendo los múltiples conflictos a que ha dado lugar el sindicalismo rojo durante el pasado año. En él se dilucidan muchos puntos que la prensa diaria, en su afán de dar noticias, suele embrollar. Con documentos fehacientes y con datos concretos se procura depurar la responsabilidad de los diversos elementos que han tomado parte en las ruidosas contiendas que en el campo social se vienen desarrollando. Con su lectura reposada se aprende a juzgar del terrorífico sindicalismo y de la no pequeña parte de culpa que a la clase patronal alcanza en los males que venimos sufriendo. La famosa huelga de "La Canadiense" de febrero de 1919, la general de la primera quincena de abril, las algaradas del catalanismo, los recientes crímenes sociales y algunos otros importantísimos hechos se comprenden a través de las páginas de este libro mucho mejor que en las columnas del periódico, donde la pasión suele cegar aun a los más serenos. El señor Solano da muestras de hombre exquisitamente equilibrado, hasta tal punto que, después de leído su libro, no sabemos adónde apunta la intención del autor. Presenta he-

(1) E. G. SOLANO, *El sindicalismo en la teoría y en la práctica*. Barcelona, 1920.

chos, aduce datos, estampa documentos y deja al lector que se deleite con la verdad, más o menos clara, que de todo se deduce.

Estos conceptos ocupan la mayor parte de la obra, o sea "el sindicalismo en la práctica". Antes de entrarse en estos hechos históricos da una somera idea de lo que es el sindicalismo y de su primitiva y original constitución. También aquí hay no poco de aprovechable; entre otras cosas la fina observación de que el sindicalismo se ha formado gracias a las condiciones de pobreza y de insuficiencia de la clase obrera más que a las profundas y sutiles disquisiciones de sociólogos de gabinete.

Con toda imparcialidad, pues, recomendamos la presente obra a cuantos quieran estar al tanto, y saber algo con certeza, de las diferentes revueltas sufridas últimamente por las sociedades de nuestra producción industrial.

Por encuadrar perfectamente en un boletín de materias sociológicas dedicaremos aquí unas líneas a la *Psicología del pueblo español* (2.^a edición) de don Rafael Altamira. En sus primeras páginas se aquilata el sentido vago de la palabra *patria*. "La patria —dice el señor Altamira— no la forma tanto el pedazo de suelo sobre que se asienta una sociedad, cuanto la existencia de un espíritu común en el grupo, salvo en lo que el suelo influye en formar ese espíritu." (Pág. 56.) Después de descartar las arbitrariedades de algunos psicólogos como las de aquellos que distinguieron en la misma Europa el *homo europeus*, el *alpinus* y *mediterraneus*, escalonando su virtud civilizadora de un modo infundado, y después de negar la confraternidad universal efectiva y, sobre todo, la unificación de todas las energías humanas entre todas las sociedades terrenas, opta por la intensificación de toda la energía educadora que se descubra en cualquier rincón de la tierra. Rectificando el concepto, que tanto abunda, de civilización externa sin base firme y segura, dice en la página 69: "Yo sinceramente me pregunto si ciertas naciones, muy desarrolladas en no pocas esferas de la civilización moderna (y no sólo en lo material sino también en lo intelectual), prestan con esto a la especie un favor que no exceda, ni aun compense, el ejemplo terrible, desmoralizador, verdaderamente bárbaro, que le dan con los procedimientos de falsedad, de maquiavelismo, de rapacidad, de injusticia, de dureza que sistemática y reflexivamente siguen en las relaciones internacionales y en el trato con los pueblos inferiores o *con ciertos elementos sociales de su propia nacionalidad o Estado...* El pesimismo que esto crea, la perpetuación que produce de una moral (de una inmoralidad más bien) egoísta; la creencia que ayuda a mantener en la superioridad de la fuerza bruta sobre el derecho; la superstición que origina respecto de la esencialidad y la fatalidad de la llamada "lucha por la existencia", ¿no son acaso males terribles para el progreso fundamental de la sociedad, al lado de los cuales pierden, si no todo, gran parte de su valor los adelantos de las artes y de la industria, los refinamientos de la cultura científica, convertida en placer solitario de una minoría o en instrumento de dominación y no en bálsamo que calme las malas pasiones y mejore la voluntad?"

Hemos transcrito íntegro este párrafo que apunta a métodos civilizadores de otros países que no son España, para que vean el pensamiento de un perspicaz historiador los que, entre los nuestros, hablan tan a la ligera de sistemas civilizadores extraños en contraposición a la manera con que el espíritu español penetró en la espesura de los bosques. Saquen también su moraleja los que se desviven por remediar las necesidades de clases inferiores con ejemplos parecidos a los reprobados por el autor de este libro.

Después de este primer capítulo entra de lleno en el desarrollo del tema sobre nuestra psicología nacional. Si hemos de ser francos, diremos que se extiende demasiado en estos conceptos. Yo no sé si por temperamento o por convicción, es lo cierto que todas esas descripciones psicológicas de un pueblo, hágalas quien las haga, nos parecen tan faltas de firmeza como los célebres pronósticos de los viejos horóscopos.

Dice Balmes en *El Protestantismo* que se puede probar con la historia en la mano cualquier cosa que se halle en la cabeza revuelta con una miaja de interés. Todo está en revolver infolios, y malo será que en la historia de veinte siglos no aparezcan veinticinco razones para probar una sinrazón. Todo esto acontecerá siempre que se trate de formar una psicología nacional. El mismo cúmulo de argumentos podría reunir un Masdeu para decir que los españoles somos "fieles vasallos, humanos, cortesés, justicieros, tiernos y constantes", que un don Lucas Malla para tacharnos de "flojos, soñadores, perezosos, rutinarios, ignorantes, altivos, ligeros y fatalistas". Estos fallos dependen de ordinario de la mentalidad subjetiva. Recuérdese a este propósito lo que eran para muchos franceses los alemanes de hace media docena de años y lo que son hoy después de haberles elevado el agua al cuello por espacio de cincuenta meses. ¡De qué diferente manera se han descrito los caracteres de los pueblos centrales antes y después de la guerra! Nada impide, sin embargo, que reconozcamos bastante exactitud en la puntualización de algunos defectos notables de nuestro pueblo. Sin duda que uno de nuestros males de hoy es ese afán de separatismo —no político precisamente, como algunos juzgan, sino espiritual— que reina en varias regiones; cierto que es bastante común la desestimación que de lo propio tenemos y la carencia de sacrificio en provecho de la comunidad...; pero todo ello, como el mismo autor reconoce, son fenómenos pasajeros, perfectamente curables, los cuales no dan derecho a detenerse en largas disquisiciones sobre la psicología de los españoles, cosa que supone algo inveterado y permanente. Se equivocaría, pues, el que viniera a buscar certeza en este género de ideas en la obra del señor Altamira. Su mérito sobresaliente, su utilidad más palpable está en un conjunto de optimismos, de levantados pensamientos patrióticos, de advertencias a la incauta juventud para preservarla de la roña del antiespañolismo y también de su acertada acometida contra los negros prejuicios que fuera de España corren contra nuestra querida tierra. Bébase aquí, en este libro, ánimo, confianza, optimismo, cosas de que tan faltos están la mayoría de los que tratan de nuestras cosas. Otra de sus ideas, verdaderamente feliz, expuesta en los últimos capítulos es la de "extender la Universidad" a la vida práctica, sin permi-

tir en adelante que siga siendo un palacio de moros sin ventanas a la calle, como lo son las que tenemos en la actualidad. He aquí cómo se expresa respecto al papel que la Universidad debe desempeñar entre la clase obrera: "Su misión (de la Universidad) con respecto de los proletarios, no consiste en *instruir* sino en *educar*. No se preocupe, en primer término, de comunicar ciencia, de ensanchar los conocimientos, el saber concreto, de ampliar el por menor en el contenido de cada materia, sino de elevar el espíritu, de abrirle horizontes nuevos, de dignificarlo, de ponerlo en condiciones para que guste y paladee los grandes goces de la inteligencia, que dan a la vida mayores encantos, y compensar la monótona, y al cabo embrutecedora, repetición de un trabajo mecánico casi invariable." (Pág. 250.) Todo ello nos parece de suma actualidad. Y ya que de actualidad hablamos, permítanos el ilustre historiador añadir que, a nuestro parecer, son demasiado ligeras las variantes introducidas en esta última edición. Tal vez la misma elasticidad de la materia dé lugar para la aplicación de juicios proferidos a fines del siglo pasado a la España actual; no obstante, cualquiera comprende que desde 1902 hasta hoy ha llovido mucho, como vulgarmente se dice. Por todo lo cual juzgamos que obras sobre la psicología de un pueblo, sobre la malevolencia de extraños y pesimismo de los caseros, respecto del mismo, escritas a principios de este siglo, mejor que corregidas y aumentadas estarían refundidas y disminuídas al darlas a luz en 1919.

Cerraremos el presente Boletín con la exposición de una interesante obra de don Luis de Cuenca y Pessino (1), caballero, según se revela en el libro, de los pocos que restan de aquellos antiguos y macizos cristianos que ven en la Iglesia la propulsora y directora de todo progreso, y que en sus máximas, y sólo en ellas, encuentran la solución a las magnas cuestiones que siguen ejercitando las asambleas de todos los prudentes y las inteligencias de todos los sabios. Tal vez esta misma compenetración que tiene y siente con los principios cristianos le hacen ver las dificultades demasiado abultadas y feas y las soluciones demasiado simples, quiero decir exclusivistas. Seguramente no han de faltar personas que al expresar el juicio que les merece la presente obra desde el punto de vista éticoeconómico, dirán lo que de Fenelón dijo un pontífice: "Que había pecado por exceso de amor de Dios."

En los primeros capítulos trata de aquilatar el sentido de la cuestión social, poniendo sumo cuidado en excluir por imperfectas todas aquellas definiciones que no dan preferencia a la parte moral y religiosa en la solución de estas cuestiones. Luego describe y coloca en el lugar que le corresponde la familia, el Municipio, el Estado y el origen del poder, mostrándose claramente regionalista, aunque no separatista, lo cual él tendría por un crimen o poco menos. En todo se separa muy poco de la doctrina tradicional de los católicos; por eso aceptamos de buen grado todos sus puntos de vista, aunque en algunos desearíamos, de tocarlos, un poco más de atención: tal

(1) Don Luis de CUENCA Y PESSINO. *La Ciencia Sociológica*. Barcelona, Herederos de Juan Gili, 1919.

nos sucede, por ejemplo, respecto del derecho que el Estado tiene a la enseñanza. Hay muchos que piensan que el desentenderse los gobiernos de la enseñanza sería crear un semillero de analfabetos.

El capítulo dedicado a la propiedad es interesantísimo. Para el autor tan lícita es la propiedad colectiva como la propiedad privada, y en algún sentido cree aceptable el parecer de algún sociólogo que ha dicho ser, acaso, más justa que la individual la propiedad colectiva. Cita al señor Rodríguez de Cepeda, el cual dice que "por falta de esta propiedad en el actual régimen económico individualista, los grandes triunfan, los débiles sucumben. Cada día las fortunas de los pocos son más grandes, cada día la miseria de los muchos es más negra".

La que hoy impera es la individual que, a fuerza de jugo liberalesco, se la ha hecho tan absoluta, tan cínicamente sagrada, que se la quiere desligar de todo compromiso social; pero esto no es justo, esto no es equitativo, esto no es cristiano. "Nuestra doctrina la encierran —dice el autor— aquellas palabras del Código de las Siete Partidas: "El home puede facer de la" su cosa lo que quisiere, según Dios e según fuero". "El lujo —añade el señor Pessino— no queda justificado por el número mayor de brazos que se empleen en sus industrias... Los enormes capitales empleados en la confección de los objetos de lujo podrían dedicarse a industrias de utilidad general, a la producción de objetos útiles y al desarrollo de la decaída agricultura, verdadera fuente de riqueza de las naciones" (pág. 130). Los poseedores de las riquezas resultan, en último término, administradores de las mismas. El deber moral y el puramente jurídico, nacido de las necesidades que tiene la sociedad en su justo desenvolvimiento, ponen grandes cortapisas al derecho de poseer y al uso de lo poseído.

Los tributos deben repartirse mirando al goce o bienestar de que se priva al contribuyente; por esto es preciso que muchos de los ciudadanos queden aliviados de toda contribución, ya que sus haberes no les dan ni lo estrictamente necesario para vivir como hombres. Después de esto admite, como perfectamente justo, y hasta casi necesario a fin de descargar al pobre del peso tributario individual, una propiedad común al Municipio, de la cual participen todos y con la que puedan los poderes hacer frente a la penuria de sus particulares recursos. A continuación, y muy lógicamente, habla de la sustracción de los bienes de la Iglesia y de las Ordenes religiosas bajo pretextos fútiles por las potestades seculares. Se quitaron las riquezas a estos organismos de caridad y se entregaron a los ricos por irrisorios precios, con lo cual lograron amontonar riquezas sobre riquezas y posesiones sobre posesiones. Aquéllas eran sumamente benignas, como lo reconocen los mismos enemigos, en el cobro de las rentas, y éstos han ahogado al pobre en miseria, hundiéndole en la voraz usura. Realmente los gobiernos liberales, añadiremos por nuestra cuenta, son ilógicos, no queriendo arrojarles en cara su peor nota de injustos. Porque si fué lícito, a juicio del fanatismo liberal, aquel despojo, por considerar lo que fué objeto del mismo en manos muertas (que es lo que nosotros negamos), que nada aprontaban en bien de la sociedad, ¿qué juicio les merecen hoy los datos que en sus obras

nos ofrece un don Julio Senador, en los cuales testimonia la existencia de un coto en Doñana de noventa kilómetros de largo perteneciendo a un hombre solo; villas populosas, como Malpica, perteneciendo a un hombre solo: fincas de mil kilómetros cuadrados pertenecientes a un hombre solo; ciudades de sesenta mil almas con sólo un 14 por 100 de propietarios? ¿Qué piensan esos señores de tantos latifundios, de tantas dehesas, de tantos montes dedicados por sus amos a la caza y a la cría de toros de lidia, y qué de tantos miles de pobres que se mueren de rabia y de hambre? Y si juzgan de estos bienes como juzgaron de los que fueron nuestros un día, ¿por qué pusieron en el cielo el grito cuando un ministro católico de la corona trató de remediar estos males?

El capítulo X lo dedica el autor al comunismo y al socialismo “Mediante el igualitarismo —dice— soñado por los comunistas, lo menos importante, con serlo mucho, sería la desaparición de la propiedad privada, ya que a su compás quedarían destruidos el trabajo, la libertad, la familia y el amor patrio y hollados los más íntimos sentimientos del corazón humano.” Explana estos conceptos, los corrobora con citas de libros socialistas pinta con los más negros colores la sociedad a que aspira el comunismo, trae a cuento el parecer de algunos sociólogos católicos, y con todo ello traza un cuadro tan repugnante como puede serlo el de aquella sociedad en la que no hay libertad, ni justicia, ni religión, ni moralidad, ni orden, y sí solamente un conjunto de pasiones desbordadas o una manada de forajidos aherrajados con la violencia y esclavizados por el agente de un gobierno tiránico y despótico. Esta y no otra pienso que es la impresión de conjunto que al señor De Cuenca le produce el socialismo. Lo dice él mismo en las siguientes palabras: “Bajo la implacable y desastrosa ley del socialismo caerán por tierra la familia por la introducción del amor libre; los derechos de la paternidad, pues se confiará al Estado la educación e instrucción de los hijos, y como remate de tales conquistas se suprimiría la Religión, pues el socialismo es ateo y materialista.” (pág. 160.)

Aunque sea con peligro de repetir ideas apuntadas ya en este mismo Boletín, hemos de confesar sin eufemismos, ingenuamente, francamente, que no estamos conformes con estas descriptivas definiciones del socialismo. Nosotros, al preguntarnos con el autor “cómo es posible que una doctrina tan reprochable desde el punto de vista religioso y moral como lo es el socialismo, tan poco ajustada a los principios científicos y económicos, y tan imposible de ser puesta en práctica por las absurdidades que entraña, haya podido hacer tantos prosélitos”; nosotros, digo, pensamos que la causa de esto es algo más que la actividad de los propagandistas y la ignorancia de las masas, cosas en que el autor funda, casi en absoluto, el triunfo de estas ideas. Es que hay un fondo de injusticia en la actual posesión y distribución de las riquezas, reconocida ya por León XIII, la cual levanta al cielo los clamores de las muchedumbres. Es que los libros que encabezan sus páginas con rótulos de socialismos, comunismos, sindicalismos, etc., exponen generalmente sueños de soñadores y no ideas de prácticos jornaleros. Un sociólogo eminente, acaso el más pensador que tiene hoy España, el señor

Senador, citado más arriba, ha observado con profundo conocimiento de la realidad: "En varios pueblos palentinos se ha dado muchas veces el curioso espectáculo de reunirse espontáneamente en grandes grupos para ir gritando por las calles: "¡Abajo la propiedad! ¡Viva el socialismo!" Entre todos los que vociferan no hay uno que conozca de cerca a Alemania, ni que haya leído siquiera una página de Marx o a Engel." (*Castilla en escombros*, pág. 22.) A estos infelices les interesa más su pobreza, su miseria, el lujo de los poderosos, la opresión de los que mandan y la injusticia de los poseedores que las filosofías de los comunistas sabios. Y este socialismo que las masas piden es el que hay que definir, este problema es el que hay que resolver pronto, antes de que este socialismo real y práctico ofusque la inteligencia de los pobres y les haga renegar de la familia, de la Religión y de otros puntos morales, los cuales admiten todavía hoy, con más amor, con más celo, con mayor exactitud y, sobre todo, con mayor sacrificio que la inmensa mayoría de afortunados que reniegan y truenan contra el socialismo.

Yo desearía que todos cuantos tratan del socialismo, cuantos procuran definirlo, prescindieran por un momento de las cuestiones particularistas y expusieran el socialismo universal, el que constituye la esencia de todos sus programas, dejando a un lado los socialismos nihilistas, los socialismos protestantes, católicos, espiritualistas, materialistas y otra porción de socialismos con títulos en los cuales se corre el peligro siempre de gastar el tiempo en exponer lo que es la paja sin decir lo que es el grano. Definase bajo estas miras, librense aquí las batallas; supuesta esa definición, escudríñese la naturaleza y alcance de la propiedad privada, la licitud o ilicitud de la común, hasta dónde puede llegar y de dónde no puede pasar; el derecho a los bienes de fortuna, la parte que puede tocar a la autoridad en la regulación y reparto de los mismos, y esto hágase no *a capite*, como vulgarmente se dice (y se hace) sino con el Evangelio en la mano y los Santos Padres delante y los grandes teólogos por los lados. Con este sistema, que debe ser el de todos los católicos, sacaremos más en limpio que con esas bravatas religiosas arrojadas contra el socialismo, las cuales suelen continuar volando porque no se disparan al verdadero bulto, no encontrando, en consecuencia, resistencia verdadera (1).

En los dos capítulos que siguen desarrolla hermosamente el señor Pessini las intrincadas relaciones entre el capital y el trabajo: habla del trabajo de la mujer y del niño, del trabajo nocturno y del salario, optando decidi-

(1) Como las ideas que estamos tocando son bastante delicadas, y se pueden prestar a tergiversaciones, creemos punto menos que necesaria condensar en nota nuestros pensamientos sobre el particular.

En primer término, estamos convencidos de que el pueblo no quiere ese comunismo brutal, aborrecido por la Iglesia, que pide el socialismo clásico. Lo que el pueblo quiere es poseer, es propiedad particular, es dejar de ser eterno asalariado para convertirse en propietario. Si fueran necesarias pruebas las tomaríamos de los jornaleros que alcanzan o vislumbran propiedad; de los campesinos rusos que han alcanzado en el nuevo régimen posesiones propias; de los anhelos que a diario se oyen de labios de los colonos pidiendo tierra en que laborar. El cambio podrá proporcionar-

damente por el familiar, después de lo cual menciona y aplaude la convenientísima labor de la construcción de casas baratas como medio de higienización material y espiritual. Afronta la cuestión de las huelgas, donde es de notar la intervención que concede a los ministros eclesiásticos y al mismo Romano Pontífice en la solución de estos conflictos, por ser éstos los más desinteresados y los más imparciales entre las partes contendientes.

Pasa revista, por así expresarnos, a las diferentes escuelas y sistemas económicos, dando una idea clara y concisa de las tendencias que se han disputado la solución de la cuestión social en el último siglo y en lo que va del presente. Esta revisión alcanza a las organizaciones de carácter social más importantes, donde se declara abiertamente partidario de la "consti-

les mayores preocupaciones, más trabajo, desengaños, hasta fracasos... No importa; el pueblo, a pesar de presentirlos, quiere ser propietario, el socialismo es un escalón, es un recurso para ello; por eso le seduce.

Mientras que el que tiene una parte de bienes adquirida justa y lealmente, en cantidad tal que no dañe los derechos de otros ciudadanos, conserve la voluntad de ser dueño único de aquello que es como transformación de algo de su propia personalidad, no puede haber fuerza justa que se lo arrebate, a no ser que el bien común exija otra cosa. Esta exigencia sería como un desapropio necesario con el deber de la indemnización correspondiente.

Hoy por hoy, el problema a resolver, el problema que no sufre espera, es el de los latifundios, el de las grandes extensiones de terreno sin cultivar. La solución de éste traerá en pos de sí la descentralización de las masas obreras que viven hoy amontonadas en las ciudades, muchísimos de sus miembros con grandes ansias de volver a la tierra donde nacieron y trabajaron hasta que la miseria o el gesto de un amo sin entrañas los arrojó sobre las máquinas de una fábrica.

Después de esta primera cuestión, que es el *an sit proprietas* de los escolásticos, viene la segunda, *quomodo sit*: cómo se ha de poseer, si en la forma colectiva o en la individual; si con entera independencia o con fuertes cortapisas en el ejercicio de las cosas propias, etc., etc., y todos estos son ya puntos discutibles que deberán resolverse según la doctrina de los grandes maestros y los datos que nos proporcione la historia de la vida económica de la sociedad. A los ciudadanos compete, en todo tiempo, el derecho de admitir el régimen de producción y de consumo que crean más conveniente. Pero la fuerza externa de un Gobierno que, coaccionara la voluntad de esos ciudadanos sería injusta. El socialismo que convierte a todos los hombres en esclavos de un Estado autoritario y despótico es un socialismo irreal, utópico, que daña a los mismos obreros, que sería fuente de enormes injusticias. Pienso que este socialismo no hay obrero que lo conozca y lo experimente y no lo aborrezca, ni católico que lo admita, no tanto por su irracionalidad cuanto por su imposibilidad e inadaptación a los problemas de la economía social.

Teniendo todo esto presente se comprende el empeño de los Pontífices en separar a los católicos de ese socialismo burdo, revestido de irreligión, sin que ese empeño pueda encerrar la más leve oposición a lo que este sistema tiene de discutible y de racional. No olvidando estos conceptos, creemos que se armonizan los deseos de los Papas de crear muchos propietarios; los de muchos católicos que optan porque desaparezca la idolátrica intangibilidad de la propiedad privada, fruto de un ideario liberal; los de los llamados avanzados, que piden muy lícitamente otro régimen en el modo de producir, y, finalmente, quedan armonizados los deseos de grandes pensadores que claman por vaciar el programa socialista de la verdades que encierra, que son muchas, y precisamente las que arrastran y seducen al pueblo trabajador. Todo esto entendemos que se armoniza y se puede implantar sin necesidad de estridencias, con sólo estar animados de espíritu de justicia y de adaptación a la mentalidad y a las necesidades del pueblo.

tución de asociaciones profesionales obreras, *constituídas y amparadas por los patronos*, con la mira cristiana, social y política de mejorar la condición material y moral del obrero; a los sindicatos mixtos, verdaderamente tales por entrar en ellos elementos patronales y del trabajo" (pág. 268). Nuestro parecer respecto de este punto concreto es que en el actual régimen y en el estado presente de la sociedad no conviene otro sindicato que el *puro*; y que cristianizadas las clases, saturadas de caridad y abnegación, alejadas del egoísmo y de la justicia, como las exige el buen funcionamiento del *mixto*, sobran todos; al menos sería flojamente notoria la carencia de los mismos. El capítulo XV está dedicado al lema de la Revolución "libertad, igualdad y fraternidad": desentraña el verdadero sentido de esos términos tan traídos y llevados por los libertinos de siempre, y descarga con furor el látigo de la crítica, del escarnio y del desprecio contra el liberalismo, el cual, a juicio del autor, es el causante de todos los males que hoy sufrimos, tanto en lo político y religioso como en lo social y económico.

Siendo punto de tanta importancia y de tanta actualidad el de la *democracia*, no podía menos de tocarse en una obra tan fundamental y tan completa como es la del señor de Cuenca. Dedicale un jugoso capítulo, en el que expone una democracia anticristiana, irracional, demagógica, la que es para nosotros tan repugnante como para el autor, y otra democracia más en consonancia con la verdad, la cual, en honor de la misma verdad sea dicho, no nos causa la desconfianza que parece causar al señor Pessino. Creemos que al tratar de esta última se refiere evidentemente al "Grupo de la Democracia Cristiana" existente hoy en nuestra Patria; lo nombra alguna vez, y sus indicaciones responden a algunos puntos de su programa. No es que vayamos a tomar nosotros desde aquí la defensa de dicha nueva entidad; sólo simpatías de carácter y de convicción nos ligan a ella, no intereses de ningún género. Con todo, como lo bueno es justo que se reconozca como tal donde quiera que esté y se repruebe lo malo, dejando a cada uno en libertad para opinar en asuntos de índole indiferente, nos permitiremos señalar los puntos débiles que tiene la argumentación de nuestro autor abogando por los fueros de la verdad, más bien que por lo que constituye el credo de esa nueva tendencia que no hemos de anatematizar, puesto que aparece envuelta en espíritu cristiano y está encarnada en insignes pensadores de la escuela social católica.

El primer defecto que don Luis de Cuenca halla en las tendencias del *Grupo* es la eliminación de las clases elevadas (pág. 317).

Nadie ignora que el *Grupo* se ha constituido para resolver la cuestión social. Nadie ignora tampoco que esta cuestión social pesa sobre las clases inferiores y que es preciso acudir con preferencia a ellas. Toda entidad, todo sistema, todo programa de sociología práctica debe encaminarse directamente a este fin. A nadie debe extrañar, por tanto, la aparente preterición de otras clases "que se pueden amurallar con sus recursos propios" y la franca defensa "del pobre pueblo, que carece de medios propios con que defenderse" (*Rerum novarum*). Y he dicho preterición aparente por juzgar que no puede hablarse de otro modo al referirse a un programa como el

del *Grupo* en el que se condena la holgazanería, se rechaza la lucha de clases, se defiende la propiedad privada y se predica el deber de todos; esto dentro del articulado del programa. Fuera de él, ¿no estamos viendo a diario a sus redactores clamar por la actuación de las clases privilegiadas; poco menos que implorar el concurso de su saber, de su influencia y de su dinero, a fin de extender cuanto sea posible las ideas salvadoras del catolicismo social? ¿Es esto preterirlas? ¿Es esto olvidarlas? ¿O es que el Grupo de los Demócratas Cristianos ha de invertir sus energías en crear escuelas, cooperativas, sindicatos y círculos de recreo para las clases pudientes? ¿No parecería entonces que se trataba de arruinar los Institutos, las Universidades, los Bancos, los Trust y los Teatros de las grandes compañías?

Otra cosa que en el ánimo de nuestro autor pone cierta hostilidad contra la Democracia Cristiana es esa tendencia que en algunos de sus elementos, a su parecer, se nota hacia la república como forma de gobierno. Quisiera que los católicos miraran esto como algo entredicho para ellos, “porque, aun cuando la Iglesia —dice— nada tiene establecido respecto a las formas de gobierno, una de las más grandes lumbreras de aquélla, el Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, en su tratado de *Regimíne Principum*, prueba, con la claridad y lucidez que le es propia, que es más útil a la sociedad el gobierno de uno solo que el de muchos” (pág. 320). El señor de Cuenca debiera tener presente que hay muchos tiempos y muchas circunstancias en las cuales es un gran acierto y denota ser hombres de talento y prudentes el dejar lo mejor por lo que es tan sólo bueno. Además de que no juzgamos tan divorciada la mente de un republicano católico de la de nuestro Santo Doctor, que en sus doctrinas políticas ansía la unidad, la paz, la participación de todos en el gobierno y la actuación del elemento popular en el nombramiento de sus representantes, cosas todas que constituirán el supuesto republicanismo, pues con otro no damos en el programa.

Por lo que a la autoridad de la Iglesia se refiere, debiera bastarle al autor lo que él mismo reconoce respecto a la libertad en que deja a sus súbditos para seguir en estas materias el propio parecer y juicio. Sólo quiero recordar a este propósito que en una Encíclica del 8 de febrero de 1884, que comienza *Nobilissima gallorum gens...* decía León XIII a los obispos de Francia que no había motivo para mostrar hostilidad ninguna contra la república considerada en cuanto tal. Y en otra del 20 de enero del 88, *Libertas*, dice que la Iglesia no reprueba ninguna forma de gobierno, desde el momento que la tal forma es apta para procurar el bien de la nación. Finalmente, en la encíclica *Sapientiae Christianae* del 10 de enero de 1890, dice textualmente el mismo Pontífice: “La Iglesia, guardadora de sus propios derechos y respetuosa siempre con los ajenos, no cree ver ser de su pertinencia el ocuparse de la forma de los gobiernos ni de las instituciones que rigen los intereses civiles de los pueblos cristianos, siempre que queden a salvo la Religión y las buenas costumbres... *Por lo demás, quererla atraer hacia un partido o tomarla como parapeto en las luchas políticas es abusar de la Religión.*”

Tampoco comprendemos cómo se puede decir del Grupo de la Democracia Cristiana que hace caso omiso de las enseñanzas de Jesucristo, cuando el párrafo XI de su programa doctrinal rechaza toda neutralidad en materias morales y afirma a continuación en el siguiente párrafo: "Defendemos la Religión y queremos que se haga cuanto contribuya a sostener y fomentar el sentimiento religioso del país, porque es indispensable para la reforma moral del individuo, SIN LA CUAL ES PENOSA Y ESTÉRIL LA REFORMA SOCIAL, porque es el más fuerte de los vínculos sociales y porque es fuente de abnegación y caridad, y, por tanto, de armonía, de bondad y de paz." (1)

Séanos perdonada la franqueza y la extensión que hemos dado a estos conceptos, pues no tratamos con ello de molestar a nadie, y sí solo de calcar un tanto ideas que tienen aplicación a muchas materias y cuya mala inteligencia ha suscitado muchas veces grandes e inútiles luchas interiores en conciencias de probada rectitud.

Termina la obra de don Luis de Cuenca con dos hermosísimos capítulos sobre la guerra en general y sobre la que acaba de terminar cuando se empezó la impresión de su libro. Conforme con su criterio, santo en todos sus pasos, termina abogando por la implantación de la bandera de Cristo, la Cruz sobre todas las sociedades. Confía él, y con él confiamos nosotros, que "como aquella civilización romana cayó para siempre al chocar con la piedra fundamental de Pedro... hoy volverá a verse que lo que se mira como débil, la Iglesia, dará al traste, pero con divina suavidad, con el fausto edificio de una civilización divorciada de Cristo y por entero enemiga de Cristo". Con esta preciosa conclusión termina el interesantísimo, sanísimo y utilísimo libro del señor Pessino y con ella queremos acabar nosotros nuestro trabajo, reconociendo antes que tal vez, en la exposición de las obras reseñadas, nos hemos fijado más en los puntos, a nuestro juicio flacos, que en los exquisitos méritos que bajo diversos conceptos todas ellas tienen. Si así nos hemos conducido no ha sido por antojos de envidia o por ganas de zaherir; únicamente lo hemos hecho por salir de esa rutina de adulaciones que no sirve más que para engañar a los lectores con la ocultación de la verdad.

FR. TOMÁS S. PERANCHO.

(1) Tratándose de la orientación del Grupo de la Democracia Cristiana no podemos menos de recordar la carta a don Severino Aznar del señor Pottier, maestro social de autoridad en Europa, muy estimado de León XIII y de Pío X, y que ha sido nombrado últimamente por Benedicto XV consiliario de la acción social en Italia. Este señor ha dicho que el programa del "Grupo" responde en su conjunto a las necesidades que hoy imperan; que es de una oportunidad urgente; que es condición imprescindible para triunfar del socialismo y para salvar la civilización cristiana tomar del programa socialista todo lo que hay en él de justo y verdadero, indudablemente derivado de nuestras doctrinas.

CUESTION CANONICA

EL DECRETO "INTER RELIQUAS" Y LA LEGISLACION ESPAÑOLA

El Código Canónico establece que los religiosos, incluso los legos y novicios, gozan de los privilegios de los clérigos, que se mencionan en el canon 119 y siguientes, hasta el 123 inclusive (can. 614). Entre estos privilegios está el contenido en el can. 121, que dice: "Clerici omnes a servitio militari... immunes sunt." Por consiguiente, los religiosos por el Derecho canónico están exentos del servicio militar.

Mas como no todas las naciones respetan la legislación canónica ni la inmunidad eclesiástica, la Iglesia, sin renunciar al derecho que justamente le asiste, se ha visto obligada a tomar ciertas precauciones en esta materia; y así, entre los simples impedimentos para la ordenación, ha señalado: "Qui ad *ordinarium militare servitium civili* LEGE adstringuntur, antequam ilud *expleverint*" (can. 987). Puesto este canon, y no mencionándose, por otra parte, en el Código Canónico el Decreto "Inter reliquias" de 1911 (1), sobre los religiosos sujetos al servicio militar, surgió la duda de si este decreto continuaría en vigor una vez promulgado el Código, duda que ha sido resuelta en sentido *afirmativo* por el documento "Cum in Codice", emanado de la S. C. de Religiosos el 5 de julio de 1919. Este documento resuelve:

1.º Que el decreto "Inter reliquias" de la S. C. de Religiosos del día 1.º de enero de 1911, sobre los religiosos obligados al servicio militar, continúa vigente después de promulgado el Código Canónico.

2.º Que los novicios, sujetos al servicio militar, no emitan los votos temporales *ad triennium* en conformidad con el can. 574, sino que hagan votos temporales *valederos hasta el servicio militar*. Y explicando este último inciso, la S. C. establece que dichos votos cesen: a), desde el día en que el religioso quede de hecho adscrito y sujeto a la disciplina militar; b), o sea declarado inhábil absoluta y perpetuamente para la milicia.

De estas resoluciones se sigue que el decreto "Inter reliquias" continúa obligando como antes del Código, si bien notablemente modificado en al-

(1) Vid. *Act. A. S.*, vol. III, pág. 37.

gunas de sus partes por estas últimas disposiciones de la S. Congregación de Religiosos.

Veamos, pues, si el mencionado decreto, con sus variaciones, tiene o no aplicación en España.

Para mayor claridad, se tratará: 1.º De las Ordenes y Congregaciones religiosas que tienen misiones fuera de la Península, incluidas en el artículo 238 de la ley de Reclutamiento de 1912 y en el art. 385 del Reglamento para la aplicación de la mencionada ley, aprobado por Real orden del 2 de diciembre de 1914. 2.º De las Ordenes y Congregaciones religiosas que no tienen misiones fuera de la Península y que pueden acogerse al art. 237 de la ley de Reclutamiento y a los artículos 382 y 393 del mencionado Reglamento.

I

ÓRDENES Y CONGREGACIONES RELIGIOSAS CON MISIONES FUERA DE LA PENÍNSULA

El decreto "Inter reliquas" supone *una ley*, aunque injusta, por ir contra los legítimos derechos de la Iglesia, *que obligue* a los religiosos a prestar el servicio militar activo, y no cualquier servicio conectado con el ejército (porque en este sentido amplio, servicios militares prestan los Capellanes del ejército) sino precisamente el servicio activo *netamente militar*, que lleva consigo, por lo menos, la incorporación a Cuerpo, el aprendizaje de la instrucción militar, del manejo de las armas y la vida de cuartel. Así se desprende del mencionado decreto, cuyas palabras copiaremos al pie de la letra para mayor claridad.

Dice así: "Inter reliquas difficultates, quibus premitur Ecclesia Christi nostris temporibus, ea quoque recesenda *lex* est, qua ad militiam *adiguntur* iuvenes, qui in religiosis familiis Deo famulantur. Nemo sane non videt, quantum detrimenti ex hac infausta *lege* provenire possit, quum iuvenibus, tum ipsis sodalitatibus. Dum enim *militiae vacant* religiosi tyrones, facile vitiis maculari possunt, quibus infecti, vel, neglectis, quae emisierant, votis, ad saecularia remigrabunt, vel quod longe peius est, *religiosam repetent domus*, cum periculo alios contaminandi."

Se corrobora que el decreto presupone al religioso *obligado por la ley* a la vida de cuartel, con las palabras de los §§ III y IV: "Caveant autem iuvenes *militiae servientes*, ne sanctae vocationis donum amittant, ac ea semper modestia et cautela conversentur, quae decet religiosos viros. Quamobrem a locis et conventiculis suspectis abhorreant, a theatris, choreis aliisque spectaculis publicis abstineant; malorum commercium, lubricas conversationes, res a religione absonas, viros doctrinas suspectas profitentes, lectiones moribus aut fidei S. Sedis dictatis contrarias ceteraque peccandi pericula evitent..."

Y el § IV dice: "Ubicumque eorum statio ponatur, si ibi domus suae religionis aut instituti habeatur, *eam frequentent* et sub superioris immediata vigilantia sint..."

A evitar en lo posible estos males y peligros, a que se expone el religioso viviendo en el cuartel, fuera de su convento, se ordena el decreto "Inter reliquias", como consta por sus mismas palabras: "Ad haec igitur praecavenda mala, S. Congregatio... decrevit." Y lo que decretó, en primer lugar, fué que en las Ordenes regulares, en que se hacen votos solemnes, no sean admitidos ni a las Ordenes, ni a la profesión solemne "iuvnes, quos exemptos esse certo non constet a *servitio militari activo, scilicet ab eo servitio, quod ipsi primitus ad militiam vocati ad unum vel plures annos praestare debent* (y, por consiguiente, en España a la primera situación del servicio activo, que dura tres años. Ley de Reclutamiento, art. 204), quousque non peregerint *servitium militare et hoc expleto, saltem per annum, in votis simplicibus permanserint.*"

Respecto a los votos simples perpetuos hechos antes del decreto "Inter reliquias", la S. C. de Religiosos, 1 de febrero 1912 (Vid. *Act. A. S.*, vol. IV, página 246), decretó que no cesaban *ipso facto* cuando el religioso principiaba el servicio militar activo, y que los votos simples perpetuos emitidos después del decreto tampoco cesaban *per se*, en el mismo caso; pero que el religioso podía pedir la dispensa de estos votos desde el primer día del servicio militar, en conformidad con el art. VIII del decreto "Inter reliquias", si no intentaba perseverar en la Religión; y si quería perseverar en ella, en ningún caso podía emitir nueva profesión de votos hasta terminado el servicio militar, aunque durante éste expirase el tiempo canónico de la profesión simple. Para que esta profesión fuera válida, no debía hacerse hasta transcurrido un año después de terminar el servicio militar.

Como después del Código Canónico, los votos de la primera profesión son temporales y no perpetuos (can. 574), la disciplina del derecho "Inter reliquias" quedaba notablemente cambiada en este punto; y de ahí el que fuese necesaria, supuesta la obligación del mencionado decreto, una declaración sobre el particular, y ésta la ha dado la S. Congregación al responder a la siguiente duda: "Utrum Novitii servitio militari adstricti, absoluti novitiatu, vota religiosa temporanea emittere debeant ad triennium iuxta modum in can. 534 expressum? R. *Negative; et vota temporanea emittantur valitura usque ad servitium militare.* (Vid. *Act. A. S.*, vol. XI, pág. 321.)

Esta respuesta de la S. Congregación es interpretación auténtica del decreto "Inter reliquias" (Vid. P. Blat, O. P., *Analect. O. P.*, año XXVIII, fasc. III, pág. 148), y, por consiguiente, las palabras "religiosi servitio militari adstricti". "Novitii servitio militari adstricti", se han de tomar en el mismo sentido que tienen en el decreto "Inter reliquias", y que poco antes hemos explicado: es decir, que no debe tomarse por sujeción al servicio militar el que la ley ponga algunas obligaciones a los religiosos considerados como ingresados en Caja, v. gr., el que se dé cuenta del lugar donde residen, de sus traslaciones, etc., etc., sino que esa sujeción al servicio militar ha de ser con la obligación de salir de sus conventos, hacer vida de cuartel, aprender la instrucción militar, el manejo del fusil; en una palabra: el estar en todo sujetos a la disciplina militar (*nullo habito respectu ad eorum statum*), y a la voluntad de los jefes militares como un soldado cualquiera,

y esto por virtud de *la ley*, no en virtud de un acontecimiento incidental cualquiera.

Ahora bien: en España, los religiosos comprendidos en los artículos 238 de la ley de Reclutamiento y 385 del Reglamento para la aplicación de esta ley, que tienen misiones fuera de la Península, ¿están sujetos por *la ley* a esta forma rigurosa de servicio militar? Evidentemente que no. El artículo 238 dice: "Los individuos de las Congregaciones de misioneros, reconocidas por actos oficiales durante la legislación anterior a 29 de junio de 1911, prestarán, *como servicio militar*, cuando les corresponda, *el propio de su ministerio*, precisamente en las misiones españolas de Africa, Tierra Santa, América, Extremo Oriente y demás que el Gobierno determine." Por este artículo de la ley se ve ya claramente que los individuos de las Congregaciones de misioneros no están sujetos al *servicio militar activo*, ni se les obliga a vivir en el cuartel fuera de sus casas, ni a aprender la instrucción militar, etc.; sólo se les obliga a que durante el tiempo que les correspondería de servicio militar activo, ejerzan su *ministerio propio* en alguna de las misiones señaladas por la ley.

El art. 385 del Reglamento para la aplicación de la ley de Reclutamiento de 1912, aprobado por Real decreto el 2 de diciembre de 1914, dice: "Se considerarán comprendidas en el párrafo segundo (el anteriormente citado) de la ley, las Ordenes religiosas de misioneros que se expresan a continuación, y tienen misiones españolas en los países que en aquel artículo se determinan, las cuales reúnen las condiciones de que los superiores de las misiones pertenecen a nuestra nacionalidad y tienen como anejos a su evangélico fin, otros, al menos indirectos, de desarrollo de los intereses nacionales... (siguen los nombres de las Congregaciones de Paules, Jesuitas, Franciscanos, Dominicos, etc.).

El art. 386 del mismo Reglamento añade: "Los individuos de las Congregaciones de misioneros a que se refiere el artículo anterior, figurarán en el cupo que les corresponde, *sin ser destinados a Cuerpo*, aun cuando pertenezcan al de filas, siéndolo en su lugar a una de las misiones establecidas en los países que determina la ley, y que será designada por los superiores de las Congregaciones, mientras el Gobierno de Su Majestad no tenga interés especial en el fomento de determinada misión."

"Estos reclutas se incorporarán a las misiones a que sean destinados en la fecha que se ordene el destino a Cuerpo de los de su reemplazo, y durante los tres años de primera situación de servicio, estarán obligados a remitir a los jefes de las Cajas, antes del 1.º de noviembre, por sí mismos o por conducto del jefe de la misión respectiva, un certificado en que acredite continúan prestando *los servicios de su ministerio en las misiones correspondientes*."

"Recibida la orden de concentración, comunicarán al jefe de la Caja la misión a que han sido destinados por sus superiores y país adonde van a residir, circunstancias que se anotarán en la cartilla militar, a fin de que no encuentren dificultades en los puntos de embarco al dirigirse a las misiones a que son destinados."

“En el caso de que estos reclutas hubieran salido del territorio en fecha anterior a la dispuesta para la concentración, los superiores de los mismos lo pondrán en conocimiento del jefe de la Caja, así como el país y población donde residen.” (Por el Real decreto del 29 de diciembre de 1913 pueden salir de España antes de la concentración.)

El art. 388 del mismo Reglamento quita aun la obligación de ir a las misiones a los religiosos que por el número obtenido en el sorteo pertenezcan al cupo de instrucción; dice así el mencionado artículo: “Los reclutas de las Congregaciones de misioneros que por el número que obtuvieron en el sorteo pertenezcan al cupo de instrucción, *no estarán obligados a incorporarse a las misiones durante los tres que permanezcan en la primera situación de servicio activo, interin no les corresponda ser llamados para cubrir bajas producidas en las filas*, en virtud de lo dispuesto en el artículo 206 de la ley; pero llegado este caso se incorporarán a las misiones a que fueran destinados.”

Consecuencias.—Según los artículos precedentes, los religiosos de que tratamos: a), *no están sujetos por la ley al servicio militar activo, ni siquiera en la primera situación*, puesto que ni están sujetos a los jefes militares, ni a la vida de cuartel, ni se les obliga en tiempo de paz, ni en tiempo de guerra, a prestar servicios militares con las armas en la mano, ni siquiera a aprender la instrucción militar; b), *la ley sólo les obliga a que durante los tres años de la primera situación de servicio activo, presten en las misiones sus propios servicios*, es decir, servicios puramente religiosos, propios del estado sacerdotal, viviendo en sus propias casas y sujetos a sus propios superiores. Luego evidentemente que estos religiosos no están comprendidos en el decreto “Inter reliquas”, que habla de los que por ley están obligados al servicio militar activo propiamente dicho, como antes se ha explicado.

Ni aun en el caso de que algún religioso por cualquier causa, que en dicho caso sería extraña a la ley, no hubiere salido para las misiones al tiempo que le correspondía cumplir con los tres años de servicio militar activo, estará comprendido en el decreto “Inter reliquas”, aunque de hecho fuese por esta causa llamado a filas, puesto que el decreto “Inter reliquas” es una ley odiosa, restrictiva de derechos legítimos que el can. 121 concede a los clérigos, y, por consiguiente, se ha de interpretar en sentido *estrieto*: “leges quae poenam statuunt aut liberum iurium exercitium coarctant, aut exceptionem a lege continent, *stricte subsunt interpretatione.*” (Can. 19.) Comoquiera que el decreto “Inter reliquas” y el documento “Cum in Codice” hablan de los religiosos que por ley están obligados al servicio militar activo, nullo habito respectu ad eorum statum, y la ley española no sólo no les obliga a este servicio sino que de hecho les *excluye*, y al religioso, en este caso de que vamos hablando, no es *propiamente la ley* la que le obliga al servicio militar, sino que esto tiene lugar en virtud de una circunstancia completamente accidental a la ley, precisamente por incumplimiento de la ley, puesto que de haber sido cumplida, es decir, si el religioso hubiera ido a las misiones como ordena la ley, no se vería obligado a prestar el servicio

militar activo, síguese lógicamente que aun en este caso, aunque se haya ordenado y haya hecho la profesión solemne religiosa, ha obrado bien, sin contravenir en nada al decreto "Inter reliquias", y consiguientemente, todo ha sido realizado lícita y válidamente.

Como consecuencia final, sostenemos que el decreto "Inter reliquias" no tiene en España aplicación, ni obliga a los religiosos de que tratamos, y por consiguiente, que en lo referente a órdenes sagradas y profesiones religiosas, éstos han de atenerse a lo prescrito por el Código Canónico en estas materias.

II

CONGREGACIONES RELIGIOSAS QUE NO TIENEN MISIONES FUERA DE ESPAÑA

De los miembros de estas congregaciones trata el art. 237 de la ley del Reclutamiento, que dice: "Los mozos que al corresponderles ingresar en filas poseyeran cualquier título de determinada profesión útil y de aplicación para funciones especiales del Ejército, y los ordenados *in sacris*, así como los profesos con exención reconocida en las disposiciones vigentes al promulgarse la ley de Bases de 29 de junio de 1911, serán destinados a dichas funciones especiales por el tiempo que les corresponda servir en filas, utilizándose sus servicios en la forma que determinará el Reglamento para la ejecución de esta ley."

Esta forma quedó determinada por el art. 382 del Reglamento, que dice: "Los reclutas que al corresponderles ingresar en filas estén ordenados *in sacris*, y los profesos con exención reconocida que no sean presbíteros, serán destinados a las unidades de Sanidad Militar, para prestar servicio precisamente como sanitarios, enfermeros y practicantes en los hospitales militares en tiempo de paz, o donde sean necesarios sus servicios en el de guerra, teniendo, *en razón de su estado*, las consideraciones y preferencias de los soldados de primera o distinguidos, y *pudiendo autorizárseles para vivir fuera del Cuartel*, mientras no salgan a campaña o maniobra."

"Los que hubiesen recibido las órdenes del presbiterado, causarán alta en los Cuerpos que designen los Capitanes generales respectivos, para los efectos de revista y suministro, quedando a disposición del Teniente vicario de la región a que pertenezca la Caja en que se concentren, para prestar el servicio de su ministerio, bien en las Tenencias Vicarias, en los hospitales militares o en los Cuerpos del Ejército, debiendo en estos últimos casos causar alta en las respectivas unidades sanitarias afectas a los Hospitales o en los Cuerpos a que sean destinados.

"Contra los acuerdos de los Jefes de las Cajas, relativos a la aplicación de los preceptos de este artículo, podrán recurrir los interesados a los Capitanes generales de las regiones o distritos, que resolverán en definitiva si están o no comprendidos en el art. 237 de la ley, dándoles en su consecuencia el destino que les corresponda."

De estos artículos, tomados de la ley de Reclutamiento y del Reglamento para su aplicación, se deduce claramente: a), que los *presbíteros*, como ha dicho muy bien el señor T. Muñiz (*Rev. Ecles.*, julio 1919), no *están obligados por la ley* a aprender la instrucción militar, el manejo del fusil, del sable, de la ametralladora, etc.; ni se les puede obligar en tiempo de paz ni en tiempo de guerra a que presten servicio con las armas en la mano, ni siquiera están sujetos por la ley al servicio y vida de cuartel; sino que la ley solamente les obliga “a servir al ejército diciéndole misa, oyendo confesiones, auxiliando a los moribundos, explicando el Catecismo, despachando asuntos eclesiásticos, etc.”, y en estos ministerios dependen tan sólo del Teniente vicario castrense, *que es su legítima autoridad eclesiástica*; luego es manifiesto que los presbíteros religiosos contenidos en los artículos anteriormente citados no están sujetos al *servicio militar activo propiamente* tal, y por ende, no les atañe el decreto “*Inter reliquas*”, interpretado, como realmente debe interpretarse, en conformidad a lo dicho en el párrafo anterior. Ahora bien: raro será el religioso que pidiendo las prórrogas a que tiene opción según la ley, y que siempre suelen concederse, no pueda ordenarse de presbítero antes de que se le llame a la milicia, y por consiguiente, puede muy bien crearse esa situación privilegiada de la ley, en la cual *por la misma ley* se le exime del servicio militar activo, tomado en el sentido que lo toma el decreto “*Inter reliquas*”.

Pero aun suponiendo que el religioso no estuviese ordenado de presbítero, la ley le coloca en una *situación privilegiada*, EN RAZÓN DE SU ESTADO, “destinándole a las unidades de Sanidad militar para prestar servicio precisamente como sanitario, enfermero, practicante, y *pudiendo autorizársele para vivir fuera del cuartel*, etc.”. En esta ley no se descubre el *nullo habita respectu ad eorum statum*, de que habla el documento “*Cum in codice*”, ni los servicios que estos religiosos han de prestar conforme a la ley son servicios *militares*, sino *civiles*, como dice muy bien el señor Muñiz, y síguese que tampoco están sujetos al servicio militar activo en el sentido que de él habla el decreto “*Inter reliquas*”, y por consiguiente, que en cuanto a la profesión y órdenes sagradas, los tales religiosos deben seguir el derecho común del Código Canónico.

Concretando nuestro pensamiento, decimos que, en nuestro humilde sentir, el decreto “*Inter reliquas*” no rige en España: a), porque los religiosos *no están sujetos por la ley al servicio militar activo*, que presupone dicho decreto, “*nullo habito respectu ad eorum statum*”; b), porque en España —consecuencia de lo anterior— no existen los inconvenientes y peligros que motivaron y trata de evitar el mencionado decreto; c), que, consiguientemente, todos los individuos de las Ordenes y Congregaciones religiosas españolas deben ajustarse al Código Canónico y no al decreto “*Inter reliquas*”, en lo referente a la profesión religiosa y órdenes sagradas.

FR. JUAN SÁNCHEZ, O. P.

CRONICAS CIENTIFICOSOCIALES

ESPAÑA

EL INTERVENCIONISMO DEL ESTADO Y LOS CONFLICTOS SOCIALES. Pocos días después de redactar nuestra última Crónica publicó "La Unión Monárquica Nacional de Cataluña" un manifiesto dirigido al Gobierno, donde abundaba en los mismos conceptos e ideas por nosotros defendidas.

En gran parte de la Prensa se ha mantenido el mismo criterio; se ve palpablemente que hoy todo el mundo se siente un poco intervencionista; el fenómeno no tiene por qué sorprendernos; es natural, está impuesto por la realidad.

El dejar a dos clases sociales que se destrocen, que se arruinen y que luchen cuerpo a cuerpo es un proceder suicida. Y quien defienda que el Estado, ante esta realidad, debe permanecer en una actitud más o menos pasiva, da a entender que desconoce completamente la complicada organización de las naciones modernas y los sagrados derechos que tiene toda sociedad a conservarse, a vivir y prosperar.

Las distintas partes de una sociedad son como las partes del organismo humano, tan íntimamente enlazadas entre sí y tan influídas unas por otras, que no puede cualquiera de ellas experimentar la menor lesión sin que repercuta en los miembros restantes, principalmente en la cuestión que nos ocupa. Con estos dos elementos se verá cómo el intervencionismo del Estado se deja caer por sí solo y cómo hoy es inevitable.

Dada la organización de la sociedad actual y el concepto social de la propiedad admitido por los más eminentes sociólogos católicos, el intervencionismo del Estado es un derecho perfectamente fundado y que cabe con holgura dentro de nuestras normas. Esto es claro y sencillo. El intervencionismo será aplicable y eficaz cuando lo reclamen las circunstancias para poner a salvo los derechos primordiales de la misma sociedad y de los particulares, pero el intervencionismo debe existir. Es lógico, es una consecuencia de esas mismas ideas. Si el concepto social de la propiedad es ver-

dadero y exacto, como lo es, así en la industria, como en la propiedad de la tierra, en el trabajo del mismo obrero, no hay que ver sólo un medio de acrecentar el capital un empresario o de ganarse la vida un hombre, sino también una función social de la que necesita la nación para su bienestar económico.

Con razón, pues, "La Unión Monárquica" pide en su manifiesto inmediata apertura de fábricas y retorno al trabajo en las condiciones que el Gobierno establezca. "Intervención de parte del Gobierno en los Sindicatos de obreros y patronos para fiscalizar todo el movimiento social y económico de ellos."

Los que tienen por una enormidad el derecho del Estado a apoderarse de las fábricas si las circunstancias lo exigen y abrirlas por la fuerza y a imponer las condiciones del trabajo, digan con qué derecho el mismo Estado llega a la expropiación forzosa de un terreno si es necesario para el trazado de una línea férrea o para otra necesidad común... Contestarán seguramente que fundado en el derecho que tiene la sociedad a ejecutar todas aquellas obras que su desarrollo económico requiere, aunque tenga que ser lesionado algún interés particular. Pues la ley es la misma. Lo que pasa es que a esto ya estamos acostumbrados por ser ordinario, y, en cambio, del intervencionismo del Estado en la industria no podemos citar ejemplos, al menos en España, que hagan comprender su licitud y hasta su necesidad.

Lo que ocurre con el intervencionismo del Estado es que como éste no está preparado ni puede estarlo para el desarrollo técnico y supletorio de las industrias demasiado extensas o demasiado complicadas, si los ciudadanos no ayudan y cooperan, su actuación se desacredita, fuera de que la manera de llevarla a efecto puede ser violenta e injusta, como la intervención de las panaderías en Madrid sin previos inventarios.

La resolución de la licitud y aun de la conveniencia del intervencionismo del Estado en los conflictos sociales no nos preocuparía como simple cuestión escolástica si no implicara consecuencias de enorme gravedad en la práctica, de las que puede depender la prosperidad y hasta la paz de la nación.

En la batalla entablada entre el capital y el trabajo están en peligro la industria, el trabajo mismo y, por consiguiente, la vida de millares de ciudadanos. La industria no puede vivir ni prosperar en este estado de inquietud y desasosiego. El capital requiere garantía, seguridad, un horizonte claro y despejado por donde pueda desplegar sus energías. ¡Cuántos proyectos no se habrán malogrado con las últimas revueltas!...

Hace poco decía un ingeniero que la industria que más peligraba no era la existente, sino la que estaba por venir. Tenía sobrada razón el ingeniero. El capital no se expone, no puede exponerse a los azares de una época preñada de revoluciones. Por eso creemos que las iniciativas que se habían despertado en España han tenido que experimentar un compás de espera y quedarse a la expectativa. De ahí también el natural deseo de un intervencionismo radical y bien orientado, pues sólo así pueden volver a

renacer el espíritu de empresa y comercial, que son la base de la vitalidad de las naciones.

En España es mucho más de sentir este ambiente que se nos ha creado, pues es indudable que el tan ponderado miedo del capital español había desaparecido y sería de lamentar que por falta de resolución en nuestros gobernantes nuestra industria no llegue a ser lo que teníamos derecho a esperar. Y que nuestra industria siente en los momentos actuales cierta inquietud y zozobra es evidente. Ya se ha hablado de trasladar algunas fábricas, y el movimiento industrial que se nota en algunas capitales de España donde no había florecido hasta ahora la industria, creo que obedece en parte a esta misma causa. El capital va huyendo de la revolución y buscando ciudades más pacíficas.

Por otra parte la falta de intervención por parte del Estado no es menos perjudicial para el obrero que para la industria. Dejando a un lado el hecho real y evidente de que si la industria no prospera más difícilmente vivirá el obrero, es cierto que la presión que está sufriendo ahora el proletariado trabajador y honrado por parte del Sindicalismo es debido a lo que estiman falta de apoyo y de garantía en el Poder público, es decir, a la falta de intervencionismo.

Los dos polos opuestos de la política catalana, Cambó y Lerroux, han coincidido al apreciar y al sostener que el 90 por 100 de los obreros que están afiliados al Sindicalismo y dentro del Sindicato único, están forzados, obligados por el sistema del terror que han adoptado los sindicalistas. Es más, muchos obreros han emigrado, y de seguro que entre ellos abundarían los competentes y de arrestos, que suelen, a la vez, ser honrados.

Por esto verán nuestros lectores con cuánta justicia se pide el intervencionismo del Estado. El pensar que la paz ha de salir de la lucha a muerte entre patronos y obreros, me parece demasiada candidez. El Estado debe prescindir de las presiones y exigencias egoístas de unos y de otros e intervenir hasta donde sea necesario para los altos intereses de la patria y también de los mismos patronos y obreros. De lo contrario nos exponemos a que la descomposición llegue a tal punto que ya no tenga remedio. Síntomas ya hemos sentido algunos.

Cuando el Estado se coloca en una postura abstencionista, las distintas clases de la sociedad toman la defensa por su mano. La organización patronal con sus cierres de fábricas y la misma organización obrera con esas notas violentas se desarrollan en una hostilidad mayor cuando no sienten la influencia moderadora del Estado. Si con la intervención del Poder público se sintiesen todos amparados en sus derechos, como debía ser, no buscarían tan fácilmente caminos de violencia.

Con esto claro está que no vamos contra la sindicación, no; tenemos empeño en hacer constar todo lo contrario; pero creemos que ahí no debe parar la organización de la sociedad actual, sino que debe llegar a que el Estado la modere cuando amenaza choque. Esto puede ser un gran medio de que se hagan oír todos los derechos y todas las necesidades; pero pararse

en la sindicación es ir derechamente a la lucha de clases, lucha mortal y suicida.

Ni patronos ni obreros deben oponerse a este intervencionismo, pues su fin no es amparar a unos en perjuicio de otros, sino tratar a todos por igual. Si los grandes intereses de la sociedad y de la Patria exigen que se abran las fábricas, aunque los patronos no quieran deben abrirse, y si es necesario la jornada de diez o doce horas, debe imponerse. La prensa soviética pide a los obreros vuelvan a la jornada de doce horas. Un periódico rojo cita las fábricas y talleres en donde ya se está trabajando con arreglo a esa jornada "y son detenidos sin consideración cuantos se resisten a cumplir esa jornada".

Claro está que no vamos a poner a Rusia por modelo, pero es cierto que si no queremos que Rusia se traslade a España, es necesario que implantemos nosotros antes la cristiana y justa renovación, o si se quiere revolución social, que es inevitable, que vendrá, opóngase quien se oponga. Dando cauce a la justicia el espíritu revolucionario no es temible para los católicos, que después de dar buen destino a sus bienes y a sus facultades, podrán ir al patíbulo, pero será por el camino del martirio, como los primeros cristianos.

LAS CONFERENCIAS DE "EL DEBATE". — SOLUCIÓN CATÓLICA A LA CUESTIÓN SOCIAL. Con verdadero acierto ha organizado el popularísimo diario de Madrid *El Debate*, a la vez que los mítines de Romea, que vienen a ser una escuela social madrileña.

Las Conferencias del teatro del Centro, de gran resonancia en toda España, puesto que fueron encomendadas a personas de gran autoridad, generalmente. Como, además, casi todos los conferenciantes son grandes oradores, resulta un verdadero y concurridísimo torneo, como no se habrá visto otro en España.

Abrió la marcha el paladín del radicalismo derechista, señor Ossorio y Gallardo, al que tan bien sienta su apellido y su tipo, que expuso la solución renovadora del problema social al modo de los del Grupo de la Democracia Cristiana, aunque con una vehemencia de lenguaje que a muchos suena a escándalo, acaso porque no se hacen cargo de que luchadores de su fibra, que tienen que perorar en la puerta del torreón enemigo, no estilan más que proclamas ardorosas, porque otras no son escuchadas.

Lo que dijo de la riqueza como función social, que escandalizó al mismo *Debate*, organizador de las conferencias, pide una aclaración de nuestra parte, una aclaración que lo mismo podrá ser rectificación que defensa del señor Ossorio. Lo importante es que sea objetiva con respecto a las palabras *función social*. A nosotros nos parece evidente que la propiedad y aun la riqueza son forzosamente *función social*, y que el contraponer estos términos sólo puede dar lugar a confusiones. Ahora que si quiere decir que en lo que tiene de particular y personal debe subordinarse a la función social, cuando ambas aspiraciones no coinciden, nos parece afirmación exacta;

porque en ese sentido la función social no sería otra cosa que el bien común, al cual el particular ha de subordinarse en buena doctrina.

Auguramos al señor Ossorio triunfos resonantes en el campo social católico, tan falto de políticos preparados y luchadores. Su manera de producirse, acaso algo violenta, podrá restarle adeptos en las filas de la política y hacer difícil que empuñe las riendas del Poder desde la Presidencia del Consejo; pero le proporcionará una posición sólida, una fuerza inmensa que podrá influir aun fuera del Poder en las situaciones contrarias, porque representa verdaderas fuerzas en el campo social.

En estos últimos meses hemos visto aparecer en puntos bien distantes coincidencias autorizadas, lo cual nos hace suponer que una fuerte orientación católica va por esa parte. En la carta que recibió don Severino Aznar de M. Pottier está contenido todo un programa, todo un sistema de acción social católica. En esa carta se dice que los católicos debemos vaciar del programa socialista todo lo que hay en él de justo y verdadero. Es condición imprescindible para triunfar de él y para salvar la civilización cristiana. Entre las reivindicaciones obreras que ese socialismo agita hay muchas cosas justas y legítimas que, en fin de cuentas, y si se quiere penetrar hasta el fondo de las cosas, son robos perpetrados a la moral católica. Esa parte justa de las reivindicaciones obreras es la única que en definitiva constituye los éxitos de la propaganda roja que se hace entre las masas obreras, todavía profundamente cristianas, pero ignorantes y fáciles de seducir por fragmentos de justicia y de verdad. *Démosles toda la verdad y toda la justicia, y acabarán por venir a nosotros.* He aquí el modo de hacer algo positivo y el único medio de triunfar. No temamos causar una pequeña revolución social si hemos de evitar una revolución sangrienta. Además, que *la justicia y la verdad se deben salvar por encima de todo.*

Las propagandas sociales católicas han adolecido de miedo, de cobardía, de lo que se ha venido llamando *prudencia*. Hay que decir toda la verdad desnuda, sin ambages ni rodeos. Nuestro fin no debe ser otro que el triunfo de la justicia y de la verdad cristiana. Debemos ir al fin sin atemorizarnos de que el camino está lleno de espinas. Hemos de tener en cuenta que la sociedad ha de cambiar, que estamos en un período de transición, como decía en mi Crónica anterior, y que la vuelta se ha de dar, sea en cristiano o en bolchevique. Por eso decía con ese su modo peculiar y áspero Ossorio Gallardo que lo primero de que debíamos enterarnos los católicos todos para iluminar nuestro juicio y encauzar nuestra acción, es de que la sociedad que conocemos va a desaparecer rápidamente a nuestros ojos, y sería la más torpe y necia candidez la de esforzarse en sostenerla; su desaparición está inexorablemente decretada y no tiene remedio. Lo que interesa es que sepamos cómo se cimenta y en qué se apoya la humanidad futura.

Estos dos documentos de los ilustres sociólogos católicos concretan la actitud que deben tomar probablemente las derechas sociales en España y en todas las naciones.

Convencidos los católicos de que la organización social ha de cambiar y de que el actual estado de cosas encierra muchas injusticias, deben ir derechamente, francamente, a la luz del día, como verdaderos discípulos de Jesucristo, a conseguir esa transformación social en cristiano, en justicia. Todo lo que sea trabajar de otra manera y con otras normas es perder el tiempo, gastar energías inútilmente.

Los católicos no deben temer conquistarse la malevolencia de los poderosos con tal que se cumpla la ley cristiana. Ante los crímenes de unos y de otros debemos decir la verdad. Lo mismo hemos de pedir el exterminio del logrero y explotador, criminal manso anatematizado en todos los tiempos por la Iglesia, que el del sindicalista partidario de los medios directos.

Esto venía a decir, en términos más elocuentes, el segundo orador de las Conferencias sociales organizadas por *El Debate*, el eximio orador señor Pradera. Más que orador, se reveló en su conferencia social pensador de fuerza, hombre de doctrina y de una flexibilidad grande dentro de su ideario, que es del todo cristiano. El concepto del salario por él expuesto merece un elogio entusiasta; la refutación del Sindicato único, que al señor Gallardo le había parecido lícito, fué enérgica; la jerarquía en el trabajo fué defendida con gran acierto; la huelga revolucionaria, combatida con lógica aplastante; la llamada a la caridad, a la voluntad, a las pasiones mismas como corceles regulables proporcionaron al señor Pradera uno de esos triunfos que no pasan, porque se apoyan en sólida doctrina manejada por un gran pensador y un gran cristiano. El señor Pradera pasaba por gran orador y gran político, hatsa su última Conferencia; en adelante tendrá que pasar por un gran maestro.

Al corregir estas cuartillas llegan a nosotros las que leyó o sirvieron de pauta al señor vizconde de Eza, que en lo que pudiéramos llamar organización técnica del trabajo es maestro insuperable, que está al tanto del último suceso y estudia con serenidad, con la que cumple al Presidente del Instituto de Reformas Sociales, las más hondas conmociones de nuestros días. Defendió la propiedad como una necesidad absoluta para la vida de los pueblos; refutó el proyecto de sindicación obligatoria; expuso las dificultades de la participación de los obreros en los negocios, a los que ellos no suelen querer encadenarse; manifestó el estado desconcertante del bolchevismo ruso, que vuelve a la jornada de diez y doce horas de trabajo y llama traidor al huelguista, como antes lo llamaba al rompehuelgas, y presentó otra porción de ideas que serán recogidas y han de germinar, porque hay aquí ansia de ellas y de labios del Vizconde salen organizadas y llenas de vida.

Lo único que nos pareció pueril fué el final, sobre si la vida merece ser vivida o no, queriendo contraponer su manera de ver a la de don Víctor Pradera.

El señor Vizconde, como técnico de reformas sociales, es siempre cumbre; como hombre de doctrina, como filósofo hace un papel muy desdichado al lado del señor Pradera. *Suum cuique.*

BUSCANDO CAUCES AL DINERO ESPA- La depreciación de la moneda extran-
ÑOL. — EL CONCURSO BANCARIO DE jera en los últimos años es un fenó-
MONEDA EXTRANJERA. meno natural, y el tiempo que lleva-

mos de paz (llámese así) ha servido para conocer más claramente la bancarrota a que han llegado las naciones en guerra, si se exceptúa los Estados Unidos. En España muchos adquirieron grandes cantidades de dinero extranjero cuando todavía el cambio se mantenía a un nivel medio. Habiendo descendido éste en proporciones no imaginadas, los poseedores de valores extranjeros se encuentran en la imposibilidad de movilizar ese capital si no quieren sufrir considerables perjuicios.

Para remediar este mal se ha constituido el "Consorcio Bancario", cuyo fin es la absorción de la moneda extranjera para darle una aplicación más útil, sin perjuicio de la economía nacional ni de los particulares. La operación no deja de ser sencilla, lo difícil es llevarla a la práctica. El "Consorcio Bancario" con esa moneda extranjera comprará títulos de la nación respectiva —fondos públicos, valores ferroviarios, metalúrgicos, etc.—, y de esa manera, un dinero que permanecía quieto, y por tanto improductivo, se convertirá en productivo y generador de nueva riqueza.

Hasta ahora se ha llevado a efecto el "Consorcio Bancario" para la moneda italiana, y si prospera, luego irá detrás otro organismo para Francia, Alemania e Inglaterra.

EL HISPANOAMERICANISMO. — CORRIEN- La aproximación económica y cul-
TES DE APROXIMACIÓN ENTRE ESPAÑA tural entre España y América es un
Y LA AMÉRICA ESPAÑOLA. deseo que late hace tiempo en el co-

razón de muchos españoles y de muchos americanos. Todos los buenos hijos de esta noble España —e hijos son los de acá y los de allá— anhelaban que los lazos de amor y los lazos económicos fuesen cada vez más fuertes. Este ha sido el tema de innumerables discursos, de artículos periodísticos, de conferencias y de libros. Se ha tachado este movimiento de palabrero, y gran número de españoles, siempre dados a admitir todo lo que significa o se *juzga* defectos de la raza, daban esto por asentado y pasaban de largo, creyendo haber descubierto otra vez nuestra América y hasta la misma España. No ha faltado, sin embargo, quien se atreviese a afirmar resueltamente que lo que hacía falta era más palabrería, más propaganda idealista. Se quejaban de que después de apagarse el entusiasmo que despertaba una conferencia y de no oírse los aplausos, todo el mundo se retiraba con el corazón más o menos lleno de buenos deseos, pero sin que nada cristalizase en la realidad. "Cosas nuestras —se decían—; todo el tiempo lo hemos de emplear en hablar." Y no tenían en cuenta esos buenos señores e intelectuales que la causa de no hacerse nada práctico estaba precisamente en la falta de propaganda, en no haberse difundido lo suficiente esos idealismos. Para estas cosas no basta que unos buenos señores se reúnan en un salón de conferencias o en un teatro,

pronuncie uno un discurso sobre la materia convenida y los demás aplaudan. Es necesario algo más, es necesario que la idea se haga verdaderamente popular, que se apodere del cerebro de un pueblo.

Hoy día creemos que las corrientes de aproximación entre España y América española han entrado por una nueva fase. El nombre de España ha crecido mucho en todas las partes del mundo, y más en América. Hoy sus hijos de uno y otro lado se sienten más orgullosos de ser españoles. Si antes era común entre gente adinerada de América revolver esos papeles para encontrarse ascendientes españoles, hoy bien creo yo que revolverán aunque sea un archivo entero.

A España hoy se la está haciendo justicia. Su verdadera historia se está escribiendo, y la historia de su obra colonizadora, cotejada con la de otras naciones, pone muy alto el nombre de nuestra Patria. Hoy se ha visto cómo la colonización española y los procedimientos de España en los países conquistados y salvajes han sido los más cristianos que ha empleado nación alguna. Hasta ahora se nos estaba calumniando; ahora va triunfando la verdad. Esto no pueden menos de agradecérselo nuestros hermanos de allende los mares, y creemos que algo y aun mucho habrá influido en los sentimientos que tienen para España en estos momentos.

LA INDUSTRIA PATRIA. Abundante es la producción de libros sobre España y América. En LA CIENCIA TOMISTA se ha dado cuenta, en un Boletín, de muchas de estas obras.

Por otra parte, la industria española y la banca española, dos cosas que suelen ir paralelas, han tomado nuevos rumbos en armonía con el progreso de España. Los Bancos se han multiplicado en España, y los que ya existían han aumentado su capital, poniéndoles en condiciones de ser la base de grandes industrias.

Hace poco leíamos que el Banco de Bilbao, uno de los de mayor crédito del mundo bancario y cuyas acciones se cotizan a 3.700 pesetas, había suscrito en firme para los Saltos del Duero 150 millones, ampliables a 600 millones. Por su parte la industria ha adquirido grandes proporciones, tomando los verdaderos caracteres de la industria moderna. La misma empresa de los Saltos del Duero es un indicio de cómo se extiende hoy en España la industria, pues los varios saltos, los mayores de nuestra Patria, que se esperan construir en las provincias de Zamora y Salamanca podrán producir en hulla blanca una fuerza de *un millón de caballos*, que aunque sean cálculos galanos, son bien consoladores, aun reducidos a la tercera parte.

Hace unos días la sociedad de Altos Hornos de Bilbao compró los astilleros de Nervión del señor Rivas, fundiéndose en una sola sociedad. En suma, se crean nuevas empresas a lo grande, como lo pide la industria moderna, y las ya existentes amplían su capital, absorbiendo negocios de igual naturaleza, para de ese modo poder mejor competir.

Todo esto, unido al mucho dinero que hay en España, ha hecho pensar en la conveniencia y necesidad de estrechar los lazos económicos con las

repúblicas hispanoamericanas. Con esto se conseguirían dos ventajas: un buen negocio para el dinero español y la aproximación hispanoamericana. En la industria hay base sobrada para ello, pues los productos son distintos, y lo que allí sobra aquí nos hace falta, y nuestras exportaciones son allí muy bien acogidas y algunas veces explotadas bajo etiquetas extranjeras.

Algo ya se ha hecho. El último año, por ejemplo, el Gobierno argentino adquirió en España cuatro millones de bolsas de yute; millones que, como ha dicho el embajador argentino en Madrid, fácilmente se podían multiplicar. En cambio, la importación de carnes argentinas, contando con buenos frigoríficos en Madrid y en varios puertos, resolvería un buen problema en España.

También se ha hablado de la concesión de varios empréstitos en España para varias naciones americanas. Para la Argentina hemos leído que está concedido. Esto, sin duda alguna, será un bien para nuestra Patria y una base para las relaciones económicas entre la madre patria y sus antiguas colonias. Claro está que antes debe atenderse a la economía nacional; pero en vez de autorizar empréstitos de nuestros sempiternos enemigos de Europa, bien está que nuestro dinero vaya para allá. Con esto el nombre de España crecerá aún más, y la creencia de que ciertas naciones europeas eran insustituibles desaparecerá en beneficio nuestro. Vayan, pues, en buena hora los empréstitos, y la industria y la banca española extienda su influencia por todos los países que hablan la lengua de Cervantes.

LA OBRA DE LA CONFEDERACIÓN CATÓLICOAGRARIA. — EL NUEVO BANCO CONFEDERAL. Es motivo de gran satisfacción el tener que escribir o hablar algo de esta organización social católicoagraria cuyo radio de acción y cuya importancia resalta por encima de todas las similares instituidas en España.

Para que juzgue el lector por sí mismo, pondré aquí algunos datos que indiquen una mínima parte de la obra.

La Confederación tiene dos secciones principales, además de otras: la sección de Comercio y la de Crédito. Por la de Comercio tiende a proporcionar al labrador todo cuanto necesite: abonos, maquinaria, instrumentos de labranza, aceite, mantas, semillas..., en una palabra, todo lo que suele gastar un agricultor en un pueblo. Claro está que no todas estas cosas las proporciona por igual; pero a ello tiende. Por hoy el abono será seguramente el elemento que más se ha departido. En el presente se han distribuido por medio de la Confederación y de sus 56 Federaciones, 4.196.300 kilogramos de nitrato, y eso que el nitrato es relativamente poco empleado. Si fuésemos a ver el superfosfato que recibieron los Sindicatos en el último otoño, esa cifra quedaría muy baja. Para calcularlo no hay más que tener en cuenta el superfosfato que suele emplearse y que el número de Sindicatos pasa de 4.000, con más de medio millón de socios o labadores.

Pero la Confederación no se contenta con esto y actualmente está enviando muestrarios de mantas, panas y telas blancas a todas las Federa-

ciones para que los agricultores puedan hacer sus pedidos con conocimiento perfecto de lo que piden.

En el número de enero de la hermosa *Revista Social y Agraria*, órgano de la Confederación, se encarece la importancia de los muestrarios. Esto es una necesidad, pues, teniendo en cuenta lo desconfiado que es el labrador, en vano se le ofrecerán mantas, semillas, telas, etc. El no se aventura a pedir. Con los muestrarios cree que los pedidos se centuplicarían y darían margen para poder sostener esos mismos muestrarios.

La sección de Crédito de la Confederación es, sin duda la más importante, pues es la base de las otras y muy especialmente de la de Comercio. Durante el año de 1919, la Caja de Crédito Confederal ha hecho las operaciones siguientes: Préstamos y apertura de cuentas de crédito por valor de 668.598 pesetas. Por saldo de imposiciones se han reintegrado 215.998 pesetas. Se han satisfecho por interés de imposiciones 13.016 y se han cobrado por interés de préstamo 30.146 pesetas. Las imposiciones por todos conceptos importan 734.475 pesetas. Esto no se refiere más que a la Caja central de Madrid, pues si tuviéramos en cuenta las cajas de Federaciones y Sindicatos sumaría varios millones.

En el momento que escribo se está deliberando sobre la constitución de un verdadero Banco confederal con un capital de 15 millones de pesetas, representados por 30.000 acciones de 500 pesetas cada una y distribuidas en dos series, A y B. Con este nuevo organismo la solución del problema del crédito agrícola quedará perfectamente asegurada, y, sobre todo, la Confederación, en sus grandes operaciones comerciales, tendrá una base sobre que operar. Las acciones de la serie A serán 2.000 y pertenecerán exclusivamente a la Confederación, con lo cual el Banco siempre será confederal, y no podrá, por las andanzas del tiempo, perder el carácter con que es fundado. Las de la serie B serán de suscripción pública, teniendo preferencia las Federaciones y Sindicatos fundados con responsabilidad solidaria.

Las ganancias líquidas que produzcan las operaciones del Banco con la Confederación, Federación y Sindicatos se repartirán en la siguiente proporción: 1/3 para la Confederación y 2/3 para el Banco. De estos dos tercios y de la totalidad de beneficios producidos por las demás operaciones se pagará primeramente un 6 por 100 al capital desembolsado, y si después de lo destinado al fondo de reserva, al personal y al Consejo, aún quedase dinero, se destinará a pagar a los accionistas un 10 por 100 suplementario. En esto verán nuestros lectores que la colocación del dinero no puede ser mejor.

LEGISLACIÓN SOCIAL.—LA JORNADA
DE OCHO HORAS.

El 16 de enero publicó la *Gaceta* las disposiciones relativas a la aplicación de esta jornada. Las disposiciones

abarcan dos partes principales: la primera se refiere a las normas generales y la segunda establece un cuadro de excepciones. El criterio que ha seguido

el Instituto de Reformas Sociales es ciertamente amplio, como convenía que fuese si no quería inferir grandes perjuicios a muchas industrias.

Se establece el cómputo semanal de la jornada de cuarenta y ocho horas para aquellos trabajos que por su naturaleza o por circunstancias especiales no pueden establecer de una manera fija la jornada diaria de ocho horas. También se deja margen a los contratos entre patronos y obreros para ampliar las horas de trabajo, siempre que no pasen de cincuenta en el mes, y de ciento veinte en un año; cuando afecta a toda una industria o gremio de una localidad, pueden llegar a doscientas cincuenta.

El salario que se abonará por estas horas de trabajo tendrá un recargo no menor del 20 por 100 y de 40 por 100 en las horas nocturnas. De estos trabajos extraordinarios se exceptúa a los menores de diez y ocho años.

Las excepciones son muchas, como no podía ser por menos, pues en ciertos trabajos, ya sea por naturaleza, ya por lo fáciles, sería injusto incluirlos en el cuadro general. Así, los servicios domésticos, los porteros, pastores, guardas rurales, el de minas a gran altitud, los camareros de hoteles, etc., están excluidos. En la agricultura se exceptúa a los mozos de labranza internos, a los obreros ajustados para las faenas de la recolección, etc., etc. El plazo de experiencia durará todo el año de 1920.

También se han tenido en cuenta los deberes religiosos de los obreros, ordenando a los patronos que a sus obreros internos les dejen libres las horas necesarias para estos fines.

EL CENTENARIO DE CONCEPCIÓN ARENAL. El centenario de esta insigne mujer, tan docta escritora como piadosa cristiana, se ha celebrado en toda España con extraordinaria brillantez. Es cierto que ha sido algo oficial, pero eso no ha quitado nada de espontaneidad y de cariño al espíritu de estos actos. Concepción Arenal es conocidísima en toda España, es popular entre todos los hombres de mediana ilustración. Su caridad, su alma de apóstol, sus escritos han penetrado por todas partes, y es conocida en las cárceles y en los hospitales, en la Universidad y en la escuela, entre los juristas y los sociólogos.

Mujer extraordinaria, se multiplicó de una manera asombrosa, y tan pronto se colocaba al frente del hospital de Miranda de Ebro como escribía poesías, tan fácilmente visitaba las cárceles como asistía a la Universidad con arreos varoniles. Sus *Cartas a los delincuentes* y sus *Estudios penitenciarios* serán siempre tenidos en cuenta por todos los que se preocupan del tratamiento que debe darse a los criminales para conseguir los altos fines que se pretende. Y sus *Cartas a un obrero* y otras obras semejantes, saturadas de caridad, son leídas con gusto por todos los sociólogos.

El centenario se ha celebrado, por orden oficial, en todas las capitales de España y en otros sitios que no son capitales. En Madrid, y en su patria chica, Galicia, ha revestido el centenario mayor esplendor, como era na-

tural. Al celebrarlo se ha pretendido no sólo ensalzar la memoria de la ilustre escritora, sino también propagar sus ideas y sus escritos, que seguramente contribuirán a mejorar el ambiente social que se respira en nuestra Patria.

ACADEMIAS Y RECEPCIONES ACADÉMICAS. *En la Academia Española.—Recepción de don Gabriel Maura y*

Gamazo.—El señor Maura y Gamazo entra en la Academia por méritos, no valido del ilustre apellido que lleva. Versó su discurso sobre “Algunos testimonios literarios e históricos contra la falsa tesis de la decadencia nacional”, y tanto por su fondo como por su forma mereció el aplauso del público.

—El día 1.º de febrero fué también recibido como académico de número don Manuel de Sandoval, desarrollando en su discurso el tema “Lo inconsciente y lo involuntario en las obras literarias y poéticas”, contestándole el insigne maestro Rodríguez Marín.

—*En la de Ciencias Morales y Políticas.*—Como académico de número ingresó don Javier Vales Failde, uno de los sacerdotes más cultos del clero español. El recipiendario estudió la “Historia, organización y facultades del Supremo Tribunal de la Rota de la Nunciatura en España”, contestándole en nombre de la Academia el Marqués de Figueroa.

—El 24 de febrero fué recibido en la misma Academia el señor Alcalá Zamora. El tema de su discurso fué: “La jurisprudencia y la vida del Derecho.”

—*En la Academia de la Historia.*—El día 1.º de marzo tomó posesión de la plaza de académico de número don Eduardo Ibarra y Rodríguez, cuyo discurso versó acerca del origen y vicisitudes de los títulos profesionales en Europa, especialmente en España.

LA SALA “CERVANTES” DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

Con asistencia de los Reyes se inauguró esa sala, en la que aparecen ejemplares de 637 ediciones, de las 800 que cuenta

el *Quijote*, en veinticinco lenguas. La sala está adornada con cuadros de Muñoz Degraín y de su discípula de Castillo.

El Ministro de Instrucción se entusiasmó tanto con la inauguración, que puso a la firma regia un decreto para que se leyese el *Quijote* todos los días un cuarto de hora en todas las escuelas nacionales, resolución disparatada, puesto que la lectura del *Quijote* no es para niños pequeños, que llegarán a aburrirse de ella. Aun dado que los niños se hallasen en condiciones de entender el *Quijote*, como hay muchos escritores españoles que escriben tan bien como Cervantes, que tienen méritos que Cervantes no tiene, aún cuando él en algunas cualidades supere a los demás, resultará ineducativo ese exclusivismo que les hará creer en la penuria de la Literatura castellana, de la que se les exhibe un modelo tan sólo.

SALAMANCA.—**EN LA ACADEMIA DE** Educar a la juventud y adiestrarla moral y científicamente para las lides del presente y del porvenir es uno de los fines

a que debe aspirar todo centro docente. Aunque la Academia de Santo Tomás de Salamanca no sea un centro docente, en el sentido que suele darse a esta frase, sí educa y prepara intelectual y moralmente a la juventud estudiosa de la celeberrima y secular Universidad salamanquina. Numerosos son los actos que celebra todos los cursos. En ellos, a la vez que ejercita las facultades intelectuales de los jóvenes, se acostumbran éstos a dirigir la palabra a un público numeroso y culto que siempre les escucha, dejando así a un lado los temores que atan la lengua a la gente novata.

En ella coadyuvan profesores y estudiantes, pues unos y otros toman práctica en las conferencias que se dan en la Academia, y unos son socios honorarios y otros numerarios, pasando éstos de 200.

UNA NUEVA PASTORAL DEL PRIMADO. Otra vez el cardenal Guisasola da una nota solemne de comprensión de los grandes problemas sociales, y esa nota de previsión serena interesa, seduce, apasiona y llega a conmover y a provocar discusiones, no sobre su conveniencia, que ésta es palmaria, sino sobre su alcance.

La ley del sacrificio se titula y será bien la tomemos por norma en estos tiempos, pues otea el eminentísimo Prelado desde las mayores alturas los sucesos de actualidad y sigue los de nuestra Patria con una puntualidad maravillosa.

FR. VENANCIO D. CARRO.

Corregidas ya las pruebas de este número, recibimos una noticia dolorosa, que nuestra fe nos veda calificar de infausta, pero que para las crónicas de LA CIENCIA TOMISTA infausta nos parece. Uno de los que más han trabajado en ellas, en organizarlas, en traducirlas, en completarlas y en redactar algunas, acaba de fallecer en Villarreal (Valencia), donde había ido por prescripción facultativa a reponerse de las terribles consecuencias de un ataque de hemiplejia que le dió el año pasado y del que parecía casi curado. Una segunda acometida de la terrible enfermedad, que había dejado débil aquel roble, le llevó de esta vida a la eterna, acabando de cumplir los cuarenta y tres años y cuando tanto podía esperarse de su alta formación intelectual y de su espíritu de laboriosidad, realmente extraordinario.

Se había dedicado a las ciencias físicas y naturales, que enseñó con gran competencia en los colegios de Santa María de Nieva y Avila; pero tenía un criterio teológico e histórico que honraria a muchos profesionales y llevaba cuenta de los sucesos de actualidad, sobre todo del Extremo Oriente, donde había vivido algún tiempo, y de Inglaterra y Norteamérica,

cuyo movimiento científico, social y religioso le preocupaba y quería se reflejase pleno en las columnas de LA CIENCIA TOMISTA.

En *Misiones Dominicanas*, esa revista tan atrayante en que se transformó el *Correo Sino-anamita*, hizo también una labor anónima admirable, que Dios le habrá premiado.

La última cuartilla que escribió para nuestra revista, recibida hace pocos días, y acaso la última que saliese de su pluma incansable, es la siguiente, que queremos copiar, más que como noticia, aunque es preciosa, como recuerdo de lo que él era para nosotros y de la puntualidad con que procuraba que las crónicas se completasen:

*"Para la crónica inglesa.—CONVERSIÓN DE UN OBISPO PROTESTANTE.—*No es cosa ordinaria la conversión de un Obispo protestante al Catolicismo. Generalmente se trata de hombres que antes de ser elevados a una dignidad tan preeminente ya tienen formada una convicción sobre la solidez de su posición en el terreno de la doctrina religiosa que representan. Por eso es muy digno de tenerse en cuenta el hecho de la conversión al Catolicismo del Obispo de la Iglesia Episcopal americana doctor Kinsman de Delaware. En una larga carta a sus superiores, fechada en julio de 1919, exponía ya las razones por las cuales renunciaba al Episcopado, las cuales se reducían a ésta: que la Iglesia Protestante no puede enseñar con certeza ni mandar con autoridad, y, por consiguiente, no puede ser la verdadera Iglesia de Cristo. Luego vino a descubrir de deducción en deducción que la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia de Jesucristo, y tuvo, finalmente, el valor de confesarlo públicamente y de obrar en conformidad con esta convicción."

Este era el padre José María Corbató, trabajador anónimo tan admirable por su laboriosidad como por su modestia, puesto que sólo una vez se logró que apareciesen sus iniciales en LA CIENCIA TOMISTA, por la que tanto tiene buscado y afanado. Y ese artículo, firmado sólo con iniciales, sobre un asunto tan alejado de nuestras preocupaciones como la unión de la Iglesia Cismática, tuvo resonancia y fué traído a cuento en revistas extranjeras y dió origen a otros varios, cuando luego vino la revuelta de los protestantes sobre el Congreso o Concilio mundial de todas las Congregaciones cristianas.

El padre Corbató, que tan en poco tenía sus trabajos, tenía en menos su vida, y cuando Dios le probó con el primer ataque y llevaba ya trazas de curación, no se atrevía a pedir a nuestro Señor que le sanase, porque decía que él dejaba con gusto la vida y que eso de escoger el momento de la muerte es asunto en el cual no están bien las plegarias sino las disposiciones para recibir órdenes de arriba.

Fué primo suyo el famoso y asendereado padre J. Domingo Corbató y deja en la Orden un hermano, el padre Hermenegildo Corbató, que desde China ha firmado alguna crónica en nuestra revista.

A nuestros lectores una oración por el docto, infatigable y modestísimo padre José María Corbató.—LA REDACCIÓN.



ITALIA

Dos revistas nuevas de alto porte, órgano de dos centros de estudio importantísimos, acaban de aparecer por nuestra Redacción, pidiendo cambio, que fué adivinarnos el pensamiento, por tratarse de una relación que nos favorece.

La una, *Biblica*, se dedica a materias de Sagrada Escritura, a las que nosotros tenemos siempre que dedicar parte considerable de nuestras columnas, y serán órgano del *Instituto Biblico* de Roma.

La otra, *Gregorianum*, es órgano, a su vez, del gran colegio que en Roma tienen los padres jesuitas y viene avalorada en su primer fascículo por firmas de tanto crédito como las del cardenal Billot y el padre Matiussi, que son, al mismo tiempo, una garantía de espíritu tomista. Probable es, sin embargo, que más de cuatro veces tengamos que refutar alguna opinión expuesta en *Gregoriana* o contestar a alguna refutación que ella haga de nuestro pensamiento. De cualquier manera que ello sea, lo tendremos a gala y procuraremos desenvolver, como hasta aquí, las discusiones de la CIENCIA TOMISTA en el noble ambiente de la polémica objetiva y nunca personal. Que eso, aun así, escandalice a algunos espíritus pusilánimes, no nos extraña; pero no es cosa de cambiar si nos lo echan en cara. Los tomistas seremos, a veces, intransigentes, duros, incoercibles, todo lo que se quiera en esa línea, todo menos comparsa de halagadores. En nuestras campañas habrá rudeza, habrá quizá ignorancia, pero nunca mediarán valores entendidos. Lo que nos parezca equivocación, lo notamos, lo combatimos con más o menos garbo, y en paz. Esta refutación no impide el recibir libros y revistas de molinistas con todos los honores. La discusión, siendo para aclarar la verdad, y no por contención, siendo modesta y caritativa, es edificante y señal de vigor intelectual y de sinceridad cristiana.

Este espíritu de oposición escolástica no impide que recibamos con todos los honores toda la producción literaria que traiga el marchamo de *Gregoriana* y nos hagamos cargo en todas las secciones de su valor como si se tratase de bienes de la casa, pues de la casa grande todos somos, ya que disintamos en la manera de describirla y arreglarla, y más hoy que la bandera tomista nos cobija de uno al otro extremo.

Lo que más nos agrada en las nuevas revistas, agradándonos mucho su presentación y todos sus trabajos, es que aparezcan como órganos de los grandes centros que representan y de su movimiento intelectual, porque ese palenque es tan necesario hoy como las concertaciones literarias filosóficas y teológicas antiguamente, con ser ellas el termómetro de la intensidad intelectual que se despliega dentro de sus muros.

Los padres del Inmaculado Corazón de María empiezan también, en Roma, la publicación de una revista canónica titulada *Commentarium pro religiosis*, en la cual los padres Maroto, Larraona y Goyeneche hacen gala de su pericia canónica, el padre López teje una Crónica tan curiosa que, a pesar de amplitud, está pidiendo más.

INDIA

No sé si los ilustrados lectores de LA CIENCIA TOMISTA leerían una crónica que envié por marzo del año pasado. Contaba en ella noticias verdaderamente sensacionales acerca de la anarquía en la India durante los diez últimos años, sus ramificaciones y cómplices, principalmente en París; todo sacado de documentos oficiales. Como yo no he recibido sino alguno que otro número de la Revista, no sé si llegaría a la Redacción; tengo, sin embargo, razones para sospechar que mi crónica no ha pasado más allá de la papelera del censor francés.

Lo más que ha dado que hablar al pueblo y ayudado a llenar las columnas de la Prensa fueron los sucesos acaecidos en varias ciudades del norte de la India a principios de abril del año pasado. Algo de ello se publicó en la Prensa; sin embargo, voy a recordarlos brevemente.

En vista de los crímenes anárquicos que periódicamente venían cometiéndose en la India, principalmente contra oficiales ingleses, el Gobierno de Inglaterra nombró una comisión que investigase las causas y procedimientos de esos patrioteros criminales e indicase los remedios para reprimir todo desmán anarquista en adelante.

Los miembros de este tribunal de investigación cumplieron a las mil maravillas su cometido, y al poco tiempo apareció una larguísima reseña de los crímenes y conspiraciones del último decenio. Como preventivo, abogaba por la reforma del procedimiento criminal en los tribunales, introduciendo algunas medidas draconianas y sumarísimas que, si no estoy mal informado, fueron aprobadas por el Gobierno.

Tanto la relación sobredicha como las medidas adoptadas fueron calificadas como irritantes e inoportunas por los afectos al Gobierno, y como una argolla más al cuello del esclavo indio por los descontentos. Esto dió pie a una serie de protestas ruidosas en todo el territorio gobernado por los ingleses.

No paró aquí todo: un famoso patriota indio, mister Gandhi, hombre idolatrado por la multitud, a quien arrebató con su elocuencia, recorrió las principales ciudades de la India predicando la resistencia pasiva a esas leyes inicuas y opresoras, según él las calificaba, y propagando la liga "Satyagraha" (Defensa de la verdad), que él había fundado en el Africa del Sur para defender a los indios emigrados de la opresión de los blancos. Los miembros de esta liga se comprometen con juramento solemne a desobedecer pasivamente toda ley que, según el dictamen de su conciencia, sea injusta; pero como no todos pueden o conocer la ley o dictaminar sobre los inconvenientes de ella, una Comisión de los principales miembros se encarga de criticarla y comunicar su opinión a todos; quedando, no obstante, libres los individuos para seguirla o desechar tal opinión.

El número de asociados de esta liga es incontable, debido a la popularidad y habilidades del propagandista, a quien obedecen las masas como un ejército disciplinado. Sin embargo, el pobre hombre se lamenta de

que no todos entienden su doctrina. Esta verdad fué tristemente comprobada por los sucesos del 8 de abril.

Para protestar de las leyes sobredichas determinó la Comisión que el día 6, en todas las principales ciudades de la India, cesara el trabajo y todos los juramentados y los que con ellos simpatizasen salieran a la calle en manifestación silenciosa, es decir, una huelga general en toda regla.

En efecto, aquel día se lanzaron a la calle millares, por no decir millones, de hombres de todos géneros y castas; se discursó *per longum et latum* y protestaron en todos los tonos; pero sin ocurrir incidente alguno de mayor cuantía, hasta que, dos días más tarde, corrió por todas partes como reguero de pólvora la falsa noticia del encarcelamiento de mister Gandhi.

Entonces la fiera popular lanzó un rugido y se echó sobre la presa. ¿Qué es lo que pasó? Aquí no nos hemos enterado sino de algunos detalles publicados en la Prensa. En varias partes quemaron las estaciones del ferrocarril, bancos, algunas casas y comercios europeos; cortaron las comunicaciones telegráficas y, por desgracia, se derramó sangre humana.

Se dice que pasan de ciento los ingleses asesinados; pero yo no respondo de la veracidad de tal noticia.

La Prensa, por supuesto, ha estado amordazada para contarnos lo que el Gobierno hizo al reprimir estas revueltas; pero ahora, con motivo de la formación de un tribunal de investigación, que ha ido recorriendo los lugares de la tragedia, publica noticias verdaderamente espeluznantes e indignas de una nación civilizada. Vaya una de muestra. En una ciudad insignificante (1), el oficial inglés mandó hacer fuego sin previo toque de atención para que la multitud se dispersara, y el tiroteo no cesó hasta que las municiones se agotaron, resultando 2.000 víctimas, entre muertos y heridos. Llamado a declarar, respondió que él podía haber dispersado la gente sin disparar un tiro; pero que quizá la multitud hubiera vuelto otra vez y reído de él, cosa derogatoria a su dignidad...

A otro lugar, compuesto de gente pobre, le echaron una multa correspondiente a 425.000 pesetas, usando medios indignos para cobrarla. En fin, necesitaría varias páginas para enumerar los atropellos de una y otra parte, y eso que aún se esperan noticias más sensacionales.

Por de pronto, en el Congreso nacional de la India y en algunos diarios ingleses se ha pedido la deposición del Virrey y de los oficiales que intervinieron en las revueltas.

LAS REFORMAS POLÍTICAS. En agosto de 1917, el secretario de Estado inglés para la India, mister Montagu, que vino aquí a enterarse personalmente del movimiento político y de las aspiraciones de los indios, prometió satisfacer sus deseos de independencia, dándoles mayor participación en el régimen de la India, para que fuesen edu-

(1) Jallianwala Bagh. Casi todos los datos que cito, están tomados del *Madras Mail*, periódico gubernamental, desde fines de diciembre hasta idem de enero.

cándose en el manejo de los asuntos públicos y poder llegar en breve a la completa independencia.

Al año o poco más apareció el proyecto de reformas para que se discutiese e indicasen los inconvenientes que de su realización pudieran seguirse.

Este proyecto fué la manzana de la discordia que introdujo la división entre los miembros del Congreso Nacional de la India, formándose entonces dos partidos principales: el de extremistas o radicales y el de moderados o liberales. Según los primeros, el tal proyecto era un insulto más, y, por tanto, el pueblo indio debía rechazarlo como ridículo, puesto que hoy la India puede gobernarse a sí misma. Los moderados, por otra parte, más sesudos, dijeron: "¡Bien venido sea!"

Todos los distintos grupos políticos del Indostán enviaron a Inglaterra sus respectivas comisiones, casi todas a protestar, menos los moderados, que con su actividad e influencia fueron a introducir algunas mejoras, teniendo la fortuna de conseguir 31, de las 36 que pedían. Por fin, aquel proyecto, con sus reformas, se convirtió en ley a mediados del pasado diciembre.

La substancia de las reformas es como sigue:

La India continuará dividida en nueve provincias o distritos, como hasta ahora; pero todos serán de la misma categoría. Cada provincia constará de: a), un Gobernador y Ministros que formarán un Consejo bajo su presidencia; b), diputados o Cámara legislativa. Todas las provincias serán autónomas, excepto en algunos puntos. El Gobierno de la India tiene una composición casi igual, a saber: a), el Virrey y su consejo, compuesto de indios y europeos; b), el Senado con 60 miembros, de los cuales 34 serán elegidos por el pueblo o comunidades respectivas; los restantes, nombrados por el Gobierno; c), Parlamento de 140 diputados, 100 elegidos por el pueblo y 40 por el Gobierno.

El Secretario de Estado inglés no intervendrá en los asuntos en que el Virrey esté de acuerdo con sus legislaturas o con las diversas cámaras provinciales.

Hay otras muchas concesiones; pero temo alargarme demasiado y quizá no sea del agrado de los lectores. Sin embargo, conviene que sepan que a las mujeres se les ha concedido el voto *conditionate tamen*.

En opinión de algunos, la comisión inglesa ha redactado estas reformas precipitadamente, lo cual algo tiene de verdad, pues Bonar Law, uno de sus miembros, dijo que es necesario publicarlas antes del gran mitin o sea el Congreso nacional de la India.

Y, en efecto, grandes nubarrones se veían en el cielo político de la India; grande era la efervescencia y amargas las críticas de amigos y enemigos del Gobierno; pero la publicación de las reformas una semana antes de dar principio a las sesiones del Congreso, desbarató los planes de unos y calmó el resentimiento de los otros. El Rey de Inglaterra, por su parte, en una proclama exhortaba a los indios a unirse y hacer que estas reformas den un resultado práctico y se habiliten para la completa inde-

pendencia que, como en el acta se consigna, será dentro de diez años. Daba también generosa amnistía a la mayor parte de los presos políticos y anunciaba la visita del príncipe heredero para inaugurar las Cámaras y el nuevo Concilio de Reyes, según las nuevas reformas.

EL CONGRESO NACIONAL DE LA INDIA. Grande es la importancia que se concede a este Congreso, por ser el reflejo del alma civil de la India; sin embargo, este año, a pesar de haber sido más largo, no ha sido fecundo en resultados prácticos. Desbaratados sus planes por la política inglesa, han pasado cuatro días declamando filípicas contra el Gobierno y tomando en sus resoluciones una posición tan extremista y radical, que dudo pueda producir el nuevo estatuto el efecto que se desea. Han determinado los radicales acapararse de todos los puestos que hay por elección popular, lo que causará una lucha vivísima. La unión indiomahometana, formada durante las famosas revueltas, se ha estrechado en este Congreso, privando así al Gobierno de un arma política, pues desde hace mucho tiempo los ingleses venían favoreciendo a los mahometanos en contra del indio. La causa de esta unión ha sido el haber tocado una buena parte de los sufrimientos y matanzas a los fieles del Korán, principalmente en Punjab, y ser algunos de sus miembros los adalides de la política radical, que es la que hoy más vocea en la India.

LOS CRISTIANOS INDIOS. A fines de enero, un buen número de católicos y protestantes se reunieron para tomar medidas con relación al presente movimiento político, bajo la presidencia de monseñor Aelen, arzobispo de Madras. Los principales oradores fueron los dos representantes de los intereses cristianos en el Consejo de la India, un católico y un protestante.

Se exhortó a todos a que tomaran parte activa en la política. Hasta ahora los cristianos creían que el Gobierno y los respectivos prelados les defenderían sus intereses; pero con el nuevo sistema las cosas han cambiado, y, por tanto, todos, incluso las mujeres, deben tomar parte e interesarse por el bien de la comunidad, y para ello los sacerdotes y pastores, sea desde el púlpito o desde fuera, enseñen la importancia y necesidad de este movimiento. Se habló de la conveniencia de enviar un delegado a Inglaterra que expusiera el derecho de los cristianos a tener ocho puestos en el Parlamento en vez de tres, que solamente se les ha señalado, o como mínimum seis, dada la superioridad de la educación entre los cristianos sobre todas las otras comunidades. Además de estos seis miembros elegidos por la comunidad, debe permitirse que los cristianos se presenten para las candidaturas libres.

También se abogó por fundar un periódico político para defender los intereses comunes; pero yo creo que esta idea, aunque buena, no llegará a realizarse.

PROBLEMAS DIFÍCILES. De tal pueden calificarse algunos asuntos que están sobre el tapete inglés; por ejemplo, la cuestión del Sultán o el Kalifato, como aquí se dice.

Los rumores de que eso que se llama el Congreso de la Paz quiere quitar de Europa la media luna, ha causado aquí en la India grandísimo revuelo, no sólo entre los mahometanos sino también entre muchos indios, amigos suyos circunstanciales.

Hán llovido memoriales a las autoridades y se ha enviado a Inglaterra una comisión de los principales adeptos al Profeta, y se asegura que Inglaterra les favorecerá; de lo contrario se expone a serios disgustos de los 61 millones de musulmanes que hay en la India.

Cuando a mediados del pasado diciembre se celebraron aquí las fiestas de la victoria, los musulimes se negaron a toda demostración de júbilo y prohibieron a sus hijos recibir los premios o regalos que con tal motivo se repartían en las escuelas.

Otra de las cuestiones que preocupan al Gobierno es el pleito, largo ya, no de fácil solución, que hay entre los bramanes y no bramanes. Para conocer el *modus vivendi* de la gran casta hay que vivir en la India y no fiarse mucho de libros. La doblez, sagacidad y malas artes para acapararlo todo, son cualidades innatas en todo bramán. Si uno de ellos entra en alguna oficina con empleo, tarde o pronto conseguirá el monopolio exclusivo de todo para él y sus correligionarios; el jefe de oficina será un juguete en sus manos, y desgraciado el no-bramán que haya tenido la suerte de ocupar allí un puesto. No habrá calumnia que no caiga sobre él; será inepto para todo y al fin tendrá que abandonarlo.

El Gobierno teme adoptar medidas por no disgustar a los semidioses; pero el clamoreo de los de abajo va siendo cada día más agudo y tendrá que verse obligado a cambiar el presente estado de cosas.

No quiero acabar mi Crónica sin decir una palabra de lo que pudiéramos llamar tópicos de la Prensa moderna: las huelgas y el bolchevismo. Las primeras, como la gripe, se han extendido por todo el mundo y no hay señales de que acaben. En Bombay, Madras y Calcutta se puede decir que desde el armisticio están en huelga. La mayoría de las fábricas de Bombay están paradas, lo mismo que otras muchas profesiones, y aunque se les promete un aumento considerable, no llevan trazas de arreglarse.

Hasta fines del 1918, el pueblo entero se sacrificó en silencio; pero llegó el fin de la guerra y los sacrificios se aumentan de día en día, el precio de todo es elevadísimo y los jornales no suben, lo que es causa de que la balanza social se desequilibre.

Del bolchevismo aparece casi a diario en la Prensa de aquí algún suelto diciendo el peligro que se corre de que entre en la India. Parece que Lenin y Po han decidido ilustrar al Asia formando grandes centros de propaganda. Por de pronto, han entablado relaciones amistosas con Afghanistan y de este reino ha marchado a Rusia una comisión para amaestrarse allí. Se dice que los rusos están resueltos a propagar su evangelio en todo el Oriente, prin-

principalmente en la India. Sin embargo, no faltan optimistas que afirman no ser el Asia campo abonado para tales doctrinas. Ni en Afghanistan, dicen, ni en Persia, etc., se concibe un régimen que no sea hereditario, y en la India, ni en sueños pudiera ocurrir la idea de igualdad entre bramanes y castas bajas.

Especiosa es la idea, por cierto; pero mucho se va viendo estos últimos años, y aunque un bramán jamás se despoje de su cordón sagrado, sabe muy bien representar el papel de hipócrita.

Acabada mi Crónica recibo un papel católico indio con la siguiente noticia: "Hasta ahora hemos tenido pan-germanismo, pan-slavismo, pan-islamismo, en adelante tendremos pan-asiatismo. ¡No nos faltará pan! Acaba de formarse la liga pan-asiática, de origen japonés, con sus cuarteles en Mukden y ramificaciones en todo el Este, teniendo Calcutta el dudoso honor de ser el primer centro en la India. El cacareado objeto de esta liga parece ser: "El levantar los millones de raza amarilla para conquistar la "libertad." ¿Incluirá esto la libertad de Corea y China? Suponemos que la India será libertada de la dominación de la raza blanca para descansar en los tiernos brazos de la amarilla."

FR. FAUSTINO C. D.

Puthempally, febrero 2, 1920.

FILIPINAS

Dos líneas nada más, para acusar presencia de noticias o de preocupaciones, que vienen a ser noticias a medias, que, a veces se malogran.

Estos pueblos que hemos dado en llamar jóvenes, no porque lo sean, sino porque han entrado más tarde que otros en la aceptación de ciertas novedades, ven en ellas la redención, y por utópicas y perniciosas que sean, las aceptan con facilidad y hasta con entusiasmo.

No hace mucho se aceptó aquí el divorcio, que, gracias al poso cristiano de estas gentes, no ha hecho la cuarta parte de los estragos que hubiera hecho sin él. Era una barbaridad, estaba en pugna con las ideas del pueblo y con sus conveniencias; pero era una idea nueva, democrática, salvadora y había que asirse de ella, aunque quemase.

La Abstemia.—Ahora es preciso dar unas zancadas más en el sendero del progreso, y está presentado el proyecto-ley sobre la abstemia, que, condicionada, no deja de estar bien; pero absoluta tiene poco de democrática, por muy modenra que se la considere. Los ministros protestantes son los portaestandartes de este proyecto-ley, rechazado por el elemento español y por la generalidad del pueblo filipino. Veremos quién lleva el gato al agua en la cuestión legal, y, sobre todo, quién hace cumplir esa ley, aun dado que se vote.

Sufragio.—El sufragio femenino era natural tuviera partidarios en este pueblo impresionista y joven en enésima juventud, como tantos otros. Sin embargo, este problema tan seductor no ha encontrado aquí todavía el eco que en otros países más atrasados. Y eso que empuña la bandera del feminis-

mo la esposa misma del Gobernador general mister Harrison, que ha dado multitud de conferencias sobre el feminismo.

Hace algún tiempo que la ilustre oradora y otras que la secundan no dejan oír sus airados discursos. Dicen que es un paréntesis que impone el Carnaval, que está empezando y esperan haga la competencia al tan afamado de Nueva Orleans.

Los del sexo fuerte se preparan, en cambio, para celebrar por todo lo alto una exposición internacional en el año próximo con motivo de las fiestas centenarias del descubrimiento de estas Islas por el gran Magallanes. Actualmente se están terraplenando y nivelando los campos para la exposición, de cuyo feliz éxito están encargados un Comité general y varios sub-Comités ejecutivos.

El teatro acaba de perder uno de sus mejores elementos en el gran barítono hispanofilipino Brías, recién llegado a Manila, después de un viaje lleno de triunfos artísticos por la península. En Barcelona y en el Real de Madrid recogió entusiastas aplausos e incontables laureles; y ahora, apenas llegado al seno de su familia, con un porvenir sonriente y halagüeño, una traidora neumonía bronquial ha llevado a su Criador el alma que encerraba aquel cuerpo robusto y pletórico de vida. Ha fallecido cristianamente a los veintinueve años de edad.

. FR. J. LABRADOR.

Manila y enero.

REVISTA DE REVISTAS ⁽¹⁾

Ciudad de Dios (La), 5-20 de diciembre de 1919. A. RODRÍGUEZ: *El justo salario y el sindicalismo* (conclusión). Teniendo en cuenta la parte que en la fabricación de un objeto ponen el obrero y el patrono se llega a la conclusión rigurosa de que casi todo el valor de la venta de dicho objeto corresponde al patrono, porque el producto de un objeto fabricado debe repartirse con sujeción a estas cuatro leyes o normas: "1.^a Lo que cada uno de los cooperadores en la fabricación de un objeto reciba de su venta debe ser proporcional a lo que ha puesto en la fabricación de dicho objeto. 2.^a Cada uno de los cooperadores en la fabricación de un producto debe recibir de su enajenación una parte proporcional a los riesgos corridos. 3.^a El que está a las pérdidas debe estar a las ganancias; es decir: el que se ve obligado en caso de fracaso de la empresa a sufrir grandes pérdidas debe tener grandes ganancias en el caso de éxito. 4.^a Debe haber proporción entre el trabajo empleado para elaborar un producto y la remuneración que por el trabajo se reciba." Nota el articulista que si se discurriera sobre esos datos precisos se deduciría "que la casi totalidad de los rendimientos de una fábrica pertenecen al empresario; y distribuida la pequeña parte que al trabajo asalariado corresponde entre todos los obreros, resultaría el jornal de cada uno de éstos mezquino, irrisorio, de todo punto insuficiente, no sólo para sostener una familia, sino ni al más frugal de los obreros." Pero como esto no puede ser, ¿qué ley es la que ha de regular los salarios marcando lo que han de recibir los obreros para sostenerse a sí mismos y a sus familias? El articulista señala y explica la ley que se dice "de la oferta y de la demanda".—R. GONZÁLEZ: *El teatro religioso en la Edad Media*.—G. ANTOLÍN: *Real Biblioteca de El Escorial* (continuación).—F. M. DEL RÍO: *Seres orgánicos e inorgánicos* (conclusión). = *Idem*, 5 de enero de 1920. J. MONTES: *El arbitrio judicial en la determinación de la pena*. Doctrina de los antiguos tratadistas españoles acerca de la materia.—V. BURGOS: *Atención afectiva, sensorial e imaginativa*.—B. GARNELO: "*La Casa de la Troya*", de Pérez Lugín.—M. REVILLA: *La Biblia de Valvanera*. = *Idem*, 20 de enero. A. GARRIDO: *El trabajo a domicilio en España*. Después de lamentar el abandono tan prolongado por parte del Gobierno español en legislar sobre el trabajo a domicilio, pasa a comentar el proyecto de ley presentado por el señor Burgos y Mazo sobre la reglamentación del trabajo a domicilio.—F. GARCÍA: *Pérez Galdós*. Sin regatear los méritos literarios, justamente llama la atención el articulista sobre el carácter anticlerical y sectario de Galdós.—G. ANTOLÍN: *Real Biblioteca de El Escorial* (continuación).—J. MONTES: *El arbitrio judicial en la determinación de la pena* (conclusión). = *Idem*, 5-20 de febrero. *Carta apostólica de nuestro Santísimo Padre Benedicto XV*.—M. REVILLA: *La Biblia de Valvanera*.—J. RODRIGO: *La elección del*

(1) Esta sección ha sido redactada por los padres Corbató (Valencia), Aguado (Vergara) y Vigil (Madrid).

Presidente de la República francesa.—J. MONTES: *La costumbre como fuente del derecho penal.*—Expone la doctrina de los antiguos tratadistas españoles sobre la materia.—J. ZARCO: *Antonio Pérez.* Relación de la prisión de Antonio Pérez, secretario de la Majestad del Rey Felipe II y de las revoluciones de Zaragoza en 24 de mayo de 1591.—B. GARNELO: *Doctrinas pedagógicas de San Agustín.*

Civiltà Cattolica (La), 3 de enero de 1919. *L'auspizio del nuovo anno.* Los auspicios son de revolución y guerra civil, fruto de la simiente del año anterior, que no debe llamarse año de la paz, sino “año de las hipocresías de la política”, “año de las desilusiones”.—*La lettera apostolica del S. P. Benedetto XV su la propagazione della fede nella età presente* (Comentario).—*Meriggio d'Etiopia.* Narración histórica, en forma de novela, de la unión de la Iglesia de Abisinia con Roma. Cap. I. Descripción de la Corte del “Rey de los reyes”.—*Le “Mémorie religiose” di G. Tommiolo.* Crítica encomiástica de dichas Memorias, recientemente publicadas.—*Rassegna artistica.* Crítica de cinco obras diferentes sobre arqueología románica y bizantina. = **Idem,** 17 de enero de 1920. *La “folia del naturalismo” nel “folle anno” che è finito.* El segundo epíteto de llamar loco al pasado año es de la misma Prensa liberal de Italia. El articulista hace resaltar la causa de esa locura, que es el olvido religioso.—*Il cattolicismo in Russia e la sua condizione legale.*—*La restaurazione morale e la “Rerum novarum”.* Quisiéramos que el articulista, en vez de declamar tanto sobre la resignación y sacrificio religiosos, propusiera las soluciones prácticas que se desprenden de la Encíclica; porque con agrupaciones católicas bien orientadas frente a las agrupaciones socialistas, y no con sermones, ha de ganar la batalla social la Religión.—*Meriggio d'Etiopia* (novela histórica). Narra el viaje del segundo patriarca católico Alfonso Méndez y sus seis compañeros desde Baylur a Tremona.—*La catalisis chimica.* Análisis del libro de idéntico título del jesuita español Eduardo Vitoria. = **Idem,** 7 de febrero de 1920. *Crítica del salariato.* El articulista, como si se hubiera percatado de nuestro pensamiento sobre el artículo anterior, precisa en éste la cuestión social, contrapesando las ventajas e inconvenientes del salario. Comienza por establecer su licitud, contra los socialistas, que lo creen una explotación, un robo, una servidumbre más injusta que la esclavitud gentilicia. En esta parte encontramos al articulista algo débil, pues, encareciendo la importancia del capital en las obras de progreso, se olvida de encarecer también los excesivos beneficios que el capital se apropia y los exiguos que deja al obrero; y en esta desproporción y desequilibrio que se nos entran por los ojos hemos de ver la causa de las actuales perturbaciones. La parte dedicada a la crítica de inconvenientes la resume el articulista de este modo: “El sistema del salario: 1.º, se presta fácilmente a los avaros procedimientos del capitalismo y a conculcar la dignidad del obrero; 2.º, daña a la misma producción; 3.º, invierte la función moral del trabajo, separando la clase patronal de la obrera, en vez de vincularlas y armonizarlas”.—*Il Concilio Vaticano e la condanna degli errori moderni.*—*La Parusia negli epistole di S. Paolo...* El sentimiento de San Pablo acerca del tiempo de la Parusia. Para investigar este sentimiento recopila el parecer de todos los padres griegos, desde Orígenes a Teofilacto, haciendo notar cómo, a pesar de las diversas interpretaciones que dan al pasaje *Sed nos qui vivimus, qui residui sumus in adventum Domini*, todos convienen en afirmar o dar a entender que San Pablo personalmente no pensaba vivir hasta el tiempo de la Parusia.—*Del campo di Grödig a Braunau.* (Del diario de un capellán prisionero.)—*Conversioni e convertiti recenti.* Examen somero del libro *Les témoins du Renouveau catholique*, del padre Mainag, O. P.—*Le ragioni dell'arte nella censura per il cinematografo.*

España y América, 15 de diciembre de 1919. P. B. IBEAS: *Un caso de moral filosófica: ¿Hay derecho de propiedad sobre la riqueza empleada en el lujo o en el vicio?* Como preámbulo para resolver la cuestión hace un muy atinado comentario a dos artículos de Santo Tomás, en los que el Santo habla del derecho de propiedad.—P. J. DELGADO: *Cosas que claman al Cielo.* “Son las escuelas de España. Es el número, es la orientación, es la higiene, es el ajuar..., es la falta de

todo esto en las desdichadas escuelas de la Nación.”—P. Atilano SANZ: *El Romancero y el Quijote: Don Quijote en Sierra Morena*.—P. G. CASTRILLO: *La acción político-comercial de los extranjeros en los mercados de China*.—P. JOSÉ MOURIÑO: *Boletín canónico: La excomunión según el “Codex Juris canonici”*.—**Idem**, 1-15 de enero de 1920. P. G. MARTÍNEZ: *El feminismo y las diversas profesiones y carreras*. Defiende el derecho natural de la mujer al ejercicio de las diversas profesiones y carreras, corroborando la tesis con abundantes datos de la Historia.—P. B. IBEAS: *¿Hay derecho de propiedad sobre la riqueza empleada en el lujo o en el vicio?* (continuación). Desenvuelve el concepto de riqueza; es “copia o suma de bienes apropiables capaz de satisfacer, en más de lo suficiente, las necesidades vitales de quien la posee. La esencia de la riqueza como *cuánta* la da la relación entre el consumo y la posesión, es de carácter eminentemente relativo, y como *cuál*, la frase *copia de bienes apropiables*, porque sólo constituyen riqueza los económicos”. Los únicos agentes productores de la riqueza son la naturaleza y el trabajo; prescindiendo del influjo de la naturaleza y la producción, ¿en qué relación está la producción de la riqueza y el trabajo? ¿Se le debe atribuir, en cuanto esfuerzo individual, todo lo que produce? El articulista está en que no, fundándose en el concepto de solidaridad en que viven todos los individuos de la especie humana. “Un agente engendrador de riqueza, aun trabajando aisladamente, no la produce sólo para sí, sino para todos, recibiendo, a la vez, de éstos auxilios casi mayores que las fuerzas propias.” Si se atiende a la intervención de la sociedad en lo que el individuo produce, “no parecerá ilógico concluir que la riqueza pertenece a la sociedad cuando el propietario de la misma pierde a ella sus derechos, ya que la riqueza es efecto del trabajo individual primero y del trabajo social después, o del concurso que al trabajo individual presta la sociedad”. Vivir con lujo es proceder irracionalmente, puesto que es utilizar la propiedad o la riqueza contra sus propios fines. Hasta en los gastos del culto puede haber excesos, porque “el fin de la religión es, no alabar a Dios, como se dice, sino unir el hombre a Dios, haciendo vivir Dios en el hombre...” “Las prácticas y pompas religiosas son medios de lograr ese fin, y, por consiguiente, son laudables y buenas y sólo en la medida que acerquen las almas a El.”—E. NEGRETE: *La bancarrota del transformismo*.—MARQUÉS DE SABUZ: *De literatura galaica: Galicia y la poesía de los gallegos*.—P. J. FARPÓN: *Jesucristo, hoy y eternamente*.—P. L. ALVAREZ: *La base del orden social: moral socialista*.—P. A. J. BARREIRO: *El Congreso de las Ciencias de Bilbao*.—**Idem**, 1-15 de febrero. P. G. MARTÍNEZ: *La mujer y la cultura*.—P. B. IBEAS: *Un caso de moral filosófica: ¿Hay derecho de propiedad sobre la riqueza empleada en el lujo o en el vicio?* En el anterior artículo definió lo que se entiende por *lujo relativo* y *lujo absoluto*; en el presente contesta con argumentos que no tienen vuelta de hoja a la siguiente tesis: *No hay derecho de propiedad sobre la riqueza empleada en el lujo y en el vicio o en el lujo relativo y absoluto*.—P. E. NEGRETE: *Por si la copla venía en serio*.—MARQUÉS DE SABUZ: *De literatura galaica: La política del gallego y de los himnos galicianos*.—P. Atilano SANZ: *El Romancero y el Quijote*.—P. J. FARPÓN: *Jesucristo, hoy y eternamente*.—P. A. J. BARREIRO: *El origen de la raza indígena de las islas Carolinas*.—P. L. ALVAREZ: *La base del orden social: moral socialista*.

Ecclesiastical Review (The), January, 1920. Rev. LUCHESIUS SEMLER, O. F. M.: *Simplification of the Calendar*. Sobre el Calendario y una posible simplificación y uniformación de las fiestas, para que todos los años, en los mismos días, hubiese las mismas festividades. Propónese un arreglo para este fin y se tienen en cuenta las dificultades que se pueden presentar, que, aunque serías y atendibles, tienen solución.—Rev. T. J. AGIUS, S. J.: *The relation of scruples to mental breakdown*. Se estudian con cierta amplitud las causas de los escrúpulos, especialmente la debilidad mental y sus variadas formas.—Rev. William J. KERBY, S. T. L.: *Occupational hazards in clerical life*. Las ocupaciones de la vida sacerdotal y sus efectos, especialmente en orden a la salvación de las almas, se estudian con cariño y con elevación de miras y de doctrina.

na.—Rev. James A. BOYLAND, D. D.: *Church Music and the parish school*. La música eclesiástica: sus adelantos en los Estados Unidos y progresos posibles todavía atendiendo a este particular en las escuelas parroquiales.—Rev. T. B. MORONEY: *Catholic activity in behalf of the negro*. Las misiones y obras religiosas de los Estados Unidos para promover la conversión de los negros y atender a sus necesidades religiosas.—Rev. Charles A. BRUEHL, Ph. D.: *Survey of the present condition of Philosophy*. Ojeada general al estado de la Filosofía contemporánea; prometedoras esperanzas de la Filosofía católica.

Biblica, 1920, núm. 1. A. VACCARI: *La theoria nella scuola esegetica di Antiochia*. Los Padres de los siglos IV y V entendían por la palabra "teoría" en materias exegéticas un sentido encerrado en la Sagrada Escritura superior y de más valor que el literal o histórico. Para los alejandrinos "teoría" era lo mismo que "alegoría"; para los antioquenos, en cambio, significaba esa palabra algo opuesto a la alegoría. Julián de Eclana define así la *teoría*: "Theoria est... in brevibus plerumque aut formis aut causis earum rerum quae potiores sunt considerata perceptio." Y ese concepto de la teoría implica cuatro propiedades: 1.^a, supone siempre necesariamente el sentido literal o histórico; 2.^a, presenta a la mente otro objeto además del significado directa y primeramente por el sentido literal; 3.^a, ese primer sentido se refiere al segundo como lo inferior a lo superior o como la imagen al objeto que ella representa; 4.^a, ambos objetos son términos inmediatos de la teoría, aunque de modo diverso. Esto tiene lugar principalmente en las profecías típico-mesiánicas, en las que, según Teodoro de Mopsuescia y sus discípulos, el profeta, además de los sucesos relativos al pueblo judío, preveía a Cristo, y preveía ambos objetos simultáneamente, de modo que su vaticinio no se puede atribuir en parte a uno y en parte a otro, sino todo a los dos. Al pasar el profeta de una predicción de carácter puramente histórico a un vaticinio mesiánico no interrumpe el contexto ni abandona el asunto de su narración, sino que lo penetra más íntimamente como viendo representada en la imagen la verdad real. Cuando la profecía es de orden tan sublime que tiene sólo un cumplimiento parcial en el pueblo judío por rebasar los límites de éste, se ha de entender, ya de él, ya de la persona de Jesucristo. Y el sentido mesiánico así explicado debe llamarse literal, no alegórico, y es opuesto al sentido histórico.—J. B. FREY: *Le concept de "vie" dans l'Evangile de St. Jean*. La idea expresada por esta palabra en el IV Evangelio tiene estrecha unión con la persona de Jesús, con su misión entre los hombres y con sus relaciones con el Padre. En el transcurso del relato evangélico presenta distintos matices y aspectos, formando en conjunto algo complejo, para cuya apreciación no son de desestimar los datos se habla generalmente de la vida en su forma natural; en los libros proféticos y que nos suministran los demás libros escriturarios. En el Antiguo Testamento sapienciales se da a esa palabra un significado de orden religioso, y en algunos casos se habla de la vida eternamente bienaventurada. El autor del *Libro de la Sabiduría* es el que presenta más afinidades de concepto con San Juan. Los sinópticos hablan de la vida eterna como de algo adjetivo. Para San Juan "la vida" es una realidad presente y futura a la vez: presente, que se nos comunica con la posesión de Jesús, y futura, en cuanto que en este mundo no puede llegar a su perfección. Para el Evangelista no hay, en realidad, más que una vida, y ésta, eterna por su naturaleza. La muerte no es una destrucción, sino un tránsito de esta vida, que reviste una forma imperfecta, a la vida eterna plenamente bienaventurada.

Gregorianum (Rivista trimestrale di studi teologici e filosofici), enero, 1920. Card. L. BILLOT: *De Deo prima causa efficiente, exemplari et finali universi*. Reflexiones preliminares a unos artículos sobre "Dios como causa eficiente, ejemplar y final".—A. VERMEERSCH: *De mendacio et necessitatibus commercii humani*. En este artículo define la mentira como suelen definirla los teólogos católicos y defiende su malicia intrínseca.—O. MARCHETTI: *La perfezione della vita cristiana secondo S. Tommaso*. La perfección cristiana consiste, según Santo

Tomás, en los actos frecuentes del hábito de la caridad. Defiende esta idea contra Suárez, y termina examinando varias fórmulas, más o menos vagas e imprecisas, que tienden a expresarla.—B. JANSEN: *Quonam spectet definitio Concilii Viennensis de anima*. Después de recordar las polémicas de los padres Zigliara y Palmieri, circunscribe el error de Oliví por documentos posteriores a la polémica, define y circunscribe el sentido de la célebre definición conciliar.—P. GENY: *Metafisica ed esperienza nella Cosmologia*. Relaciones entre la filosofía y la ciencia positiva. El problema cosmológico de la constitución de los cuerpos. Defensa del argumento de las mutaciones substanciales.—C. G. QUINIATI: *Coscienza e fatti psichici*. "Cuando surge duda sobre si un hecho psíquico dado se ha de considerar como consciente, inconsciente o subconsciente, esto podrá definirse buscando cuáles son sus actuales relaciones con el sentido íntimo y con el campo de la conciencia sensitiva."

Harvard Theological Review (The), enero. D. G. LYON: *Crawford Howell Toy*. Monografía del doctor Toy, investigador "en ciencia bíblica y en religiones".—G. A. REISNER: *Recent discoveries in Ethiopia*. Detalles de los tres grandes periodos en que se divide la historia de Etiopía antes de Cristo.—H. N. BROWN: *Psichic research*. Alrededor de la telepatía, la identidad de la persona, la inmortalidad y el escaso fruto de las investigaciones psíquicas.—R. M. GORDON: *Two contrasting attitudes towards evil*. El idealismo cree que el mal no puede eliminarse del mundo por ser un elemento de moralidad; el realismo cree que sí puede eliminarse. Ambos sistemas son incompletos.

Month (The), january, 1920. Rev. H. LUCAS: *The mischief of usurped authority*. Sobre controversia anglicana moderna. Es curioso observar los extravíos de algunos escritores que creen hablar con una autoridad que no tienen al pueblo, que ellos persisten en llamar cristiano.—S. F. SMITH: *The Virgin-Birth*. El augusto misterio de la maternidad y virginidad de María Santísima es tratado ampliamente desde el punto de vista de la revelación y enseñanzas cristianas.—Rev. J. B. RYAN: *To reconstruct the Past*. Sobre la reconstrucción del pasado histórico de Inglaterra. Señala los hechos que han sido mal explicados por historiadores parciales y que necesitan ser nuevamente estudiados, para que la verdad impere en la Historia.—Rev. H. THURSTON: *Some physical Phenomena of Mysticism*.—*The odor of Sanctity*. Los olores gratísimos de que a veces ha ido acompañada la santidad son estudiados en los testimonios fehacientes de algunos escritores de vidas de Santos.—J. GERARD: *Obiter Scripta, mainly about "Scientists"*. Escritos póstumos del padre Gerard, eminente escritor, especialmente sobre argumentos de controversia tomados de las ciencias naturales.—**Idem**, february, 1920. H. ROBINS: *The Progress of Eugenic campaign*. Sobre la propaganda inmoral de literatura maltusiana, hasta en documento oficial del Ministro de Sanidad (Minister of Health), se da cabida a ideas de esta clase, que se refutan largamente.—Rev. H. THURSTON: *The founders of modern Spiritualism*. Los iniciadores del movimiento espiritualista (mejor dicho estaría espiritista, pues se trata de *mediums* y comunicación con los espíritus de los que ya fallecieron) son estudiados en su desarrollo histórico y doctrinal.—Rev. J. H. POLLEN: *Father John Strassmayer, S. J., assyriologist*. Datos biográficos del eminente asiriólogo padre Strassmayer, S. J.—Rev. Sydney F. SMITH: *"The Times" and M. Loisy*. Examen del último libro de este desgraciado escritor, en el que, al hablar de "los misterios paganos y el misterio cristiano", se le ve cada vez más alejado de la fe de la Iglesia Católica.

Princeton Theological Review (The), enero. G. Vos: *Eschatology of the Psalter*. El Salterio tiene escatológico carácter. Su escatología no es mítica ni astronómica, como las paganas, sino histórica, teista y aun teocéntrica, profundamente espiritual, mesiánica. Aun hoy es educadora de las almas.—B. E. WARFIELD: *Albrecht Ritschl and his doctrine of christian perfection* (2.º). Expone y critica la doctrina de Ritschl sobre la justificación y la perfección cristiana desde el punto de vista ético y religioso. Ritschl continúa empleando los términos re-

conciliación, justificación, perdón, adopción, regeneración, santificación; pero todos y cada uno denotan en su estilo humanos, no divinos, actos.—D. S. GAGE: *Problems of peace*. Los problemas de la paz son: el problema de ideas, ideales y principios; el problema del progreso; el problema del dominio del hombre; el problema del poder; el problema del imperio; el problema de la democracia; el problema de la familia; el problema de la fuerza; el problema de la religión; el problema de las misiones. Sin Cristo, el Príncipe de la Paz, son insolubles.

Razón y Fe, enero de 1920. P. VILLADA: *El sufragio femenino en España*. ¿Se puede o se debe conceder a la mujer, como se concede al hombre, aun en España, el derecho de sufragio en las elecciones públicas? Expone las soluciones extremas y enumera algunas de las soluciones intermedias. En el presente artículo refuta los argumentos del redentorista P. J. X. Godts, el cual expresa su sentir sobre el particular en estos términos: "En consecuencia, por lo que hace a las mujeres, ni *electoras* ni *elegibles*... ni para el Ayuntamiento, ni para la provincia, ni para las Cámaras populares, ni para el Senado. Tal es la enseñanza de la revelación y de la sana razón." El articulista deshace suficientemente los argumentos aducidos.—N. NOGUER: *La producción y la jornada de ocho horas*. Para establecer la relación entre el rendimiento útil del trabajo y el número de horas de trabajo es necesario estudiar las "causas que influyen en la distinta proporción de aquellos dos términos". En este artículo se estudia la influencia del elemento obrero (la fatiga y las causas voluntarias, las causas naturales).—J. M.^a DEL BARRIO: *El profesorado nacional privado*. Aboga por la libertad de la enseñanza privada, demostrando que el enseñar es función social, perteneciendo el ejercicio de la enseñanza por derecho natural tanto al individuo como a las asociaciones. "El monopolio de la enseñanza por el Estado es un despotismo intolerable. Privar a la sociedad de una de las funciones más nobles; estorbar o dificultar a los ciudadanos, bien aislados, bien asociados, el ejercicio de uno de sus derechos naturales, y esto el Estado, el mismo organismo jurídico creado precisamente para servir de salvaguardia a todos los derechos, es una tiranía degradante."—E. UGARTE DE ERCILLA: *El histerismo y la responsabilidad*. ¿Son responsables las personas histéricas? Rechaza la respuesta negativa, fundado en que el histerismo no anula por completo la voluntad, y admite la responsabilidad atenuada, gradual.—P. LETURIA: *El Primado Pontificio y el séptimo Concilio cartaginés, presidido por San Cipriano* (conclusión).—C. BAILE: *Noticia de un libro viejo y de una gloria olvidada*. Habla del libro que lleva por título: *Vida del siervo de Dios, exemplar de sacerdotes, el Venerable Padre Fernando Contreras, natural de esta ciudad de Sevilla del hábito clerical de N. P. S. Pedro...*, escrita por el P. Gabriel Aranda, de la Compañía de Jesús. En Sevilla, 1692.—M. M.^a S. NAVARRO NEUMANN: *El Congreso Nacional de Ingeniería*. = *Idem*, febrero. H. GIL: *La "Carta Apostólica" de Su Santidad sobre las Misiones*.—N. NOGUER: *La producción y la jornada de ocho horas* (conclusión).—J. M.^a DEL BARRIO: *El profesorado nacional privado* (conclusión).—A. PÉREZ GOYENA: *Jansenismo en España*.—C. EGUÍA RUIZ: *Gabriel D'Annunzio*.—J. A. DE SABURU: *La especificidad celular y la evolución filogenética* (conclusión).—M. M.^a S. NAVARRO NEUMANN: *El Congreso Nacional de Ingeniería* (conclusión).—A. DE MADARIAGA: *El Padre Gonzalo Coloma, S. J.*

Revue Neo-scholastique de Philosophie, février, 1920. H. PINARD, S. J.: *Essai sur la convergence des probabilités* (suite et fin). Precisa lo que se entiende por convergencia de probabilidades y cuáles son sus grados. Reglas críticas de la prueba de convergencia. Aplicaciones del método. Certeza propia de la prueba de convergencia. Es un artículo muy interesante.—J. LEMAIRE: *La connaissance sensible des objets extérieurs*. Como presupuesto para llegar a la solución del problema contesta a estas dos preguntas: 1.^a ¿Cómo es posible que las cualidades y unidad de las cosas penetren y se revelen en nuestra conciencia? 2.^o ¿Cómo es posible que esta misma conciencia, en virtud de la revelación de las cosas mismas, se siente con derecho a objetivar las impresiones, colocando las cosas fuera de sí mismas en el vasto sistema que llamamos universo?" Fundado en la explicación

dada a estas dos preguntas, pasa el articulista a establecer la objetivación del contenido de las representaciones sensibles.—R. KREMER, C. SS. R.: *Le Neo-realisme américain et sa critique de l'idéalisme*.—Raymond M. MARTIN, O. P.: *La question de l'unité de la forme substantielle dans le premier Collège dominicain à Oxford* (1221-1248).

Scuola Cattolica (La), 1 de enero de 1920. Esta revista aparece reformada y mejorada en tamaño y papel, con promesas de grandes mejoras de fondo seguir un plan análogo a LA CIENCIA TOMISTA (artículos, boletines, revista de revistas y bibliografía).—CAN. G. PIOVANO: *Il perchè del nostro programma scolastico*. Diferencia de la libertad de enseñanza según el criterio varias veces reseñado.—A. CELLINI: *San Girolamo e la Bibbia*. Correcciones del Santo a las versiones latinas de los Evangelios, sus vislumbres sobre la cuestión sinóptica, sus estudios, en particular sobre San Mateo.—R. NASCIMBENE: *Il problema escatologico di San Paulo*. Refuta la opinión de los que dicen que San Pablo cambió de parecer sobre la proximidad de la *Parusia* en las cartas posteriores a la II *Ad Corintios*.—Orazio PREMOLI: *Il padre Tondini e la conversione della Russia*. Historia la misión del apóstol barnabita en Servia, como primera avanzada para introducirse en el imperio moscovita.—**Idem**, 1 de febrero de 1920. A. MARINI: *La rinascita de la vita conventuale nella Chiesa anglicana*. Las instituciones conventuales protestantes han sido todas imitaciones de determinados institutos católicos con carácter activo. Comenzaron con la inmigración de los religiosos franceses expulsados por la revolución, y sus individuos (y algunas veces establecimientos en masa) pasan al seno de la Iglesia católica.—G. PIOVANO: *Il perchè del nostro programma scolastico*. Expone perfecta la estatolatría en materia de enseñanza, defendida por socialistas y liberales.—A. BERNAREGGI: *Metodi e sistemi delle antiche collezioni e del nuovo codice di Diritto canonico*. Desde las decretales al *motu proprio Arduum sanie*.—Orazio PREMOLI: *J. P. Tondini e la conversione della Russia*. Trabajos del barnabita hasta lograr el concordato con Montenegro, y en pro de la adaptación del calendario gregoriano y de la unidad de hora (meridiano de Jerusalén).

BIBLIOGRAFÍA

Historia jurídica del cultivo y de la industria ganadera en España, por el excelentísimo señor don Luis REDONET Y LÓPEZ-DÓRIGA. Volumen II.—Madrid. Sobrinos de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos. Miguel Serret, 13. Precio: 6 pesetas. 1918.

Casi la mitad del libro lo forman las “adiciones y enmiendas” al volumen I.

Para los hombres de archivos queda el averiguar si son auténticas las fuentes y las interpretaciones de algunos vocablos. Lo que no puede menos de reconocerse es la utilidad de obras como ésta, por las lecciones prácticas que encierran. ¡Con cuánta verdad se repite que la historia es la gran maestra de la vida! La conclusión que se deduce de la *Historia jurídica*, es que la agricultura y la cría de ganados son las principales fuentes de la riqueza nacional. Eso es lo que han visto y han procurado que se llevara a la práctica los más acreditados gobernantes.

Discútese hoy si debe el Gobierno expropiar fincas que no producen. Pues esta cuestión ya aparece resuelta en el año 337, por un precepto de Constantino, “ordenando que todo el que poseyera tierras fértiles rodeadas de terrenos desiertos, roturase éstos, bajo pena de la confiscación de unas y otros; y los de Valentiniano, Teodosio y Arcadio, declarando decaídos de su derecho de propiedad a quienes permaneciesen dos años sin cultivar sus tierras.”

A la introducción siguen tres capítulos que completan este volumen II. En ellos expone el autor la “historia jurídica” de Aragón, Navarra y Cataluña, desde su origen hasta 1213. De los documentos expuestos se saca que aquellos reyes antiguos hacían señaladas concesiones a los agricultores con el fin de repoblar los respectivos países.

Lo que entonces se hacía con el fin de repoblar ¿no debiera hacerse ahora con el fin de que España no se despueble con tanta emigración?

L'Amour chrétien, par A.-D. SERTILLANGES, O. P., membre de l'Institut, professeur à l'Institut catholique de Paris. Un vol. in-12 de xvi-308 pages, tiré sur papier vergé. *Franco par la poste*: 6 francos.—Librairie Victor Lecoffre, J. Gabalda, Editeur, rue Bonaparte, 90. Paris.

El solo tema tratado por un hombre tan competente como lo es el padre Sertillanges ya es bastante para formarse una idea de las cosas buenas que contendrá el presente libro. Contiene una introducción, en la que el autor explica el carácter que se propone dar a su obra. Propónese estudiar el amor, no en los metafísicos ni en los psicólogos, sino en los moralistas, y moralistas cristianos.

La realidad contenida en la palabra *amor*, la desenvuelve el padre Sertillanges en XVIII capítulos, cuyos índices son los siguientes: I. L'amour en Dieu.—II. L'amour vivant.—III. L'amour dans la nature.—IV. L'amour de Dieu.—V. L'amour mystique.—VI. L'amour vertueux de soi-même.—VII. L'amour du prochain.—VIII. Ordre et object de l'amour du prochain.—IX. L'amitié.—X. L'amour et le mariage.—XI. L'amour dans le mariage.—XII. L'amour paternel.—XIII. L'amour maternel.—XIV. L'amour fraternel.—XV. L'amour filial.—XVI. L'amitié sociale.—XVII. L'amour de communion dans l'Eglise.—XVIII. La société universelle dans l'amour.

El mérito de quien habla de tales asuntos no ha de buscarse en la invención de cosas nuevas. ¿Qué cosas nuevas podrán decirse sobre temas que se vienen tratando desde el principio de la Iglesia por hombres piadosísimos y doctísimos? Y, sin embargo, *L'Amour chrétien* da la impresión de una obra nueva por el arte y por el carácter de actualidad que el padre Sertillanges imprime a sus escritos.

Recomendamos la presente obra, seguros de que cuantos se hagan con ella la han de leer con gran gusto y no menos provecho.

FR. E. V.

Louis ROUZIC. **Le renouveau catholique. Les jeunes avant la guerre.**—Paris, Téqui, 1919. En 8.º, 337 págs.

Dedica el autor al "escientismo" y al "neocristianismo" tres capítulos, breves pero muy interesantes, para quien desee conocer las actitudes religiosas de Francia en el último tercio del siglo XIX. Comprueba la renovación católica, aurora de esperanzas y la analiza en sus elementos, en sus caracteres y en sus causas. De éstas, señala las conferencias de San Vicente de Paúl, la ley de la libertad de enseñanza, la asociación católica de la juventud francesa, el rosario viviente, las enseñanzas sociales, etc. Al final, resume los resultados, que pueden condensarse en esta idea: el mundo moderno vuelve a Cristo.

Es un buen libro.

Louis ROUZIC. **Le renouveau catholique. Les jeunes pendant la guerre.**—Paris, Téqui, 1919. En 8.º, 297 págs.

Dice el abate Rouzic, cómo se preparan los jóvenes para ir a la guerra, cómo van, cómo escriben, cómo piensan, cómo aman, cómo son cristianos, cómo son apóstoles, cómo se batan, cómo mandan, cómo descansan, cómo sufren, como mueren, cómo son llorados, cómo sobreviven, cómo son victoriosos, cómo miran lo por venir.

Es un libro sugestivo, escrito con emoción optimista.

Mgr. GIBIER, évêque de Versailles. **Les temps nouveaux. Le relèvement national.** Paris, Téqui, 1920. En 8.º, 386 págs.

Tiene el libro dos partes. En la primera, nos dice el señor Obispo de Versailles quiénes no pueden contribuir al restablecimiento nacional: los ciegos, los negadores, los escépticos, los sectarios, los arrivistas, los gozadores, los corruptores, los utopistas, los haraganes, los tímidos, los descorazonados, los inútiles, los rutinarios, los intransigentes, la mujer inferior a su misión. En la segunda, nos dice quiénes contribuirán: los muertos, los santos, los apóstoles, los convencidos, los benévolos, los laboriosos, los adaptados, los organizadores, los directores, civiles y religiosos, y los ricos, los educadores, los jefes de familia, la mujer cristiana y francesa. No hay que decir, porque ello se cae de su peso, que el libro va inspirado en un gran sentimiento católico y patriótico. El venerable autor ansía una Francia cristiana, tan cristiana como lo fué en sus mejores tiempos.

FR. M. G.

Don Diego de Muros, obispo de Túy y de Ciudad Rodrigo, de la Orden de la Merced (1405?-1492), por fray Guillermo VÁZQUEZ NÚÑEZ, de la misma Orden. En 4.º, 140 págs. Madrid, J. Pueyo, 1919.

Si a juicio de algunos la figura del mercedario don Diego de Muros no ofrece relieve suficiente para dedicar a su estudio y reconstitución un libro de ciento cuarenta páginas, debe reconocerse, pese a esos críticos de barato, que el padre Vázquez Núñez ha logrado llenar todas esas páginas, no con charla insubstancial y ajena al asunto, sino con exposición nutrida de datos inéditos u olvidados, con reflexiones acertadas y crítica de buena ley. No es éste un trabajo hecho al vuelo, como es tan frecuente en nuestros biógrafos, con grave perjuicio de la verdad, que se presenta sin garantías, y a veces mutilada y adulterada, sino obra paciente, ordenada y selecta, que supone mucho estudio, mucha investigación en archivos y bibliotecas de Madrid y de provincias, y aun de fuera del Reino. ¿Que se precisen años para presentar una monografía como ésta? Eso importa poco. El crítico no pregunta cuánto tiempo ha invertido el autor en su obra; lo que importa es que ésta sea un nuevo avance en la escala del progreso, y ese avance lo realiza el padre Vázquez comenzando por desenmarañar la persona de su héroe, confundida en lamentable confusión por nuestros historiadores con sus tres o cuatro homónimos de la misma época. Y no hubiera sobrado que insistiese más en aclarar este asunto, no del todo nuevo para nosotros, que no hemos logrado hacer encajar satisfactoriamente en esos tres *Diegos de Muros* los hechos que a ese nombre se aplican ni llegar a la distinción cabal de sus personas, sobre todo en cuanto al Diego de Muros secretario del cardenal Mendoza, a quien un investigador tan concienzudo como don Joaquín Hazañas y la Rúa (*Maese Rodrigo*, Sevilla, 1909, pág. 302) hace Obispo de Canarias y de Oviedo, con todas las consecuencias que de ahí se derivan, contra lo que se afirma con más fundamento en esta monografía del personaje mercedario.

Una gran parte de su exposición, particularmente en los primeros capítulos, la dedica el padre Vázquez Núñez a aquilatar los hechos, depurando las informaciones de historiadores tardíos y conjeturando, cuando no se puede más, la verdad histórica. Así propone como probable el nacimiento de don Diego en 1405, su entrada en la Merced en 1421 y su carrera escolar, tanto antes como después de adoptar la vida religiosa, en la Universidad de Salamanca. En 1456 obtuvo la encomienda de Huete; en 1464, la de Guadalajara; al año siguiente fué nombrado predicador y maestro de la Capilla Real, para cuyo ministerio (el de la predicación) tenía grandes aptitudes, y luego, en 1466, ascendió al provincialato de Castilla.

El historiador nos presenta aquí un cuadro del estado de la Provincia de Castilla y de las transformaciones que en ella ejecutó Muros, dando notable empuje a la observancia y a los estudios. Elevado a a Silla de Túy en 1472, llevó un pontificado borrascoso, sufriendo por dos veces prisión en poder de sus enemigos. Pero él, de ánimo valeroso, luchó hasta recobrar la ciudad de Túy, que estaba en poder del Conde de Camiña, dedicándose luego, en unos años de tregua, a la reforma del Clero diocesano, como lo atestiguan las Constituciones sinodales de 1482, monumento de gran interés en la vida de este Prelado. En 1487 fué trasladado a la Silla de Ciudad Rodrigo, donde continuó hasta su muerte, ocurrida en 1492.

La conducta de este Prelado se presta mucho a discusión. Se comprende que al verse envuelto en continuas turbulencias se preparase para la defensa armada, entablase alianzas y se acerasa cada vez más su ánimo, ya de suyo muy resuelto, para no dejarse arrollar por sus rivales. Otro menos esforzado en su lugar hubiera transigido, como parece que hicieron sus antecesores, con detrimento del fuero eclesiástico. A nuestro juicio, su elevación a la Silla de Túy obedeció a una medida de cálculo, porque aquella iglesia requería un Prelado como él. Pronto comprendieron los señores que allí imperaban las condiciones del sujeto con quien debían contender, y el calificativo de *falsa besta* que le daba más tarde

Suero Gómez indica bien a las claras que para ellos era el Obispo un enemigo de cuidado, de cuya intrepidez les sería difícil triunfar. Sólo por eso es digno de todo elogio, y así no tenemos por desacertado el juicio que de él forma el padre Vázquez Núñez.

Historia de la Universidad de Valladolid. *Bulas apostólicas y privilegios reales otorgados a esta Universidad.* Transcripción y notas por don Mariano ALCOCER MARTÍNEZ, jefe de la Biblioteca Universitaria y Provincial, director del Museo Arqueológico. En 4.º, 240 págs., con nueve láminas. Valladolid, Imprenta Castellana, 1919.

Contiene este segundo tomo de *Anales Universitarios* 55 documentos entre reales y pontificios, todos ellos de interés general, pues se refieren a fundaciones, concesiones de privilegios, rentas, administración o pleitos de la Universidad. En conjunto, son un buen complemento del *Libro de Becerro*, del padre Vicente Velázquez, publicado en el primer tomo de *Anales*.

No podemos creer que tanto los Pontífices como los reyes no hayan dirigido a esta Universidad más que los comunicados que aquí se consignan. Nuestro distinguido amigo don Mariano Alcocer, parco siempre en palabras, nada dice en la nota *Al lector* acerca del criterio que ha seguido en la selección de documentos, y ni siquiera hace sospechar que haya hecho selección. Con todo, se advina que ha descontado lo que tenía un carácter particular, de interés puramente biográfico, porque eso le hubiera obligado a triplicar el volumen. Si esto ha sido un acierto o no, cada uno lo juzgará desde su punto de vista. Los que andan afanosos a caza de datos y documentos lo echarán de menos. Los que sólo buscan la vida académica como tal instituto se darán por satisfechos. Por nuestra parte creemos que, de no reservar esos documentos de interés particular para utilizarlos en otro volumen, en que, junto con la indicación de lo que fué *de hecho* esta Universidad —pues la mayor parte de lo publicado hasta ahora más bien corresponde a lo que fué *de derecho*—, se consigne también lo que acerca del personal universitario se encuentra en los libros de Claustros, de Facultades y Matrículas, hubiera convenido, en una forma o en otra, dar alguna noticia de los documentos de ese género que tengan algún para la Historia.

Pero, dejando a un lado apreciaciones personales, en lo que no tiene perdón nuestro coleccionador es en haber omitido la publicación y hasta toda mención de las provisiones y cartas reales relativas a la fundación de nuevas cátedras de Teología a principios del siglo xvii para los dominicos y en el xviii para otras Ordenes. Si en el título del libro puso la palabra "privilegios" con idea de publicar sólo privilegios, entonces están de más algunas cédulas y provisiones reales que inserta. Y de no ser así, más tiene de privilegio y, desde luego, es de mayor trascendencia para la Universidad la autorización regia, para que en ella se establezca una nueva cátedra de Prima de Teología espléndidamente dotada, con que le brindaba un potentado, que la confirmación regia de la renuncia que hace de su cargo un oficial subalterno.

Esas cartas reales a que nos referimos deben conservarse en el expediente o escritura de fundación, y acaso en los libros de Claustros. El padre Velázquez hace varias menciones de las mismas, señalando el estante, legajo y número donde se encuentran. Y, en todo caso, las dos relativas a la fundación hecha por el Duque de Lerma, dadas por Felipe III el 7 de agosto de 1611 y el 4 de marzo de 1612, están íntegras en la *Historia general de la Orden de Santo Domingo*, por el padre Juan López, Valladolid, 1615, páginas 670 y siguientes.

Pero dejemos esto para dar cuenta al lector del contenido del libro.

Los documentos están publicados por orden cronológico, alternando indistintamente los pontificios con los reales. Además de las indicaciones reglamentarias de crítica histórica, a las bulas se añade un resumen de las mismas, y en todo el volumen abundan las notas marginales completando o rectificando el contenido del texto.

En cuanto a los documentos en sí, aun cuando substancialmente casi todos están extractados en el libro del padre Velázquez, bien merecen que se publiquen como colección de fuentes auténticas para ulteriores investigaciones.

No podemos detenernos a hacer el análisis de todo ese material. Entresacaremos tan sólo algunos datos de excepcional interés acerca de la Facultad de Teología.

Desde 1346, y en virtud de una bula de Clemente VI, gozaba indiscutiblemente esta Universidad del título de *Estudio general* (documento 1). (Quede para otros compaginar el contenido de esa bula con la carta dada en 1293 por el rey don Sancho, y en la que se pretende hallar atribuido a esta Universidad ese mismo título.) El Pontífice excluye expresamente de las Facultades que se habían de enseñar la Teología ("praeter quam Theologica Facultate"). En eso no hizo más que seguir la norma entonces acostumbrada, y cuya finalidad no está aún bien dilucidada. A pesar de ello, en 1404 el rey Enrique III, entre otras cátedras, creó en esta Universidad una de Teología, designando para regente de la misma al maestro Alfonso de Bustillo, O. P. (documento 6). Catorce años después, el 8 de julio de 1418, daba Martino V una bula, en que se leen estas palabras:

"Quapropter ad fidei robur, et exaltationem, ad incrementa salutis fidelium, obrioremque sapientium, simul et insipientium aedificationem, ac demum ad nostrae Vniversitatis bonum, decus, et integrum suae perfectionis complementum, instituimus, et ordinavimus, et apostolica autoritate fundavimus in ea Theologicam facultatem, quam regi, moderarique volumus, et statuimus in ea cursus litterarum, praedicationis, et actus scholasticos exerceri juxta morem laudabilem praeclare Vniversitatis studii Parisiensis, secundum quod in litteris nostris desuper confectis plenius continetur; et ut in hujusmodi novae foundationis exordio facultas haec melius possit in actibus scholasticis exercendis, et praefatis consuetudinibus perfectius introduci, virum in his abunde peritum, dilectum filium nostrum Lodovicum de Valle-Oleti Ordinis Praedicatorum, in Theologia Magistrum Parisiensem, eidem facultati praefecimus in Decanum." (Documento 16).

Como se ve, en esta bula se alude a otra anterior, por la cual el Pontífice había instituido en esta Universidad la Facultad de Teología. El señor Alcocer no publica esa bula; pero sabemos que existió y conocemos su fecha y contenido, que concuerda perfectamente con las referencias que hace a ella el texto que acabamos de copiar.

He aquí lo que nos dice acerca de la misma el padre Vicente Velázquez:

"El año de 1418 parece por una Bulla de el Papa Martino Quinto se havia extinguido esta Cáthedra de Theología; porque a petición de los Embaxadores de el Señor Rey Don Juan el Segundo al Concilio Constanciense, en el qual se depuso a Don Pedro de Luna y se nombró al dicho Martino Quinto, instituyó la Facultad de Theología en esta Universidad y nombró por Decano de ella al Maestro Fr. Luis de Valladolid, Religioso de la Orden de Predicadores, hijo de el Convento de San Pablo y natural de Valladolid, uno de los Embaxadores de dicho Concilio, y muriendo éste, nombró por Decano al Cathedrático más antiguo en dicha Facultad. Y por dicha Bulla concede a todos los Doctores y Maestros que se graduasen en esta Universidad según los Estatutos que pueden leer y enseñar en todo el mundo. Así mismo les concede gozen de todos los privilegios, franquezas y libertades concedidas a todas las demás Universidades y en especial a la de París. Su fecha en Constancia, a 6 de febrero de el sobredicho año, la que original se hallará en el Caxón 3.º, núm. 5." (*Libro de Becerro*, pág. 14.)

La Facultad continuó integrada por esta sola cátedra hasta el año 1533, en que el emperador Carlos V confirmó el acuerdo del Claustro para establecer otra cátedra de Teología, con salario sacado de las de Prima de Leyes y de Cánones (documento 35). El mismo Emperador autorizó en 1542 el aumento de salario para dicha cátedra, que se llamó de Vísperas de Teología, confirmando a la vez el acuerdo de establecer cátedra de Biblia (documento 41).

Algunos años más tarde se acrecentó la Facultad con la cátedra de Durando. Se ignora el año preciso de su fundación; pero se sabe que es anterior al 1565, fecha en que se sacó a oposición por haber cumplido en ella el tiempo reglamentario su regente, el licenciado Urbina.

Después, en los siglos XVII y XVIII, se establecieron las cátedras de propiedad de las Ordenes religiosas, de que ya se ha hecho mención.

No deja de ser extraño que en una Universidad de la importancia de ésta estuviera vinculada la enseñanza de la Teología hasta muy entrado el siglo XVI a una sola cátedra, cuando en sus vecinas y rivales las de Alcalá y Salamanca tenía esa Facultad por los años de 1540 seis o siete cátedras. Hay indicios para suponer que el Claustro no cuidaba gran cosa de organizar suficientemente ese estudio, fiando en que la enseñanza completísima que de él tenían los monasterios supliría esa deficiencia. Y así ocurría, en efecto, sobresaliendo entre esos centros de enseñanza extrauniversitaria el Colegio de San Gregorio, cuyas aulas estaban abiertas para cuantos escolares lo solicitaban.

Aunque de época algo posterior, en los libros de Claustros de aquella Universidad han quedado vestigios de ese proceder, y para corroborar nuestra suposición transcribiremos aquí las palabras que a este propósito copiamos hace años del libro tercero de Claustros de aquella Academia.

Claustro de 8 de mayo de 1564. En él se habló del "negocio y causa que la Universidad trata con los estudiantes theólogos, que en hora lectiva de cathedra de propiedad van a oír al Collegio de San Gregorio, para que se nombre persona que de parte de la Universidad siga esta causa. E siendo propuesto por el dicho señor Vice-rector fueron de acuerdo que se siga este negocio a costa de la Universidad e para seguirse se traya luego el processo que está en poder de Juan Ruiz, Secretario de Chancillería e que yo el Notario le entregue a los señores doctores Salado y Corella, Síndicos desta Universidad o a qualquier dellos; e que despues que lo hayan visto den avyso al Señor Rector para que llamen a Claustro y se vuelvan a juntar para tratar de lo que sobre ello se pueda hacer e de lo que a los dichos señores Síndicos les haya parecido" (fol. 1 v.).

El pleito siguió adelante y la Universidad tenía empeño en impedir esa deserción de los estudiantes teólogos, porque ello suponía un desaire para sus cuatro profesores, de que constaba en esa fecha la Facultad.

Pero si aun en esas condiciones ocurrían tales cosas, puede suponerse qué sería cuando sólo había un catedrático de Teología, y más si la Universidad abría en eso la mano, como es natural que hiciese al verse tan mal surtida de catedráticos.

Y no queremos alargar más esta nota, ya tal vez demasiado extensa. Esperamos que no ha de ser este volumen el último que el señor Alcocer publique sobre tan interesantes materias, y siendo él tan buen operario, hay razón para creer en su laboriosidad y acierto.

FR. V. B. DE H.

Monografía histórica del culto a Santa María de Estíbaliz, por J. de EsNAOLA. En 8.º, 92 págs. Vitoria, Impr. del Montepío Diocesano.

Con gran satisfacción hemos leído este librito por la forma sobria, compendiosa y bien documentada con que en él se expone lo relativo a los orígenes e historia del culto a la Virgen de Estíbaliz. Con buen acierto se han relegado a un lugar secundario las tradiciones legendarias, que, además de estar destituidas de un fundamento satisfactorio, más bien descaracterizan que enaltecen el valor de aquel santuario. Aparte del hondo significado moral y religioso que en él se encierra por haber constituido durante muchos siglos el centro de la vida social y administrativa de toda la provincia alavesa, yo, en particular, profeso hacia él un cariño especial por haber transitado frecuentemente por sus alrededores en mis primeros años. Más que santuario eran entonces ruinas abandonadas, y hasta

la devoción del pueblo se había orientado hacia otros centros; pero, gracias a la diligente actuación del Prelado diocesano y de la Diputación provincial, se ha restaurado el templo y atendido al servicio del culto en la forma debida.

Por su carácter dominicano consignaremos aquí el hecho de la fundación de la Cofradía del Rosario en aquel santuario, en 1702, por el padre presentado fray Juan de Villodas, residente en el convento de San Pablo, de Burgos, "y al presente estante en este devoto santuario de Santa María de Estivarez", según se lee en el acta de fundación. No compartimos la opinión del autor al afirmar que este hecho testifica la atracción que en esa época ejercía el santuario sobre la piedad alavesa, porque de otro modo no se explicaría según él, que se le designase como lugar para esa fundación. La Cofradía del Rosario se llegó a establecer, si no en la mayoría, en gran parte de los pueblos de la provincia.

Bien merecidos tiene el autor los honores del premio concedido a su monografía.

Apparitions d'une âme du Purgatoire en Bretagne, por el Vizconde H. LE GOUVELLO. Segunda edición. En 8.º, 50 págs. París, Tequi, 1919.

Contiene este opúsculo el relato emocionante de las apariciones de una religiosa franciscana del convento de Severac (Francia) a su hermana de hábito Sor María de los Siete Dolores, ocurridas desde agosto de 1878 a marzo de 1879. Anteriormente se publicó ese relato en forma abreviada: primero en 1879, sin designar el nombre de esta religiosa, y cuando ella falleció, en 1896, se facultó al autor para que hiciera una relación más amplia, concretando nombres y lugares, la que salió a luz en 1904 en el *Bolletino della pia Opera*. La presente edición reproduce el texto de la anterior, con algunas adiciones. En cuanto a los hechos en sí, una vez que fueron intervenidos por la autoridad eclesiástica y que todos los testimonios humanos los dan por auténticos, no tenemos nada que añadir y creemos que en ello se procedió en conformidad con lo que la prudencia y el buen sentido cristiano recomiendan.

Missae Majoris Hebdomadae et octavae Paschatis ex Missali et Pontificali Romano de promptae una cum commemorationibus festorum quae hoc tempore occurrere possunt. *Editio cum cantu ex libris rite approbatis novissimis etiam rubricis accommodata.* En 8.º, 430 págs. Barcelona, Editorial Litúrgica Española, 1920.

Al mismo tiempo que recibimos este libro, se nos comunica la constitución en Barcelona, con un capital de millón y medio de pesetas, de una Sociedad anónima denominada *Editorial Litúrgica Española, S. A., Sucesores de Juan Gili*, la cual tendrá por primordial objeto emprender, con la intensidad y amplitud que el ramo editorial exige, la publicación de obras litúrgicas y en general de toda suerte de ediciones y publicaciones y el ejercicio de las industrias y comercios con ellas relacionados.

Componen el Consejo de Administración de la referida Sociedad, los señores don Salvador Torras Doménech, don Gustavo Gili y Roig y don Modesto Hernández Villaescusa, en los respectivos cargos de Presidente, Vicepresidente y Secretario, y como Vocales del mismo doña Dolores Gili y Roig, don Francisco Riviére, don Santiago Subirana y don Félix Escalas.

Nos congratulamos de que la referida entidad, cuya solvencia está sobradamente corroborada por las firmas que la constituyen, venga a acrecentar el ramo editorial católico en un aspecto tan poco cultivado en España.

La muestra de sus trabajos que hemos recibido y que va indicada al frente de estas líneas es un testimonio patente de la forma acabada a que se ha llegado entre nosotros en el arte de editar obras litúrgicas; y ello nos mueve a recomendar al Clero español e hispanoamericano que al adquirir sus libros ri-

tuales den la preferencia a esta Casa sobre las extranjeras, ya que en nada es inferior a ellas y pone precios que, aun con la baja del cambio actual, resultarán tal vez más arreglados.

La presente edición de *Misas de Semana Santa y octava de Pascua* está hecha en papel india superior, a dos tintas, con la anotación de canto completa. Contiene, además del texto de las Misas y las rúbricas, la bendición de los santos óleos y las conmemoraciones de fiestas que pueden ocurrir durante esas dos semanas.

La misma Casa ha publicado la segunda edición del *Officium maioris hebdomadae et Paschatis*, que tanta aceptación tuvo el año pasado, y prepara para dentro de breves días una edición del *Breviario romano* en cuatro tomos, tamaño 18.º

FR. V. B. DE H.

Ave María: exposición de la Salutación Angélica, por el padre Antonio GARCÍA. Madrid, 1919.

Un librero nos decía hace poco tiempo que los libros que hablaban de Jesucristo se vendían muy bien, pero que de la Santísima Virgen se escribían tan pocos que tuvieran aceptación, que cuando le anunciaban uno se echaba a temblar. Y es que apenas se ha escrito cosa seria acerca de la Madre de Dios, exceptuando unos pocos autores; la gran cantidad de florilegios y tratados de la Santísima Virgen son cositas lindas, pero superficiales y pueriles. La obra que acaba de publicar el padre Antonio está llena de doctrina y de piedad. En ella reúne lo más hermoso que los Santos Padres de la Iglesia han dicho de María, haciendo consideraciones que por el fervor y la verdad son sabrosas al espíritu.

El padre García Figal al comentar el *Avemaria* en sus sermones responde a una gloriosa tradición, resucitando un tema muy utilizado por los grandes predicadores evangélicos antiguos, y presentado por él con copia de doctrina y novedad de forma.

FR. S. M.

Teología Pastoral y Práctica parroquial con arreglo al novísimo Código de Derecho Canónico y a las prescripciones de la disciplina española, por monseñor José VILAPLANA Y JOVÉ. Segundo tomo.—Pamplona, Editorial Huarte y Coronas, 1918.

Comienza este segundo tomo de la *Teología Pastoral* del señor Vilaplana por lo referente a Esponsales y Matrimonio, tratados que expone con la mayor claridad y sencillez y en forma tan práctica, que no hay sino seguir sus instrucciones para proceder con acierto en materia tan intrincada y que proporciona a los párrocos no pequeños quebraderos de cabeza. Hemos de notar, sin embargo, un pequeño lapsus. En la página 241, hablando de la bendición nupcial, dice que si los novios no ofreciesen limosna por la Misa, el párroco no está obligado a aplicarla, ni a decir la Misa votiva *pro sponso et sponsa*. Ahora bien, según Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 23 de junio de 1853, en los días en que es permitida por las rúbricas la Misa *pro sponsis* hay obligación de decir la para dar en ella la bendición nupcial, aunque si no dan limosna para su aplicación ésta quede a intención libre del celebrante.

En tratados sucesivos explana la doctrina canónica y civil tocante a Lugares y tiempo sagrado, Culto divino, Magisterio eclesiástico, Bienes de la Iglesia, Delitos, penas y procedimientos, concluyendo con un completo y útil formulario.

Tengo por cierto que esta obra del señor Vilaplana ha de prestar más que mediana utilidad al clero parroquial, pues, además de la parte canónica, en todo conforme con las novísimas disposiciones del Código, contiene abundante copia de leyes y disposiciones civiles, cuyo conocimiento tanto interesa a los pastores de almas en estos aciagos tiempos en que donde menos se piensa topa uno con autoridades caciquiles ansiosas de arremeter contra la Iglesia y sus ministros.

R. G.